

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES LATINOAMERICANOS:

UNA MIRADA INTERDISCIPLINARIA
DESDE LA CIENCIA POLÍTICA

Latin American Social Movements:
An Interdisciplinary Perspective from Political Science



Cita este libro / Cite this book:

Ávila Rojas, O. (2026). Los Movimientos Sociales Latinoamericanos: Una mirada interdisciplinaria desde la ciencia política. Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali. <https://doi.org/10.35985/9786287914124>

Palabras Clave / Keywords:

Movimientos sociales, ciencia política, sujetos, América Latina, dominación.

Social movements, political science, subjects, latin america, domination.

Contenido relacionado:

<https://www.usc.edu.co/investigaciones/>

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES LATINOAMERICANOS:

UNA MIRADA INTERDISCIPLINARIA
DESDE LA CIENCIA POLÍTICA

*Latin American Social Movements:
An Interdisciplinary Perspective from Political Science*

Odín Ávila Rojas

Autor

VIGILADA
MINISTERIO DE
EDUCACIÓN



EDITORIAL

Los Movimientos Sociales Latinoamericanos: Una mirada interdisciplinaria desde la ciencia política/ Odín Ávila Rojas. [Autor]- Cali: Universidad Santiago de Cali, 1ª Edición. Sello Editorial. 2026.

214 páginas; 24 cm; Incluye Referencias bibliográficas

ISBN Impreso: 978-628-7914-11-7

ISBN Digital: 978-628-7914-12-4

1. ¿Luchas o movimientos sociales? 2. Contexto latinoamericano de los sujetos en movimiento. 3. Principales derroteros teóricos que enfrenta la ciencia política sobre los movimientos sociales 4. Lenguaje conceptual de la propuesta para analizar los movimientos sociales hoy en América Latina. 5. Métodos y técnicas de investigación politológica. 1. Odín Ávila Rojas. Universidad Santiago de Cali. Facultad de Educación.

SCDD 303.484 /AV958

Co-CaUSC
IHMH/ 2026



EDITORIAL

**Los movimientos sociales latinoamericanos:
una mirada interdisciplinaria desde la ciencia política**

© Universidad Santiago de Cali

© Autor: Odín Ávila Rojas

1.ª Edición 50 ejemplares

Cali, Colombia - 2026

Fondo Editorial / Publishing Fund

Carlos Andrés Pérez Galindo

Rector

Claudia Liliana Zúñiga Cañón

Directora General de Investigaciones

Alexander Luna Nieto

Editor Jefe

Comité Editorial / Editorial Board

Claudia Liliana Zúñiga Cañón

Alexander Luna Nieto

Jonathan Steven Pelegrin Ramírez

Doris Lilia Andrade Agudelo

Odín Ávila Rojas

Iván Darío Ruiz Hidalgo

Héctor Manuel Cuevas Arenas

Florencio Arias Coronel

Jhonny Carpediem Gómez

Proceso de arbitraje doble ciego

"Double blind" peer-review

Recepción / Submission

Marzo (March) de 2025

Evaluación de contenidos / Peer-review outcome

Octubre (October) de 2025

Correcciones de autor / Improved version submission

Octubre (October) de 2025

Aprobación / Acceptance

Octubre (October) de 2025



La editorial de la Universidad Santiago de Cali se adhiere a la filosofía de acceso abierto. Este libro está licenciado bajo los términos de la Atribución 4.0 de Creative Commons (<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>), que permite el uso, el intercambio, adaptación, distribución y reproducción en cualquier medio o formato, siempre y cuando se dé crédito al autor o autores originales y a la fuente <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

A mí padre por todo...
Gran maestro y compañero
en los diálogos de la historia
y la política en movimiento

En homenaje a los prometeos y espartacos
que se liberan de sus cadenas

Contenido

Resumen.....	11
---------------------	-----------

Introducción

¿Luchas o movimientos sociales?	13
---------------------------------------	----

Capítulo 1

Contexto latinoamericano de los sujetos en movimiento	25
---	----

1.1. La larga data y la política de los pueblos indígenas: una interpretación de las rebelións acontecidas entre los siglos XVI y XVIII	28
1.2. De las luchas de independencia al proyecto de estado de los grupos blanco-mestizos.....	35
1.3. Las movilizaciones sociales se convierten en los sujetos de democratización frente al neoliberalismo	43
1.4. Más allá del marco de las izquierdas y las derechas en la región: el fenómeno de los gobiernos progresistas	52

Capítulo 2

Principales derroteros teóricos que enfrenta la ciencia política sobre los movimientos sociales.....	59
---	----

2.1. La vigencia del pensamiento marxista en el estudio del fenómeno: la idea de centralidad política del oprimido.....	61
2.2. La teoría política y el problema de la voluntad del pueblo.....	71
2.3. La Teoría de los movimientos sociales: de la acción colectiva al problema de la identidad y el multiculturalismo	77
2.4. Los aportes del pensamiento crítico latinoamericano: el debate de la persistencia colonial	84
2.5. La perspectiva antisistémica: del marxismo-leninismo al autogobierno	90

Capítulo 3

Lenguaje conceptual de la propuesta para analizar los movimientos sociales hoy en América Latina..... 105

3.1. Sujetos Políticos: entre la Identidad y la Centralidad del Oprimido..... 107

3.2.El Estado en su forma trasnacional 116

3.3. Sociedad civil subalternizada y periférica 123

3.4. Orden en la era de la inteligencia artificial 130

Capítulo 4

Métodos y técnicas de investigación politológica 141

4.1. Diálogo interdisciplinario y metodológico con las ciencias sociales 143

4.2. Método histórico: la historia como herramienta de comprensión política ... 154

4.3. Política comparada 159

4.4. Análisis del discurso, entre las metáforas y la hermenéutica 166

4.5. Técnicas cualitativas 172

4.6. Técnicas cuantitativas 178

Conclusiones y reflexiones:

hacia nuevas explicaciones politológicas..... 183

Referencias 191

Acerca del autor..... 211

Pares evaluadores..... 213

Content

Abstract	12
-----------------------	-----------

Introduction:

Social Struggles or Social Movements?.....	13
--	----

Chapter 1

Latin American Context of Subjects in Movement	25
--	----

1.1. The Longue Durée and Indigenous Politics: An Interpretation of the Uprisings from the Sixteenth to the Eighteenth Century	28
1.2. From the Wars of Independence to the State-Building Project of White-Mestizo Elites	35
1.3. Social Mobilizations as Agents of Democratization in Response to Neoliberalism.....	43
1.4. Beyond the Left–Right Divide in Latin America: The Rise of Progressive Governments	52

Chapter 2

Major Theoretical Debates in Political Science on Social Movements	59
--	----

2.1. The Continuing Relevance of Marxist Thought in the Study of Social Movements: The Political Centrality of the Oppressed.....	61
2.2. Political Theory and the Problem of the Will of the People	71
2.3. Social Movement Theory: From Collective Action to the Question of Identity and Multiculturalism.....	77
2.4. Contributions of Latin American Critical Thought: The Debate on Colonial Persistence	84
2.5. The Anti-Systemic Perspective: From Marxism–Leninism to Self-Government.....	90

Chapter 3

A Conceptual Framework for Analyzing Social Movements in Contemporary

Latin America 105

3.1. Political Subjects: Between Identity and the Political Centrality of the Oppressed.... 107

3.2. The State in Its Transnational Form116

3.3. Subalternized and Peripheral Civil Society 123

3.4. Order in the Age of Artificial Intelligence 130

Chapter 4

Research Methods and Techniques in Political Science 141

4.1. Interdisciplinary and Methodological Dialogue with the Social Sciences143

4.2. The Historical Method: History as a Tool for Political Understanding154

4.3. Comparative Politics159

4.4. Discourse Analysis: Between Metaphors and Hermeneutics.....166

4.5. Qualitative Research Techniques.....172

4.6. Quantitative Research Techniques.....178

Conclusions and Reflections:

Toward New Explanatory Frameworks in Political Science 183

References..... 191

About the authors 211

Peer evaluators..... 213

Resumen

El presente libro plantea la tesis que los movimientos sociales latinoamericanos, son sujetos en proceso de politización que usan diversas estrategias de luchas en términos identitarios, ideológicos y culturales. Esta tesis usó una metodología cualitativa con técnicas de análisis documental y una lógica hermenéutica e ideográfica. A esto, se debe agregar que esta propuesta de investigación partió de un debate interdisciplinario entre la ciencia política, las ciencias sociales y las humanidades. En este libro, se llegó a la conclusión que los movimientos sociales son sujetos y fenómenos de estudio que cada vez más ocupan un lugar de centralidad en las investigaciones politológicas, así como es un indicador del grado de transformaciones epistemológicas que las ciencias sociales tienen hoy en la región.

Palabras claves: movimientos sociales, ciencia política, sujetos, América Latina, dominación.

Abstract

This book proposes the thesis that Latin American social movements are subjects in the process of politicization that use diverse strategies of struggle in terms of identity, ideology and culture. This thesis uses a qualitative methodology with documentary analysis techniques and a hermeneutic and ideographic logic. To this, it should be added that this research proposal started from an interdisciplinary debate between political science, social sciences and humanities. In this book, it was concluded that social movements are subjects and phenomena of study that increasingly occupy a central place in political science research, as well as being an indicator of the degree of epistemological transformations that social sciences are currently undergoing in the region.

Keywords: social movements, political science, subjects, latin america, domination.

Introducción:

¿Luchas o Movimientos Sociales?

Introduction:
Social Struggles or Social Movements?

“No sabemos si el Destino elige desde el principio a quién castigará
o se ensaña con quienes intenta doblegarlo...
Fuera Prometeo un osado libertador
que modificó
la suerte de la humanidad
o fuera un títere de las Moiras que hilvanan el Destino,
lo cierto es que el titán rebelde amó a los humanos,
los salvo de su abandono,
y por ello sufrió la más atroz de las torturas...”

—Olivos, Héctor. Prometeo, el fuego insumiso (2020).

Los movimientos sociales latinoamericanos. Una mirada interdisciplinaria desde la ciencia política es un libro en el que se propone una forma alternativa de pensar, investigar y explicar “el fenómeno de las movilizaciones sociales”¹ como sujetos que luchan por su constitución frente a las esferas de la política, el poder, el Estado y el capitalismo en su forma transnacional actual. Razón por la que la presente obra no

¹ Hank Johnston (2022), es un especialista que distingue entre un movimiento social y uno político, a partir de la idea que el primero surge de la esfera social y quienes integran esta, conforme sus necesidades y procesos de organización y proyección adquieren interés en los asuntos y problemas relacionados con el poder político y el Estado. Mientras, el segundo nace de la misma esfera política, no de la sociedad civil. En específico, los movimientos de este tipo son organizados por líderes, grupos o facciones que convocan a la sociedad para que los apoyen en sus banderas y demandas que realizan en el campo institucional. Por supuesto, el caso latinoamericano evidencia que hay una constante dialéctica entre ambos como ha sucedido con las movilizaciones que apoyan las luchas por el poder político (Anrí, 2024). Además, las movilizaciones van desde resistencias históricas hasta protestas urbanas colectivas e incluso dichas expresiones de lucha han derivado en procesos radicalizados cercanos a las revoluciones (Mires, 2001; Hobsbawm, 2018; Castells, 2012; Pleyers, 2018).

pretende ser un manual universitario, ni tampoco es un trabajo que busque caracterizar casos específicos de organizaciones o protestas colectivas emblemáticos de América Latina. Por el contrario, la idea es que los futuros lectores encuentran en este manuscrito una investigación crítica y propositiva sobre los movimientos en la región, cuya discusión va de una dimensión epistemológica, metodológica y teórica-conceptual hasta una que se enmarca en el diálogo politológico interdisciplinario con las ciencias sociales.

De ahí que la pesquisa contenida en este libro tiene como objetivo explicar a los movimientos sociales como sujetos actuales de politización capaces de construir o deconstruir la historia, al igual que intervenir en la transformación de las relaciones sociales y humanas en contextos en los que ha dominado la expansión capitalista. Expansión capitalista que se encuentra guiada por la lógica transnacional del mercado financiero, el despojo masivo con fines biofarmacéuticos, el desarrollo tecnológico orientado a la virtualidad y el orden que ha generado la inteligencia artificial a nivel global. En este sentido, esta concepción discute la manera de conocer y explicar los movimientos sociales que tienen los marcos teórico-conceptuales tanto tradicionales de la ciencia política como aquellos que han seguido la moda académica decolonial y posmoderna en las últimas décadas.

Dicho debate comenzó a estar en mi agenda investigativa hace más de 20 años cuando era estudiante universitario y, hoy sigue presente en trabajos que realizó como este en el que los movimientos sociales cada vez más, se manifiestan como ese tipo de sujetos que no nada más están en contextos de protesta social, sino constantemente también intervienen en procesos más complejos de conflictos, violencia, tensiones entre la definición de relaciones estatales y la reconfiguración del poder. Sujetos que son plurales, propositivos, contestatarios y disruptivos frente al orden político que consideran es injusto, desigual, creador de marginalidad, excluyente, explotador, despojado y que va contra la historia, la cultura y las diversas formas de vida en las sociedades modernas actuales.

Pero también, estos sujetos en movimiento enfrentan sus propias contradicciones, antagonismos y conflictos como observe en los distintos casos latinoamericanos como el mexicano, boliviano, colombiano y otros. Por eso, es importante que quien se aventura en estas páginas,

antes de seguir en ellas debe tener claro que hay una serie de discusiones previas que me llevaron a la postura sobre movimientos que se propone en estas páginas. La primera de estos debates se deriva de la pregunta siguiente: ¿cuál es el término más adecuado para explicar a los sujetos en movimiento y organizados de manera colectiva? En respuesta a ello hay básicamente en la historia de las ciencias sociales dos formas de hacer referencia a este tipo de sujetos: luchas y movimientos sociales.

La idea de luchas sociales modernas surgió antes que la noción de movimientos. Su nacimiento del primer término se puede rastrear en el siglo XVIII a partir de la revolución francesa, aunque estas como experiencias ya se han expresado de distintas formas a lo largo de la historia. Formas que han ido desde revueltas anticoloniales y protestas contra reyes hasta movilizaciones que desencadenaron en momentos de revolución en sociedades y civilizaciones incluso anteriores al sistema-mundo capitalista. En la tradición marxista del siglo XIX al XX, por ejemplo, la idea de luchas sociales estuvo enmarcada a la tesis que planteaba la confrontación entre las clases dominantes y las dominadas. Conocida esta tesis bajo el nombre de lucha de clases (Marx y Engels, 2007).

Mientras el segundo término, pese a que surgió en el siglo XIX, se popularizó a mediados del siglo pasado a través de la interpretación de estudiosos provenientes de marcos teóricos dentro del liberalismo (Macpherson, 1997; Tarrow, 1997; Melucci, 2002; Taylor, 2010) que recuperaron dicho término con el argumento que las movilizaciones eran fenómenos que ya no podían ser explicadas a partir del paradigma revolucionario, porque tenían una naturaleza distinta a estos. Esta naturaleza era la de estar en los contextos de democracia donde la ciudadanía se motivaba a manifestarse públicamente en el marco de los derechos, pero no buscaba realmente hacer la revolución, porque los casos en los que había sucedido las revoluciones en el mundo entre finales del siglo XIX y mediados del XX, habían derivado en su mayoría en mandatos autoritarios y antidemocráticos.

Para la corriente del liberalismo de la segunda mitad del siglo XX, la noción de luchas social tenía un carácter radical que debía de dejar ser usada en el lenguaje académico por su carga marxista. Carga que para estos liberales se encontraba desfasada de una nueva realidad en la

que la ciudadanía enfocaba sus acciones a los principios y valores de la representación y participación de un sistema político con una aspiración democrática. Según esta corriente, la ciudadanía ya no estaba en sintonía de los procesos revolucionarios, porque estos en las últimas décadas del siglo pasado habían derivado en mandatos antidemocráticos.

Por este argumento, la corriente del liberalismo propuso resignificar el término de movimientos sociales (Wallerstein, 2008), con la finalidad de intentar explicar a cualquier fenómeno relacionado con las acciones colectivas de protesta ciudadana que tuviese como objetivo exigir el ejercicio de derechos democráticos. Derechos democráticos entendidos en los debates del liberalismo como aquellos impulsores de un modelo y sistema de representación y participación electoral; en oposición a cualquier tipo de gobierno autoritario. Su uso de este término sociales llegó a ser básicamente universal para las ciencias sociales al punto que se convirtió en el concepto presente en prácticamente cualquier espacio de análisis académicos e incluso hasta en aquellos de naturaleza activista y militante.

Pero detrás de esta historia, hay que mencionar el papel de los Estados Unidos en el fomento del uso de este concepto en los lenguajes académicos, al encontrar en dicho uso, también una estrategia con fines ideológico-políticos para neutralizar los contenidos de crítica al imperialismo y a las democracias impuestas como modelos, sin considerar la voluntad colectiva de los pueblos en los diversos países de regiones latinoamericanas. En este sentido, la academia estadounidense, entre los setenta y los noventa, jugó directa o indirectamente un rol contrarrevolucionario y propagandístico, para que los intelectuales y los interesados en estudiar los fenómenos sociales se olvidaran del sujeto de la transformación en sus pesquisas.² Sujeto que sustituyeron por la noción de actor, cuyo rol es predeterminado y dependiente del sistema político.

Prácticamente, la ciencia política adoptó esta noción, sin discutir realmente esta como llegó a suceder en los otros campos de estudio social y humano. Una de las razones de esto, fue porque la politología-

² Este fue el escenario de la Guerra Fría, cuyo conflicto fue liderado e impulsado en gran medida por los Estados Unidos.

como también se conoce en el mundo académico- estaba centrada en analizar las democracias y problemas mucho más orientados a explicar el *statu quo*. De ahí que de manera lenta es que los movimientos sociales fueron cada vez más asumidos como parte del interés del politólogo. Por cierto, el politólogo promedio de finales de los noventa y comienzos del siglo XXI creía que los movimientos sociales eran exclusivamente objeto de estudio de la sociología.

Cuestión que ha cambiado, al grado que incluso, este tipo de temáticas son las más concurridas en las mesas y espacios de discusión en los eventos nacionales e internacionales de los tiempos recientes. La causa de esto es que en el gremio politológico hubo profundos cambios en su visión para entender los movimientos sociales, debido a que sucedieron casos como el ascenso de Evo Morales en el 2005, las luchas en Venezuela de finales del siglo pasado (conocidas como Revolución Bolivariana), las manifestaciones en Colombia que llevaron a la Constitución de 1991, entre otros tantos ejemplos latinoamericanos, en los que las luchas y protestas sociales se convirtieron en una fuerza activa política. Fuerzas políticas que mostraron ser impulsadas por sujetos colectivos con la necesidad de intervenir directamente y de manera activa en la toma de decisiones en las relaciones de mandato y obediencia en sus respectivos países.

Sujetos colectivos que hasta el momento han hecho evidente que los movimientos sociales también son procesos de constitución política en lucha constante por tratar de subvertir el orden y las redes de poder y dominación que persisten, al igual se reproducen con la expansión del sistema mundo capitalista. Por ello, el significado de movimientos sociales en el campo de la ciencia política en la actualidad requiere de una discusión que trascienda los parámetros teóricos del liberalismo que había impulsado el uso de este concepto en el siglo pasado.

Pero que este fenómeno, hoy no se limita a la acción colectiva o al marco de exigencia de derechos, sino que también se encuentra entremezclado con distintos aspectos, lógica y razones que han hecho que las movilizaciones se proyecten como luchas y procesos históricos, políticos y sociales que trascienden tanto las fronteras ciudadanas como

también surgen de aquellas partes del subsuelo de dicha ciudadanía. La mayoría de las veces estas partes que se encuentran en una condición y posición subalternizada en la sociedad no están incluidas de manera justa e igualitaria o equitativamente en esta.

Por lo tanto, reflexionar sobre cuál es el término más correcto y preciso para hacer referencia al movimiento de los sujetos colectivos que protestan y manifiesta su rebeldía, en el marco de la ciencia política y en general las ciencias sociales, es una discusión necesaria y que se hace presente en cada rincón de esta obra. Debate que debe ser orientado a la resignificación del concepto con base en el lenguaje académico y el horizonte de inteligibilidad que permitan al investigador explicar a las luchas sociales como parte integral de los movimientos.

Razón por la que no se trata de usar el término de movimiento en lugar del de la lucha social o viceversa, sino de tener una postura abierta e incluyente en la que se asuma que los sujetos colectivos, son impulsados por diversas causas históricas y sus acciones pueden pasar de protestas a procesos de rebeldía o se pueden plantear en un momento revoluciones y convertir en organizaciones reivindicadoras de la paz. En esta lógica, los movimientos sociales que se estudian en este libro se caracterizan por su componente importante de lucha, subversión y actitud contestataria contra el *statu quo* como ya se mencionó en esta introducción.

Además, es necesario hacer un corte taxonómico en el que se distinga entre movimientos sociales, protestas o manifestaciones, rebeldías, desobediencia civil, revolución y contrarrevolución, porque eso ayuda a que el lector especializado como aquel que por primera vez se acerca a estos temas, sepa en su comprensión de la rigurosidad que hay en el estudio de la dinámica de estos sujetos y tipo de fenómenos. En este sentido, hay que mencionar que los movimientos sociales, al ser luchas en las que los sujetos las organizan e integran también existen protestas, expresiones de rebeldía y pueden ser motor o no para llevar a las sociedades a revoluciones.

Incluso, los movimientos más liberales corren el riesgo de ser usados en regímenes autoritarios para legitimar las acciones de estos últimos. Aquí los gobiernos se desconectan de las bases sociales que los llevaron a ocupar dichos cargos, así como se manifiesta en este tipo de casos un

proceso de cooptación y neutralización sobre las luchas sociales. A tal grado que hay una esterilización de los movimientos de su potencia y capacidad de rebeldía. La rebeldía en este sentido, se entiende como un comportamiento contestatario de individuos organizados para frenar una decisión que se considera injusta y que afecta a la colectividad. Por lo que los rebeldes por naturaleza son desobedientes al mandato político del momento.

A diferencia de la desobediencia civil, que es un tipo de protesta en la que los ciudadanos a los que regularmente se le respetan sus derechos sociales y políticos no están conformes con una decisión gubernamental o política pública. Este tipo de desobediencia es coyuntural y, no necesariamente puede llegar a ser parte de movilizaciones más amplias. Mientras las rebeldías muchas veces pasan a ser resistencias comunitarias rurales o colectivas urbanas a mediano plazo, ya no solo frente un gobierno en un periodo específico, sino también contra las políticas a nivel del Estado.

Estas rebeldías se originan de protestas o manifestaciones como cualquier experiencia movilizatoria. Las manifestaciones son acciones colectivas, cuyo rasgo fundamental es la expresión en vía pública de una crítica hacia la toma de decisiones de un mandato o a un hecho mediante marchas, mítines o actividades performativas de orden cultural y artístico o hasta literario. En estas marchas y performances, quienes las integran buscan denunciar algún daño y señalar que el gobierno debe tomar medidas para evitar o resolver este tipo de problemas para evitar la fragmentación del tejido social. Por eso, las protestas son una queja y exigencia convocada por una organización social o un grupo de personas que se coordinan para hacer escuchar su voz en una respuesta en corto plazo.

Las protestas son un primer momento de las movilizaciones, al igual que se motivan como respuesta a cualquier autoritarismo, ya sea que este último provenga de una decisión de gobiernos de derecha, progresistas o de izquierda. Por supuesto, las manifestaciones sociales pueden llegar a ser resistencias pacíficas más complejas como ya se ha mencionado. Pero no necesariamente llegan a convertirse en una revolución. Por lo tanto, es importante que en este espectro de los movimientos sociales se tiene que diferenciar entre estos y una revolución.

En esta lógica argumentativa, la revolución alude a un proceso violento justificado y legitimado por causas sociales que tienen como finalidad el cambio estructural de las relaciones de poder y la forma en que se ha estructurado la sociedad. La subversión en el caso de las revoluciones es radical, debido a que apunta a la causa que genera las contradicciones, los antagonismos y cualquier desigualdad, injusticia, exclusión o marginación. Mientras los movimientos sociales son procesos que buscan conducir de manera lenta o no tan acelerada a la transformación de las estructuras y el sistema que organiza y hace funcionar las instituciones del Estado.

Por definición, los movimientos se caracterizan por no fomentar la violencia, ni tampoco se plantean necesariamente resolver de manera radical los principales problemas de la ciudadanía. Aunque estos tienen una organización que puede ser de estructura estable y que impulsa la politización no se deben confundir con los movimientos políticos, porque su fuerza y subjetividad brota de las necesidades y procesos sociales. No de un interés específico de grupos o líderes, cuya pretensión de estos dentro de sus partidos o fuera de ellos, es convocar a marchas o protestas para que los apoyen en sus posiciones y acciones políticas en los espacios parlamentarios e institucionales.

En esta lógica, los movimientos políticos juegan con las ideologías y corrientes partidistas para conseguir favores y apoyo ciudadano. En más de una ocasión en la historia latinoamericana del siglo XXI, los movimientos políticos han funcionado como una especie de germen o semilla para casos contrarrevolucionarios o reaccionarios caracterizados por su articulación con los medios de comunicación y redes de desinformación masiva, así como tienen el objetivo de hacer que la sociedad confunda las demandas colectivas de aquellas particulares y que benefician a familias empresariales y grupos políticos institucionales y partidistas. De ahí que las contrarrevoluciones son movimientos con banderas ideológicas que lo que plantean es evitar los cambios profundos y legitimar el orden existente.

Por ello es necesario realizar un breve resumen del contenido del libro, cuya composición de estos, son cuatro capítulos. El primero de estos recibe el nombre de Contexto latinoamericano de los sujetos en movimiento, en el que se aportan aspectos históricos y análisis de las

coyunturas de corto, mediano y largo plazo para comprender a los movimientos sociales en la región; el segundo de los apartados se titula: Principales derroteros teóricos que enfrenta la ciencia política sobre los movimientos sociales. Capítulo enfocado a mapear las corrientes y discusiones con las que dialoga la propuesta de reflexión teórica de este manuscrito. En este se plantea que la idea de centralidad política del oprimido es el punto de partida para articular la base del análisis teórico de la investigación que se enuncia en estas líneas.

En este sentido, el lector también encuentra en el tercer capítulo denominado: Lenguaje conceptual de la propuesta para analizar los movimientos sociales hoy en América Latina, una discusión en un nivel teórico, pero centrado en una revisión conceptual que complementa lo analizado en apartados anteriores y; el último capítulo de esta obra es el cuarto que se llama Métodos y técnicas de investigación politológica, en el que postula una propuesta para estudiar en términos epistemológicos y metodológicos sobre los movimientos sociales. En especial a aquellos que comienzan sus pesquisas para que tengan una especie de brújula que los ayude a lograr sus objetivos metodológicos.

Después de haber mencionado de manera breve, estas distinciones importantes en el lenguaje conceptual de las movilizaciones o movimientos sociales, hay que explicar que otro aspecto que debe conocer quien lee esta obra, es la metodología que se usó para su realización. La metodología que se seleccionó fue cualitativa en la cual utilizaron técnicas como la observación participante, los grupos focales, las entrevistas, el análisis documental y la reconstrucción conceptual de manera crítica.

Con relación a la observación participante se desarrolló esta técnica mediante la asistencia activa a asambleas, marchas, reuniones con activistas y militantes en los que se hizo registro de los detalles considerados importantes para la pesquisa. Esta observación fue complementada con los grupos focales y entrevistas. Por un lado, los grupos focales se centraron en espacios académicos en los que se organizaron estos bajo el formato de conversatorios, congresos y conferencias. Pero por otra parte, las entrevistas fueron más selectivas en su planeación, debido que el objetivo fue hacer estas a líderes de

organizaciones y movimientos como a aquellos intelectuales activos y especialistas del tema. La finalidad de realizar entrevistas consistió en verificar datos o profundizar sobre la reconstrucción de hechos, procesos y acciones que se llevaron a cabo en los despliegues de las diversas movilizaciones sociales.

Además de estas técnicas, el análisis documental jugó un papel fundamental, porque se convirtió en la base investigativa de generación de conocimiento, así como en la materia prima intelectual y teórica que contribuyó a la reconstrucción conceptual. Las referencias revisadas, analizadas, sistematizadas y usadas en la operación conceptual fueron un aproximado de 266 fuentes documentales. Fuentes de tipo secundarias, pero también con un componente metodológico clásico en el debate sobre movimientos sociales y el pensamiento crítico que hizo que fueran seleccionadas para el desarrollo investigativo de esta obra.

De ahí que principalmente las referencias utilizadas fueron libros de teoría, ediciones colectivas y artículos indexados especializados, al igual que documentos institucionales, políticos y declaraciones ideológicas. Hay que agregar que se usaron fuentes de tipo literario y cultural para respaldar de manera didáctica la argumentación del libro. Por supuesto, una parte importante de estas referencias fueron consultadas en las redes y plataformas electrónicas y virtuales. Además, se debe considerar que una gran parte de dichas referencias fueron leídas, analizadas y recuperadas desde hace más de 20 años. En ese sentido, varias de las referencias han sido nuevamente interpretadas y reflexionadas para este libro, porque el contexto actual así lo ha exigido, así como el enfoque ha cambiado de manera importante al transitar de una postura revisionista a una mucho más abierta y crítica de los textos estudiados.

El desarrollo de la técnica documental —como se dijo— ayudó a la reconstrucción de los conceptos principales usados en la investigación. Proceso en términos metodológicos que consistió primero en analizar las teorías y propuestas de autores clásicos, modernos, contemporáneos y actuales de la ciencia política relacionados con el problema de la voluntad colectiva, la formación del Estado y la organización de la acción colectivas. Segundo, se revisaron los trabajos de pensadores como Hegel y Marx, así como de aquellos interpretes latinoamericanos y de varias partes del mundo centrados en la problemática de las luchas

sociales, el sujeto y la política. Tercero, se recuperaron textos y fuentes de referencias obligadas de las ciencias sociales para comprender el fenómeno estudiado.

Por último, el cuarto paso de reconstrucción conceptual llevó a que realizara una articulación entre las diversas fuentes para nutrir la argumentación y contenidos de la pesquisa. Articulación que fue un proceso guiado por la unidad de análisis y la categoría central: movimientos sociales latinoamericanos. Unidad de análisis definida a partir de un enfoque interdisciplinario entre la ciencia política y las ciencias sociales, en el que se buscó explicar a los movimientos sociales como un fenómeno subjetivo y desarrollado dialécticamente tanto en la esfera social como en la política. Además, la discusión teórica y de los conceptos fue colocada en un nivel medio de abstracción con la intención de conectar la comprensión filosófica política con los aportes de los pensadores adscritos a la ciencia política y los diversos campos de lo social y lo humano.

Finalmente, hay que agradecer a la Editorial de la Universidad Santiago de Cali (USC) y a todo el equipo de esta editorial por haber apoyado la publicación de este manuscrito resultados de investigación. Además, hay que agradecer el apoyo de mis colegas Natalia Santana Naranjo (decana de la Facultad de Derecho), Héctor Domínguez (coordinador del Centro de Estudios e Investigaciones en Derecho, CEIDE), Claudia Zúñiga (Vicerrectora Académica de la USC), al equipo de la Dirección General de Investigaciones (DGI-USC), Anisbed Naranjo Rojas (Directora General de Investigaciones-USC), Katherine Angulo (Coordinadora de la Facultad de Derecho), Juan Diego Tovar (asistente de la DGI-USC) y a mis colegas integrantes del Grupo de Investigaciones en Ciencia Política, Derecho y Relaciones Internacionales (GICPODERI) por sus contribuciones a la escritura de este libro.

Hay que mencionar que este libro es uno de los productos del proyecto en proceso de aceptación por la DGI llamado: “Movimientos sociales como sujetos políticos en el pensamiento latinoamericano contemporáneo (2025-2028)”. Proyecto que dirigí y que se encuentra en el marco también del macroproyecto, titulado: “Estrategias internas para el fortalecimiento del grupo de investigación GICPODERI”, con el registro numérico 559-621122-3607, durante el periodo 2022-

2026. Por lo tanto, el presente producto es una creación investigativa que corresponde a mi labor docente en la Facultad de Derecho de la Universidad Santiago de Cali, cuyo resultado ha sido gratificante porque se logró abrir una discusión en su proceso de evaluación y revisión por parte del Sello Editorial de la misma institución. Discusión que se espera sea continuada por estudiantes y profesores que lean esta obra.

PHD. ODÍN ÁVILA ROJAS

*Facultad de Derecho de la Universidad Santiago de Cali
Profesor e investigador de dedicación exclusiva*

Capítulo 1.

Contexto Latinoamericano de los Sujetos en Movimiento

Latin American Context of Subjects in Movement

*“Esa geografía divide al mundo núcleo y periferia.
Históricamente, el núcleo ha aparecido
como el corazón emblemático de la explotación,
mientras que la periferia parecía
el lugar paradigmático de la expropiación...”*

—Fraser, Nancy. Los talleres ocultos del capital

Los movimientos sociales, cada vez más, han adquirido mayor presencia en los debates investigativos de las ciencias sociales, en especial, en la agenda politológica de América Latina de las últimas décadas. Dichos movimientos, son un fenómeno integrado por sujetos con una larga y profunda historia que es importante conocer para explicar la lucha que tienen estos por su constitución política de manera autónoma frente a aquellas relaciones de dominación, instituciones estatales y decisiones gubernamentales que han llegado a impedir o limitar su desarrollo en las sociedades modernas de la región. No hay sujeto político, sin historia como lo ha enseñado el pensamiento crítico insertado en los debates marxistas (Braudel, 1992; Thompson, 2002).

En específico, el caso de las movilizaciones latinoamericanas ha surgido de contextos históricos, político, sociales, culturales y económicos que se ubican en las geografías periféricas del sistema mundo capitalista y colonial. Pese a que el nombre de movimientos sociales es contemporáneo, los sujetos y fenómenos referentes a las luchas, demandas y exigencias han sido una constante en la historia de la región, a partir de la colonización en el siglo XVI hasta nuestros días. Esto no quiere decir que antes de la invasión y expansión del capital, no hubiesen existido protestas y rebeldías en lo que hoy se conoce

como Latinoamérica, sino más bien que dichas protestas y rebeldías, eran causadas y organizadas de manera distinta a las surgidas desde la expansión capitalista.

La razón se debe a que las sublevaciones de los pueblos en territorios amerindios, antes de la conquista europea, eran motivadas por descontentos o cuestionamientos a los abusos de gobernantes y regímenes religioso-políticos de esa época. Hechos anteriores a la colonización europea y fuera de la lógica del sistema-mundo capitalista (Dussel, 2009a), que pertenecían al mismo cuerpo civilizatorio de los pueblos que hoy se conocen como indígenas. Hay que señalar, estos últimos se rebelaban contra las autoridades que representaban los regímenes de imperios como el Inca o el Mexica, pero no buscaban un cambio civilizatorio radical al pertenecer a los mismos grupos poblacionales en términos étnicos, raciales y culturales (Bonfil, 1995).

En cambio, las luchas de los pueblos en estos territorios, a partir del siglo XVI, tuvieron un cambio radical, porque se enfrentaron a una civilización ajena a ellos, así como a un proceso de dominación nuevo para estos. Este proceso nuevo fue la expansión de la modernidad capitalista, apoyado del cristianismo como estrategia ideológica de dominación. Paradójicamente, la dominación cristiana acabó con una gran parte de la historia y formas culturales de los indígenas, pero también hubo una recuperación de estas desde las órdenes y misiones religiosas, cuyo objetivo fue castellanizar y hacer que los territorios alejados a la Corona española se incorporaran al régimen colonial (Gruzinski, 2021). Razón que ayuda a comprender porque, movimientos como el indígena o afrodescendiente en la actualidad siguen con un esfuerzo de reconstrucción de su historia y política al haber sido despojados de esta posibilidad.³

Por lo tanto, se produjo una trayectoria distinta de movilización social y de lucha por la politización de los pueblos al quedar estos subalternizados y marginados al proyecto de modernización del capitalismo. En

³ Es importante mencionar que la diversidad étnica no fue la única que estuvo presente en los procesos de dominación colonial, ni tampoco el mestizaje se limitó a ello, porque también hubo una pluralidad de sujetos y formas culturales que contribuyeron a la definición de sociedades como la colombiana, después del siglo XVI (Navarrete, 2007, 2008, 2010a, 2010b).

esta trayectoria, no nada más fueron los pueblos colonizados los que se empezaron a organizar en contra de la dominación colonial y la expansión del capitalismo, sino también las sociedades mestizas que resultaron de este proceso. Sociedades que se enfrentaron a la Corona española y al régimen de los grupos de poder europeos en el siglo XIX. Las movilizaciones mestizas, en este sentido, no se opusieron al modelo occidental-moderno y capitalista. Únicamente a los grupos de poder europeos en turno.

Con el transcurrir del tiempo, las luchas indígenas y mestizas proindependentistas, se convirtieron en las fuentes principales de politización de las movilizaciones sociales latinoamericanas del siglo XX y la presente centuria. Pero también surgieron subjetividades con otros referentes y lugares como han sido las luchas estudiantiles, de género, resistencias a favor de la vida y otras expresiones de denuncias sobre las injusticias, desigualdades, marginaciones, exclusiones, olvidos, violencias y condiciones sociales que no permiten a los ciudadanos constituirse a sí mismos como sujetos políticos autónomos frente al poder del Estado y el capitalismo.

Razón que conduce a ubicar los movimientos sociales actuales, a partir de un tiempo y un espacio no homogéneos, sino plurales e incluso muchas veces contradictorios entre ellos. Tiempo en donde se articulan y deconstruyen la larga duración con los medianos plazos y coyunturas que oscilan de la disputa por el Estado a las resistencias contra el capitalismo (Braudel, 1992). Por eso, los movimientos sociales de la región tienen antecedentes desde una larga duración ubicada en el siglo XVI en las resistencias contra la colonización hasta las coyunturas democráticas del siglo XXI. En este sentido, la importancia de identificar la temporalidad y espacialidad de los movimientos sociales reside en la necesidad que debe tener cualquier investigador para definir su unidad de análisis.

El conocimiento de la unidad de análisis es lo que permite al investigador pasar de un nivel abstracto del fenómeno a una comprensión contextual y, de las condiciones en que se encuentra el sujeto estudiado. En este caso, los movimientos sociales de América Latina son sujetos cuestionadores de la lógica moderna de la política y el capital, pero también su camino ha sido conformado por distintas

trayectorias de luchas. Trayectorias que van desde los pueblos indígenas y afrodescendientes contra la persistencia colonial hasta las organizaciones de izquierda de los grupos intelectuales, militantes y activistas de las izquierdas marxistas y liberales en la región.

De ahí que, en este capítulo, se pretende, precisamente, aportar elementos contextuales y de esas trayectorias históricas que se deben considerar en las pesquisas sobre movimientos sociales. Por eso, la argumentación de este apartado se organiza de la manera siguiente:

- 1.1. La larga data y la política de los pueblos indígenas: una interpretación de las rebeldías acontecidas entre los siglos XVI y XVIII;
- 1.2. De las luchas de independencia al proyecto de Estado de los grupos blanco-mestizos;
- 1.3. Las movilizaciones sociales se convierten en los sujetos de democratización frente al neoliberalismo, y;
- 1.4. Más allá del marco de las izquierdas y las derechas en la región: el fenómeno de los gobiernos progresistas.

1.1. La Larga Data y la Política de los Pueblos Indígenas: una Interpretación de las Rebeldías Acontecidas entre los siglos XVI y XVIII

Uno de los antecedentes más importantes de los movimientos sociales actuales, es la larga data de rebeldías acontecidas entre los siglos XVI y XVIII. Estos siglos son fundamentales para los movimientos sociales actuales en América Latina, porque en este periodo es donde se produjeron las luchas indígenas. Luchas que se convirtieron en uno de los referentes con mayor impacto ideológico y de reconstrucción histórica de dichos movimientos. En especial, fue el caso de las principales rebeldías indígenas que se llevaron a cabo contra la colonización europea de ese tiempo han sido recuperadas como fuente para legitimar los procesos de lucha de los pueblos actuales que se asumen herederos de las experiencias de politización de dichas rebeldías.

Por supuesto, hay que considerar, como ha enseñado el debate entre el indianismo y el indigenismo (Ávila, 20220a), existen distintas rutas o versiones de reconstrucción de la etnicidad en las organizaciones y movimientos de los pueblos que enfrentan una persistencia colonial en las sociedades modernas. No es lo mismo, recuperar la historia de

los pueblos conquistados con base en su cultura o como una imagen estática de estos a través del tiempo, que hacer una reconstrucción de la memoria de dichos pueblos a partir de sus rebeldías y potencia transformadora del *statu quo*. Para las luchas indígenas, desde la colonización hasta la fecha, el *statu quo* es causado por la dominación europea y la expansión del capitalismo en su primera generación extractivista.

Es importante mencionar que este extractivismo inicial fue desarrollado, entre el periodo de la colonización y la república, mediante el uso de la tecnología limitada y precaria que las potencias europeas tenían en esos tiempos. A diferencia de las formas actuales de neoextractivismo que enfrentan las comunidades indígenas, al igual que otras poblaciones como las afrodescendientes y las campesinas en los múltiples territorios periféricos latinoamericanos. Dicho neoextractivismo, usa prácticamente hasta la tecnología derivada de la Inteligencia Artificial (IA) para el control territorial a favor de la circulación de la materia prima y el mercado guiado por los intereses fármaco-biológicos.

Además, el despojo se ha extendido a los espacios urbanos en donde se ha obligado a gentrificar a quienes viven en dichos espacios. La gentrificación es un tipo de despojo que transforma la producción del espacio a conveniencia de la acumulación de la riqueza de las empresas transnacionales. Estas empresas, hoy lo hacen a través de la elevación de las rentas y precios en las ciudades, cuya finalidad es que no sea costeable para la mayoría de la población que vive en los centros urbanos y, así, obligar a que dicha mayoría se establezca en las periferias.

Pero eso sí, la mayoría poblacional al ser forzada a habitar en las periferias acude a los centros urbanos en función de su capacidad monetaria, ya sea como posibles clientes en las plazas comerciales o trabajadores con bajos salarios en los distintos lugares que ofrecen servicios en estos espacios. En esta lógica, hay que considerar que los indígenas como los casos de los campesinos, afrodescendientes y distintos grupos poblacionales que migran a estos espacios urbanos latinoamericanos, por lo general, lo hacen en una condición subalterna y en una posición marginada con respecto al resto de la ciudadanía que durante décadas habita ya en estos.

De ahí que las razones que motivan al movimiento indígena, como otros actuales de carácter étnico-racial y con una historia de persistencia colonial, no se limitan a la defensa de los territorios rurales y regionales en los que habitan sus comunidades, sino también se extienden a aquellos espacios urbanos e intersticios resultado de la forma trasnacional del capitalismo en donde los indígenas, afrodescendientes y una amplia diversidad de pueblos quedan atrapados. Por ello, el motor de la narrativa y de la misma política de la diversidad étnica-cultural y racial en la región, son las movilizaciones sociales.

Precisamente, el indianismo, por ejemplo, parte de la idea que las luchas de los pueblos colonizados de los siglos XVI y XVIII son las experiencias antecesoras de manera directa del movimiento indígena moderno latinoamericano, cuya trayectoria no ha sido interrumpida a lo largo del tiempo, sino más bien, reconstruida o deconstruida en oposición a la expansión de la dominación que inició con la expansión del capitalismo con la conquista de los españoles y otras potencias europeas sobre los territorios y sociedades que hoy se conocen bajo el nombre de América Latina.

La interpretación indianista de la historia y política de los pueblos, en este sentido, hace un puente entre las rebeldías anticoloniales y las experiencias indias actuales, cuyos sujetos desde esta mirada son caracterizados como aquellos que tienen una potencia y capacidad de transformación de las relaciones de poder. Esta postura abarca tanto a las sublevaciones contra los imperios dirigidos por las elites indias antes de la llegada de los españoles, como aquellas luchas de los pueblos colonizados que se dieron por el control territorial, en oposición a los cobros injustos y abusos de poder derivados de los regímenes impuestos por las Coronas europeas.⁴

⁴ Es importante distinguir entre la colonización y la persistencia de esta en las sociedades modernas latinoamericanas. La primera responde al hecho y etapa histórica que terminó en el siglo XIX con los movimientos de independencia; mientras en el caso de la segunda, se hace referencia al proceso de dominación ideológico y político que ha persistido hoy, pese a las transformaciones democráticas y ampliaciones de reconocimiento jurídico desde la lógica liberal en la región.

Con respecto a las sublevaciones de los pueblos antes de la colonización, se puede ilustrar con aquellas expresadas para limitar el poder de imperios como el dirigido por las elites religioso-políticas de los incas en la expansión del *Tawantisuyu*.⁵ Así, como también, los intentos de rebeldías a cargos de grupos pobladores de las periferias mesoamericanas contra la hegemonía causada por las alianzas de los mexicas con varios “reinos”⁶ que en la actualidad corresponden en términos geográficos al centro de México. Rebeldías que se insertaron en contextos caracterizados porque quienes las integraron compartían la misma base civilizatoria en términos culturales y étnico-raciales de las elites que dirigían la hegemonía en Mesoamérica.

Otro tipo de resistencias, cuya importancia se debe mencionar en la lógica de la mirada del indianismo, son aquellas que se manifestaron en la región Andina en el siglo XVIII, cuyo rasgo de estas fue oponerse a los designios de la Corona española sobre las comunidades indias que en esos momentos no se habían subordinado al sistema colonial reproductor de las instituciones occidentales eurocéntricas. Entre estas experiencias de lucha indígena, es importante destacar los nombres de Tupac Amaru, Tupak Katari y Bartolina Sisa, quienes fueron organizadores, durante décadas de protestas colectivas que se convirtieron en resistencias territoriales a nivel regional contra las autoridades europeas, en especial, en oposición a la Corona española.

En mayor o menor medida, las resistencias de Amaru, Katari y Sisa tuvieron un impacto frente al poder colonial a tal grado que lograron posicionar a las bases comunitarias indígenas como sujetos potenciales de la política (Mires, 2001; Thomson, 2007). La fama de estos dirigentes fue esparcida por sus victorias y capacidad de generar espacios de negociación entre las comunidades y las autoridades coloniales en el siglo XVIII. Pero también, estas experiencias eran trascendentes por ser

⁵ El *Tawantisuyu*, fue la unidad territorial y política del imperio incaico que abarcó una parte importante de lo que hoy se conoce como América del Sur. Esta unidad atravesó desde Ecuador, Perú y Bolivia hasta Chile y Argentina.

⁶ Reinos que tenían sus propias ciudades. Ciudades que eran espacios políticos urbanos importantes en la época.

continuadoras de una u otra manera de revueltas que duraron menos tiempo como sucedió con la de Juan Santos de Atahualpa en 1542 o la de Francisco Julián Ayala en 1549.

De ahí que la región Andina, desde entonces, ha sido uno de los escenarios principales de las luchas anticoloniales de América Latina, porque en estos se han expresado los esfuerzos de autogobierno indígena en distintos territorios de la región, a partir de la resistencia de las bases comunitarias de los colonizados. Bases comunitarias indígenas conformadas por familias y grupos colectivos. Pero no nada más los indígenas se han organizado contra la dominación colonial de las potencias europeas, también están la famosa experiencia de los jacobinos negros como la llamó C. L. R. James (2001) en donde los esclavos lucharon por su derecho a autogobernarse y decidir sobre sus propios territorios.

Los jacobinos negros fueron nombrados así por James, debido a que Toussaint L'Ouverture, líder de la revuelta, juntos con otros esclavos se organizaron para combatir a la potencia colonizadora europea en Haití (nombre como se conoce hoy), al igual que esta experiencia cuestionó la idea de progreso postulada por la Revolución Francesa en 1789. Estos revolucionarios negros se levantaron en armas frente a la contradicción de los franceses que, por un lado, enunciaban los derechos universales del hombre y, por otra parte, el país se proyectaba como nación colonizadora principalmente esclavista del Caribe y otros territorios disputados en la competencia por definir la hegemonía del sistema-mundo en el siglo XVIII.

Hay que señalar, el esclavismo en el Caribe y la parte continental de América del Sur de países como Colombia, Venezuela y otros, fue la base de la economía de la colonización hasta las primeras décadas del siglo XIX (Helg, 2018). En casos como el colombiano, Benkos Bioho y otros rebeldes negros en el siglo XVII, se liberaron por vías violentas de los españoles y se dedicaron a organizar palenques en aquellos territorios producto del cimarronaje. Los palenques eran el tipo de organización propia de los negros que habían logrado romper sus lazos de esclavitud y huir a las montañas o lugares alejados de los centros esclavistas.

En estos palenques, los negros cimarrones hacían un esfuerzo por recuperar su ancestralidad o los elementos que consideraban correspondían a su cultura y pueblos antes de ser despojados y extraídos de sus territorios originarios en “África”⁷. Esta idea de palenque sigue en los imaginarios e intentos organizativos actuales de los pueblos afrodescendientes. Muestra de estos palenques en la historia del movimiento negro han sido el de San Basilio, el de La Tola, el del Castigo, el de Matudere, el de Piojó, San Sebastián de Buenavista, Tofeme en el partido de Tolú, la barranca de Malambo, la sierra del Luruaco, San Miguel, El Arenal, y El Punzón cimarronaje (Helg, 2018).

El cimarronaje como una forma de sublevación del negro en un contexto de colonización progresiva, lograba dejar inmensos vacíos territoriales sobre los cuales ni el Estado, ni los esclavistas tenían un control total. Pero si, los negros rebeldes se reapropiaban de estos territorios y hacían un esfuerzo por construir sus propias unidades organizativas y culturales como respuesta a las estructuras coloniales basadas en la esclavitud. Esta idea de cimarronaje sigue vigente en los imaginarios y proyección política de las organizaciones y movilizaciones negras en la actualidad. Organizaciones y movilizaciones que han traducido sus luchas contra la esclavitud acumuladas de los procesos de colonización de siglos anteriores a demandas de derechos de reconocimiento cultural-étnico, así como en exigencias para combatir el racismo y la discriminación en las sociedades modernas latinoamericanas.

Los movimientos negros, no con la misma fuerza y tradición que los indígenas en América Latina, se han convertido en un referente de rebeldías que enuncian la urgencia de incorporar el problema del racismo en las agendas de las luchas sociales de hoy. El racismo en este sentido, es una forma de dominación y relación de poder que usa los discursos ideológicos de la existencia de una raza superior sobre otros grupos poblacionales para controlar, manipular y subordinar a la sociedad a sus objetivos y fines. Objetivos y fines que generalmente

⁷ Antes de la colonización no se llamaba África, ni había una idea de integración unificada de sus pueblos, por lo menos en su totalidad.

son económicos y políticos, al igual que se actualizan bajo diversas formas como son la xenofobia y las políticas de migración en contra poblaciones como las latinoamericanas (Gall et al., 2022).⁸

Frente al racismo y la discriminación, es importante mencionar que se han manifestado diversas organizaciones y bases comunitarias reivindicadoras de las subjetividades negras en países como Colombia, Venezuela, Haití, entre otras naciones. Organizaciones que se han planteado repertorios orientados a la lucha por los derechos multiculturales, pero también denuncias más profundas y cuestionadoras de la persistencia del racismo y su relación con la dominación colonial (Lao-Montes, 2009; Castillo, 2016).

Por lo tanto, uno de los aspectos importantes que el investigador debe considerar es que no es lo mismo interpretar la historia y política de las luchas de los pueblos indios y negros, desde el movimiento de los propios sujetos que participan que a partir de miradas externas a ellos. De ahí que el autogobierno y las luchas contra la persistencia colonial son elementos necesarios para comprender que la historia y política de los movimientos negros e indios se ha hecho a partir de sus subjetividades (Bonfil, 2005). De los sujetos mismos en su proceso de constitución autónoma para materializar sus propios proyectos en la historia. Estos se caracterizan por ser anticoloniales y cuestionadores de las diversas relaciones de dominación como el racismo y otras que se reproducen con la expansión del sistema-mundo. Además, dichos proyectos, se nutren en gran parte de las bases comunitarias y la lógica colectiva de los pueblos en los diversos territorios latinoamericanos.

En contraste con esta interpretación, la mirada indigenista u otras afines a la reivindicación de la diversidad cultural y étnica plantean que las claves de historia y la política de dicha diversidad, no se encuentra en la propia subjetividad de quienes integran los movimientos, sino

⁸ Precisamente, este tipo de racismo se ha incentivado —en gran medida— con las políticas estadounidenses sobre los migrantes, en especial contra los latinoamericanos. Muestra de ello, es el actual gobierno de Donald Trump, quien, desde la toma de su cargo presidencial en enero del 2025, ha sido radical e inflexible en las políticas migratorias al reducir las posibilidades de permanencia de la población latinoamericana para permanecer y desarrollarse en Estados Unidos.

en la articulación y capacidad de estos con otros tipos de sujetos. Esta visión ha sido también otra fuente que han recuperado los movimientos sociales actuales, porque en esta se expresa la alianza de los indígenas y otros grupos étnico-raciales con las elites mestizas con ideas proindependentistas del siglo XIX. Este último aspecto será abordado en el siguiente apartado.

Dichas elites mestizas que tendrán sus transformaciones y debates ideológicos con movimientos como el indígena durante el siglo XX, al igual que usarán a este para lograr revoluciones como la mexicana en 1910 o la boliviana en 1952. Esta cuestión ya había sido analizada por pensadores de las primeras décadas del siglo pasado como José Carlos Mariátegui (2002), marxista andino, quien planteó que las transformaciones sociales en la región latinoamericana dependían de las fuerzas políticas nacidas de las bases comunitarias de sus pueblos. En el caso latinoamericano, el mismo Mariátegui postula que quienes son la principal fuerza son los indígenas, por lo que deben ser liderados por la vanguardia de la izquierda con un proyecto revolucionario.

En este sentido, hay que mencionar que también movimientos como el indígena, entre otros reivindicadores de la etnicidad han seguido trayectorias que los conducen a la articulación con otras luchas para lograr sus objetivos. No es únicamente el anticolonialismo, sino también los procesos de mestizaje y la agenda de las elites independentistas las que abrieron el camino para que indígenas y afrodescendientes incorporarán demandas relacionadas con la construcción de una nación posterior a la dominación europea. Por ello, como se estudia más adelante, los grupos poblacionales mestizos con base en sus elites con proyecto independentista se convertirán en sujetos de movilización social y fuente de muchas experiencias de luchas latinoamericanas por las soberanías nacionales.

1.2. De las Luchas de Independencia al Proyecto de Estado de los Grupos Blanco-Mestizos

En seguimiento con el análisis sobre la historia y la política que han influido a los movimientos sociales actuales, así como los elementos contextuales que se deben considerar para estudiar dichos movimientos

en América Latina, es importante explicar el papel de las luchas de independencia que acontecieron en la región, durante el siglo XIX. Luchas dirigidas por las elites criollo-mestizas que usaron a los indígenas y afrodescendientes como principal fuerza política para intentar llevar a cabo sus proyectos independentistas, pero también en estas surgieron nuevas formas de subjetividades en movimiento. Estas nuevas formas de subjetividades derivaron en un proceso de politización a partir de cuestionar el mandato de las potencias europeas sobre las sociedades producidas por la colonización del siglo XVI en los territorios latinoamericanos.⁹

Dichas subjetividades fueron los movimientos de independencia, cuya trayectoria y sentido estuvo a cargo de la elite de los blanco-mestizos nacidos en los territorios latinoamericanos y formados en aquellas instituciones político-religiosas y militares pertenecientes al mismo sistema de autoridades coloniales con reminiscencias feudales o semif feudales (Mariátegui, 2002). Pero también estas instituciones se encontraban articuladas con aquellos formatos organizativos indígenas o de las poblaciones conquistadas para su funcionamiento. Instituciones de carácter postcolonial como las identificó Enrique Dussel (2009a), eran póstumias a la conquista y combinaban el cristianismo con un despotismo ilustrado y una oligarquización del poder político desde los grupos vinculados a las esferas intelectuales, religiosas, militares y comerciales en las sociedades que se proyectaban en el horizonte de una modernidad capitalista periférica y profundamente subalterna.

No fue en realidad un humanismo práctico (Guadarrama, 2019), porque la idea de dominación colonial trajo consigo una deshumanización del conquistado, de ese otro. Más adelante, Bartolomé de las Casas como otros sacerdotes de misiones religiosas de castellanización, se preocupó por reivindicar una mirada cristiana basada en la noción que todos los hombres y mujeres somos iguales frente a los ojos de Dios. Interpretación de este tipo de personajes que en el contexto de la época

⁹ La colonización fue un hecho y proceso que en América Latina fue distinto a otros territorios del planeta Tierra, porque no se exterminó las poblaciones, por lo menos de manera completa, al igual que los conquistados en condición de subalternos fueron usados como base para el desarrollo y funcionamiento de las instituciones de los siglos XVI al XIX (Konetzké, 2010).

(siglo XVI), era revolucionaria al postular que los colonizados como los indígenas debían ser considerados también humanos con derechos de igualdad frente a la fe e instituciones cristianas como el resto de la sociedad novohispana (Gruzinski, 2021).

Esto significó que la mirada de este tipo de clérigos señalaba que el colonizado no era una cosa, ni animal o una especie de ser inferior (Dussel, 2009a). Idea que sembró las semillas en las futuras posturas de las elites criollo-mestizas sobre su relación con los pueblos colonizados para reconocer la importancia de dichos pueblos en los procesos de reconfiguración del poder política. Por un lado, estas elites estaban influenciadas de manera intelectual e ideológicamente por la ilustración de una modernidad europea. Pero, por otra parte, no buscan una descolonización completa o radical de las relaciones y jerarquías con los pueblos indígenas y afrodescendientes.

Pese a que los criollos y mestizos, en especial las oligarquías, ya no confiaban en la Corona, ni tampoco pensaban que esta les iba a garantizar mejores condiciones de vida y crecimiento económico, al igual que continuar con la forma de materializar las instituciones y el sistema de gobierno en los territorios posteriores a la colonización. A esto es vital agregar el contexto geopolítico en el que se insertaron las provincias y el Virreinato de la Nueva España, así como la República de la Nueva Granada y otros territorios conquistados en siglos anteriores por las potencias europeas. Este contexto se caracterizó por el fracaso social de las Reformas Borbónicas, cuya aplicación de estas en países como España y Portugal condujeron a una crisis económica profunda, así como en una estrategia de centralización del poder político que puso en riesgo los beneficios de las elites criollo-mestizas. Crisis que impacto también a varios de los sectores poblacionales de las sociedades de lo que actualmente es América Latina (Halperin, 2019).

Por cierto, sociedades que cada vez se miraban así mismas distintas tanto a las indígenas y afrodescendientes como también a las de las potencias españolas, cuya soberanía emergía por una necesidad económica y política, pero también histórica e identitaria para tomar decisiones sobre su propio destino, sin el favor o la voluntad de la Corona Española. Una Corona Española que experimentaba la invasión napoleónica en su seno político. Invasión caracterizada por

la ocupación de los ejércitos franceses a cargo de Napoleón Bonaparte sobre España, durante el reinado de Fernando VII, a comienzos del siglo XIX. El resultado de esta invasión fue hacer que Fernando VII abdicará la Corona (Sánchez, 1944; Rodríguez, 1968).

La hegemonía española estaba en crisis y se abrió un momento político que aprovecharon no nada más los grupos conservadores de la oligarquía de españoles nacidos en América Latina en esa época, sino también elites conformadas por personajes con ideas de libertad y otras en las que se recuperaban debates de la ilustración y la modernidad. Estas últimas insertadas en el proceso de expansión capitalista en donde los países de América Latina buscaban su incorporación a esta, sin ser todavía naciones (en un sentido homogéneo) o países líderes de su propio desarrollo (Soler, 2009).

Pero también, estos grupos criollo-mestizos de orientación más liberal no se oponían a los procesos de expansión del capitalismo, ni como tal a la persistencia colonial de dominación sobre negros e indios, debido a que la subordinación de los últimos era beneficiosa para ellos. Las oligarquías mestizas para su proyecto político y económico requerían de la explotación y el despojo de los pueblos indígenas y afrodescendientes. En el transcurso del siglo XIX, estos grupos oligárquicos cobrarán conciencia de la necesidad política y social de incorporar, también a estos grupos indígenas y negros, a un proyecto en común para lograr gobernar los territorios y hacer funcionar un Estado soberano frente a las potencias europeas.

Este es el contexto, precisamente, en donde personajes provenientes de las elites mestizas con este tipo de conciencia como Simón Bolívar, Miguel Hidalgo y Costilla, José de San Martín, entre otros, asumieron la función de ocupar los liderazgos en las sublevaciones contra La Corona. Sublevaciones que se radicalizaron con el tiempo, al igual que fueron cada vez más orientadas a un proyecto de independencia económica y política de los territorios que estaban jurídicamente bajo el mandato de las potencias europeas, en específico de países como España. En la realidad, las sociedades que habitaban dichos territorios ya experimentaban, en gran medida, la reconfiguración del poder político de las oligarquías criollas mestizas que pasaban de una dimensión local a una regional.

Incluso, es importante mencionar que las oligarquías criollo-mestizas en varias de las regiones entraron en conciencia que podían ser naciones distintas a las concepciones eurocéntricas de las potencias. Esto no implicó que estas oligarquías lograran separarse radicalmente de la concepción en donde Europa es el centro del mundo. De hecho, la historia ha mostrado que desde la segunda mitad del siglo XIX al XX, estos grupos independentistas trataron de replicar modelos de politización eurocéntricos, occidentales y modernos. Esto último se analizará más adelante en este apartado.

En este sentido, los grupos proindependentistas criollo-mestizos no se identificaron con el indígena, ni tampoco con el negro. Mucho menos con el español peninsular. Por lo tanto, estos grupos se dieron a la tarea de plantearse también identidades y estrategias ideológicas respaldadas por los procesos independentistas y articulados con las sociedades mestizas en desarrollo. Estas estrategias tenían como objetivo homogenizar, de una u otra forma, la diversidad étnica-cultural y racial de los territorios latinoamericanos para se genera un sentimiento nacional en cada uno de los países. Esto significó que tanto indígenas como afrodescendientes, eran pensados como poblaciones que debían subordinarse a partir del mito nacional y que todos pertenecían a este (Anderson, 2007).

El mito de nación movilizó a los pueblos colonizados a sumarse a las luchas de independencia. “La tradición gramsciana y mariáteguista”¹⁰ enseña que el mito tiene un uso político e ideológico que puede motivar o neutralizar la acción y luchas de los pueblos en el campo de disputa por definir las relaciones del Estado. Bajo esta lógica, el germen del Estado como proyecto político, precisamente, estaba en un momento importante de su surgimiento y asimilación en el imaginario de la sociedad mestiza. Por supuesto, este tipo de ideas no son fortuitas, porque los líderes como varios de los participantes en los procesos independentistas se habían formado en términos culturales e intelectuales —no nada más en el marco común cultural del cristianismo a partir de la colonización— sino también con las

¹⁰ Referente al pensamiento y aportes de Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui. Ambos pensadores continuadores de las discusiones marxistas desde horizontes teórico-conceptuales heterodoxos.

obras de pensadores como Rousseau, Montesquieu, Maquiavelo, entre otros que aportaron ideas de libertad, la igualdad y la interpretación republicana de la ley.

Además, es importante destacar que los líderes insurgentes de esa época habían accedido a esa formación política e intelectual por pertenecer a las esferas más conservadoras de la misma sociedad mestiza que nacía en el siglo XIX. Por eso no es sorpresa que Hidalgo se había formado en el clero como José María Morelos y otros insurgentes letrados con una visión política a futuro. Pero, también hubo casos como el de Bolívar que se educó y se instruyó militarmente en Europa. Pese a que Bolívar tenía un importante capital intelectual europeo, se manifestaba a favor de la generación de una cultura propia desde las sociedades mestizas latinoamericanas en emergencia. Bolívar, Hidalgo como otros líderes libertadores planteaban una idea de nación independiente en oposición al modelo europeo de organización institucional del poder político estructurado todavía de manera feudal, en contraste con la época que vivieron. Época en donde la ilustración había dejado huellas, específicamente en España.

Por cierto, países como España en el siglo XIX todavía preservaba un engranaje institucional con funcionamiento feudal o semifeudal y no había logrado modernizarse como el resto de las potencias europeas. Por ello, las rebeliones frente a la Corona española, por ejemplo, llegaron a convertirse en movimientos revolucionarios, porque cuestionaban la manera de comprender el proyecto de la modernidad desde la lógica eurocéntrica de las potencias que excluía no nada más a los indígenas y negros, sino también la posibilidad que la sociedad de los mestizos fuese parte de dicho proyecto. Este tipo de idea hasta hoy, sigue presente en los imaginarios de las organizaciones y luchas sociales latinoamericanas que demandan derechos y exigen condiciones de una ciudadanía bajo el concepto de modernidad.

Muestra de lo mencionado, son las movilizaciones, entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, caracterizadas por plantearse en sus objetivos la lucha por la soberanía nacional y la construcción de un Estado moderno unificador de la diversidad étnica-cultural y racial. Esta visión de modernidad relacionada con el progreso que había quedado en ideas de las elites independentistas, sobre lograr

una sociedad mestiza capaz de ser potencia económica en el sistema mundo capitalista y colonial, no se logró materializar en el siglo XIX. Pero, si hubo, una parte de esa visión que se desarrolló en las sociedades latinoamericanas en emergencia: el proceso de constitución del mestizo como sujeto político mediante los movimientos independentistas. En este caso, los procesos de mestizaje fueron también de politización de los sujetos.

Estos procesos, no se limitaron a las luchas independentistas, sino se extendieron a la organización de regímenes políticos conformados por dos grandes tendencias de elites mestizas: los liberales y los conservadores. Los primeros defendieron, en mayor o menor medida, el principio de libertad y las ideas relacionadas con los derechos ciudadanos proyectados hacia lo que más adelante se convierte en las luchas por la democracia moderna en el siglo XX. Mientras, los segundos plantearon conservar privilegios de la Iglesia y el Ejército, sin ampliar la concepción de ciudadanía de forma igualitaria a todos los integrantes de la sociedad mestiza moderna. En cada país, fue diferente la relación entre liberales y conservadores, debido a que hubo casos en donde los primeros se llegaron a comportar más como los segundos y viceversa.

Ambas corrientes, entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, tuvieron una larga discusión para definir la forma jurídica de la nación y el proyecto de Estado moderno. Debate que los llevó a grandes conflictos internos en los diferentes países como sucedió en México, Argentina, Colombia y Bolivia. Pero, también liberales y conservadores dejaron fuera de su idea de nación y Estado a otros tipos de sujetos que propiamente no fueron autoreconocidos en el proceso de mestizaje como indios, raizales y negros. Incluso, la idea de Estado-nación que se formuló al tener un carácter monoétnico-cultural lo que buscó fue que los indígenas y negros se asumieran con base en sus identidades nacionales. Con el objetivo que tanto negros como indios, hicieran a un lado su memoria histórica y formas de politización anticoloniales para reconstruir su pasado a partir de la narrativa mestiza.

En esta narrativa, los movimientos liderados por las elites mestizas son los sujetos políticos principales en los procesos de politización. Es importante mencionar que esta lógica ha seguido hasta nuestros días, en donde las elites mestizas con ideas revolucionarias o de transformación

han pasado por una reconfiguración política y deconstrucción de discursos. Por ejemplo, hay que recordar que las elites organizadoras del movimiento independentista se dividieron en liberales y conservadores. Después los mismos liberales lideraron guerrillas a fines del siglo XIX y comienzos del XX para cuestionar el régimen político de los conservadores.

Más adelante, los resultados de estos conflictos derivaron en regímenes dictatoriales como el caso mexicano, en donde los movimientos sociales se reorganizaron en formato revolucionario y con la idea de un proyecto de Estado-nación. Así como sucedió en Bolivia con la Revolución de 1952, en donde la lucha era también contra el imperialismo y las empresas internacionales extractivistas estadounidenses. Estos esfuerzos revolucionarios de la primera mitad del siglo XX, se caracterizaron por ser movimientos que usaron las armas y la violencia para quitar gobiernos conservadores y dictaduras que pactaban o negociaban con elites y empresas extranjeras para el uso de los bienes que sustentaban la soberanía nacional.

Movilizaciones que se diferenciaron de las luchas independentistas, porque se plantearon otras demandas contra los abusos de poder de las mismas oligarquías mestizas modernas y capitalistas que se habían independizado de una parte de las potencias europeas, pero establecieron negocios y se subordinaron a otros imperios de los procesos derivados del neocolonialismo. Neocolonialismo que fue impulsado por Inglaterra y otras potencias que requerían más recursos y dominar territorios para colocar sus excedentes industriales y poblacionales, tal como sucedió durante las conquistas de varios de los territorios de Asia y África. Territorios que en el siglo XVI no eran conocidos, ni había acceso a ello por las potencias europeas de ese entonces.

Por lo tanto, las movilizaciones revolucionarias de la primera mitad del siglo XX se enfocaron en exigir la transformación de las relaciones políticas que produjeran un Estado soberano y nacional, cuyo eje fuese la defensa de los territorios, recursos y la base material. Este aspecto a lo largo del siglo XX y XXI ha seguido presente en las luchas sociales, porque se considera un importante pendiente en los países latinoamericanos, debido a que continua la expansión capitalista sobre los territorios periféricos. De ahí que la emergencia de movimientos

nacionales fueron también expresiones radicales de transformación que derivaron en importantes intentos revolucionarios en varios de los países latinoamericanos.

Intentos que en algunos casos lograron construir un Estado de forma plena como en México y, en muchos otros, no fue posible como sucedió con Bolivia en donde lo que existió fue la producción de una condición aparente de las relaciones estatales. Como se analiza más adelante en este libro, los Estados latinoamericanos aspiraron a los modelos de la modernidad política eurocéntrica y occidental, pero en su historia la tendencia de estos ha sido llegar a una condición de apariencia o fallida. La primera de estas condiciones refiere a la desconexión entre la forma jurídica política y la esfera social; mientras, la segunda responde a la ruptura o quiebre de los lazos estatales, pese a que dichos lazos en un momento tuvieron su materialización plena y fueron legitimados por una gran parte de la pluralidad de los sujetos que conforman la voluntad colectiva.

La constante del Estado en América Latina es su disputa por definir sus diversas formas y articulaciones con las distintas sociedades. Por esa razón, los movimientos sociales de forma constante se proyectan como sujetos de disputa por el Estado en la región. Por lo tanto, estos movimientos a lo largo del siglo XX también se preocuparán y asumirán su papel como subjetividades a favor de la democratización de las relaciones estatales y el poder político. Este rasgo es un eje fundamental que ayuda a entender la razón porque, los movimientos sociales latinoamericanos se insertaron en la lucha por la democracia como se aborda en el próximo apartado.

1.3. Las Movilizaciones Sociales se Convierten en los Sujetos de Democratización frente al Neoliberalismo

Como ya se mencionó, los movimientos sociales en el transcurso del siglo XX se convirtieron en sujetos de democratización, no de democracia. Por eso, es importante explicar una precisión histórica y conceptual entre estos fenómenos, porque pese a que ambos son parte del espectro democrático, no son lo mismo. En este sentido, la democratización se refiere a los procesos en donde la ciudadanía se

politiza desde la esfera social (Gallardo, 2007). Mientras, la democracia indica la forma de gobierno, el sistema, los mecanismos, la estructura y el andamiaje institucional que permite funcionar la representación y participación política de la ciudadanía (Sartori, 2003).

Hay que señalar, la democracia contemporánea tiende a seguir la lógica de tratar de reproducir los modelos liberales de países occidentales y modernos (Macpherson, 1997), sin considerar la historia y la política de regiones como la latinoamericana. En el caso de América Latina, la democratización no inició con la competencia electoral como por lo general es ubicada por la política comparada (Mainwaring y Pérez-Liñan, 2019), sino más bien, surgió con las movilizaciones sociales de la segunda mitad del siglo, debido a que estas proyectaron a la ciudadanía como principal sujeto político de representación y participación.

En contraste, con la idea que imperaba en varios de los países latinoamericanos con relación a que el sistema electoral es el eje de la realización de la democracia. Para entender esta parte, es necesario revisar la historia de la región en donde más de un país tenían regímenes dictatoriales a comienzos del siglo XX. Regímenes que fueron producto de las disputas entre liberales y conservadores por materializar el proyecto de Estado moderno, cuya idea para llevar a cabo dicha materialización se enfocaba en copiar los modelos de países como Francia u otros europeos que hacían visible su progreso y orden político.

Por ejemplo, México siguió una visión de modernización del Estado a partir del desarrollo tecnológico, el orden social, la construcción de importante infraestructura y el crecimiento económico, durante la dictadura de Porfirio Díaz en la primera década de la centuria pasada. El proyecto de Díaz en esta lógica planteaba que la modernidad del Estado no estaba tanto en los derechos y subjetividad política de los gobernados, sino en la modernización de los países para que estos fuesen rentables en la órbita de la expansión capitalista.

También en esa etapa, hubo otros casos como los de Argentina y Colombia, en donde los grupos oligárquicos tardaron en tener un proyecto estatal en el sentido moderno de derechos y ciudadanía, pero estos buscaban un desarrollo económico y beneficio para sus familias mediante el ejercicio del poder político. Estas oligarquías obtuvieron su beneficio de

los conflictos entre liberales y conservadores de finales del siglo XIX a principios del XX. De ahí que la región en las primeras décadas, tenía sociedades bajo gobiernos con tendencia dictatorial o directamente con intereses subordinados a un grupo reducido de integrantes dueños de los medios políticos y económicos. Frente a ello, las revoluciones como la mexicana de 1910 identificaban el derecho al voto y a elecciones libres de manera positiva y dentro de las conquistas sociales.

Razón por eso que regímenes políticos postrevolucionarios y, en general, de muchos de los países latinoamericanos consideraban a las elecciones como una conquista democrática opuesta a los abusos de poder. La cuestión es que esta mirada, se limitó al marco jurídico positivo, sin considerar que lo más importante de una democratización son los sujetos en movimiento. Esta idea prevaleció en la región durante varias décadas como fueron los 30, 40, 50 y en gran parte los sesenta. Por ello, se expresaron protestas sociales en Ecuador, Chile y otros países que exigían la ampliación del voto, en especial a las mujeres. Esto es debido a que los sistemas electorales una gran parte del siglo XX eran enfocados únicamente a cuestiones procedimentales y daban por hecho que la democracia empieza y termina en el ejercicio del voto.

En estas mismas décadas, se dieron no nada más protestas de corte liberal para la ampliación del voto, sino también las luchas que derivaron en revoluciones como la experiencia cubana que marcó la generación de estudiantes que participaron en el movimiento de 1968 en varios de los países latinoamericanos. Las revoluciones contra el imperialismo estadounidense y a favor de las soberanías nacionales se convirtieron en hechos y procesos que antecedieron la larga marcha de los movimientos sociales por la democratización en las últimas décadas del siglo XX. En este sentido, los integrantes de las movilizaciones pasaron de ser espectadores críticos de los sistemas electorales a dar inicio a subjetivización de sí mismos frente a estos.

Después de las protestas juveniles de 1968, acontecidas en varios países, los movimientos sociales entraron al escenario de la democracia como sujetos con importantes posibilidades de intervención y presión en las decisiones gubernamentales. Razón por eso que las luchas sociales en la segunda mitad del siglo pasado asumieron, en más de un caso, el papel de impulsar o apoyar candidatos para influir en la

forma y tipo de gobiernos. En América Latina, uno de los casos más emblemáticos fue el gobierno de Salvador Allende, en Chile. Allende ganó las elecciones en 1970 con el apoyo popular de los chilenos, por un lado, dicho apoyo fue una respuesta a las medidas autoritarias del mandato del presidente Eduardo Frei (1964-1970).

Mientras, por otra parte, la generación de una amplia base de ciudadanía como apoyo al gobierno de Allende, se debió a que en este se planteó un proyecto de corte progresista con discurso socialista, al igual que reivindicador de las libertades fundamentales necesarias para que se logre cualquier ejercicio democrático en los contextos de la política moderna. Estas libertades eran aquellas relacionadas con los derechos del ciudadano a tener un ejercicio propio de pensamiento y opinión, sin que estos sean censurados por los medios de comunicación o los espacios políticos institucionales¹¹. De ahí, Chile al igual que otros países latinoamericanos en el transcurso de las últimas décadas del siglo pasado y el presente, se han caracterizado porque sus trayectorias democráticas oscilan entre gobiernos autoritarios e incluso dictatoriales y esfuerzos en donde los movimientos sociales apoyan, legitiman e impulsan la llegada de mandatarios que consideran, de una u otra manera, a fines a los intereses populares.

Otros casos más recientes, por ejemplo, son aquellos en donde los movimientos han impulsado la apertura a la democratización son las llegadas al poder político de Andrés Manuel López Obrador y Claudia Sheinbaum en México en los últimos años. El primero se convirtió en presidente en 2018 como consecuencia de una intensa campaña electoral, lucha entre los grupos oligárquicos de poder en México y las bases sociales que, junto con él, organizaron el Movimiento de Morena (Movimiento de Regeneración Nacional). Movimiento que se hizo partido para la contienda electoral. Ese mismo respaldo y legitimación social, hizo que la gente votará por Morena e identificará a la segunda, Sheinbaum, como la continuadora del proyecto progresista de AMLO.

¹¹ Más adelante, Allende recibió el golpe de Estado organizado por las propias fuerzas militares y grupos conservadores de ese país, dirigidos por Augusto Pinochet. Este último, dio la orden de asesinar a Allende y tomó la presidencia de Chile.

En esta lógica, también se encuentra la experiencia de Colombia con Gustavo Petro. Petro llegó al cargo de presidencia de este país en el 2022, cuyo proyecto progresista y con el respaldo de una gran parte de las masas conformadas por diversos sectores urbanos, rurales y derivados de organizaciones sociales e inclusive vinculadas con el espectro político de la izquierda. Hay que señalar, este tipo de organizaciones sociales —desde gobiernos anteriores al de Petro— se habían manifestado en contra de abusos de poder y medidas de injusticia y desigualdad sobre la subida de precios de manera indiscriminada en periodos de mandato anterior como el Iván Duque (2018-2022) ubicado dentro de la derecha. La fuerza de las movilizaciones que llevaron la presidencia de Petro no nada más eran diversas, sino también se caracterizaron por un relevo generacional de jóvenes provenientes de experiencias fuera de los marcos dicotómicos tradicionales de las izquierdas y derechas en los territorios latinoamericanos. Este aspecto se abordará más adelante en este libro.

Por supuesto, estos son únicamente algunos casos referidos en este libro de los muchos que se han expresado en la historia latinoamericana. Sin embargo, la breve explicación de estos ejemplos ayuda a ilustrar el postulado que se plantea sobre que la democratización es un proceso de luchas y movilizaciones sociales caracterizado por la ampliación de espacios ciudadanos y públicos de la toma decisiones políticas. Pero también, la democratización se distingue, porque en esta hay una concientización de la gente sobre la potencia y capacidad que pueden tener como sujetos para desplegar sus propias estrategias identitaria-ideológicas y proyectos políticos.

Por eso, el indicador de la democratización es el grado de la intervención de las luchas sociales en los procesos de representación y participación. En contraste con la hipótesis comparativista de Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2019), quienes postulan que 1990 es el año en donde comenzó la democratización latinoamericana. Su argumento de estos politólogos es que este año es la fecha en donde más elecciones transparentes ha habido en la región. En parte es cierto lo que sostienen estos especialistas, pero también dejan de lado que se vivió una oleada de luchas, cuyas banderas de crítica política se enfocaban en denunciar los fraudes electorales y abusos de poder.

Además, estas movilizaciones se encargaron de denunciar los problemas de falta de transparencia y funcionamiento de los sistemas políticos y electorales, en especial, entre finales de la década de los ochenta y los noventa en países como Ecuador, México, Venezuela y otros que habían experimentado fraudes y el control monopartidista de los procesos democráticos. Pero pese a que estas movilizaciones cuestionaron los monopartidismos y la falta de pluralidad de los sistemas electorales en varios de los países latinoamericanos, todavía no tenían rasgos o estrategias que reivindicaran la etnicidad con eco y fuerza a nivel nacional.

En paralelo, países como Bolivia, Ecuador, Colombia y México experimentaban también la resignificación de las organizaciones indígenas y campesinas que tenían en sus banderas de lucha un histórico cumulo de agravios desde la colonización hasta los procesos monoculturales de los Estados en la región. Esta resignificación en los ochenta y los noventa se caracterizó por hacer la distinción entre las luchas con demandas centradas en la defensa de la tierra y aquellas con una bandera identitaria en términos étnico-raciales. Las primeras correspondieron a las movilizaciones campesinas y las segundas fueron identificadas bajo el nombre de indígenas.

Estas últimas adquirieron gran fuerza, porque recuperaron la discusión sobre la persistencia colonial y la descolonización frente a la entrada del neoliberalismo y políticas indigenistas promotoras de dicha persistencia colonial. Muestra de ello, fue que en la región se celebró en los noventa el V Centenario del Descubrimiento de América como estrategia indigenista para otorgarle un sentido positivo al proceso de colonización sobre los diversos pueblos y territorios conquistados desde el siglo XVI (Bengoa, 2016). La respuesta de los movimientos indígenas fue denunciar dicha estrategia y cuestionar su carácter colonial hasta el punto que esto hizo que las organizaciones sociales se interesaran más por asumir identidades e ideologías étnico-raciales con una mayor fuerza contra el neoliberalismo y los procesos estatales de homogenización política.

Por lo tanto, la emergencia de los movimientos indígenas al cobrar fuerza pública y a nivel nacional —como ya se dijo— se tradujeron en grandes despliegues movilizatorios, en donde la recuperación de la

etnicidad y el problema racial se convirtiera en la vanguardia de las luchas sociales. Incluso este fenómeno, llegó a marcar el horizonte ético y agenda de las diversas protestas sociales (Bengoa, 2016). Horizonte que todavía se encuentra de manera importante presente en las agendas de las organizaciones y luchas sociales, sin importar las diversas banderas o itinerarios que manejen estas. Por cierto, estos itinerarios y agendas, a lo largo del siglo XX, fueron definidos en gran medida por organizaciones y debates nacidos desde las izquierdas latinoamericanas.

Estas últimas, fueron compuestas bajo la lógica de la sociedad mestiza, programas ideológicos y políticos influenciados por los marxismos-leninismos y otras corrientes eurocéntricas que planteaban las estrategias de lucha a partir de una historia y forma de actuación distinta a la realidad de la región. Hay que señalar, la idea de izquierda en el marco politológico ha sido definida a partir de la premisa liberal en las últimas décadas. Norberto Bobbio, referente clásico del siglo XX y XXI, es un autor que propone entender a la izquierda como cualquier oposición ideológica y política al partido, candidato o grupo de derecha en las democracias y sus sistemas. En este sentido, la izquierda es dicotómica de la derecha y viceversa, porque difícilmente se pueden explicar por separado. Ambas se necesitan para su definición (Bobbio, 1985; 1995).

Bobbio pensó esta lógica, a partir de las experiencias de los sistemas democráticos fundados en modelos occidentales y modernos. No lo hizo este clásico de la ciencia política, desde la experiencia social y de luchas latinoamericanas del siglo XX, ni tampoco del XXI. Razón que lleva a analizar el contexto de la región en términos de las izquierdas y la democratización. Contexto, por un lado, en donde hay que destacar que las izquierdas mestizas latinoamericanas son plurales, cuyo origen son de estos grupos de la población que tuvieron la oportunidad de acceder a la educación en las universidades. Espacios que permitieron a quienes integraron estos grupos, la posibilidad de obtener un capital cultural, intelectual e ideológico suficiente para generar un pensamiento crítico sobre el *statu quo*.

Por otra parte, la izquierda mestiza no incluyó la diversidad ideológica, cultural y social de los movimientos y organizaciones caracterizados por su etnicidad (Ávila, 2021d). Etnicidad que ha sido el motor de

las estrategias de democratización a cargo de los movimientos y organizaciones colectivas, cuyas formas van desde las protestas en las calles y lo público hasta lo comunitario en las geografías locales y regionales. Dichas izquierdas mestizas en la región, por ejemplo, a lo largo del siglo XX, fueron reproductoras de la prácticas excluyentes y marginales, porque subordinaron los formatos organizativos de los pueblos indígenas y afrodescendientes tanto al proyecto de los partidos de aquellas tendencias marxista-leninistas como a los tiempos, ritmos y modelos de los sistemas electorales y de organismos de representación estructural liberal.

Además, las izquierdas en la centuria pasada, se relacionaban en gran medida con el movimiento indígena y las diferentes organizaciones y formas comunitarias étnica-raciales en función del uso pragmático que daban a dichas organizaciones y expresiones colectivas. Muestra de ello, es que los líderes de las izquierdas utilizaban a las masas indígenas y afrodescendientes como fuerza de legitimación de sus luchas, sin la posibilidad que estas últimas se constituyeran como sus propios sujetos con un proyecto político de autogobierno y transformación de la sociedad mestiza a una diversa en términos étnicos, culturales y raciales. Esta situación empezó a cambiar como consecuencia de la importante ola de movimientos indígenas y organizaciones afrodescendientes que se dieron con fuerza, entre finales del siglo pasado y las primeras décadas del siglo XXI.

En el transcurso del presente siglo, los movimientos sociales han recuperado la etnicidad como una estrategia de subjetividad que los ha llevado a grandes esfuerzos para llegar al poder estatal que antes ni siquiera estaba en la agenda de los líderes y organizaciones mestizas adscritas a la izquierda. En estos tiempos, las izquierdas se han abierto cada vez más al debate de la etnicidad, así como también asumido la necesidad de dicho debate en sus agendas políticas. De manera importante, los movimientos sociales se han convertido caminos mediante los cuales se hace una serie de esfuerzos por hacer que quienes integren la etnicidad sean sujetos autónomos de la política.

Razón que lleva a pensar que hoy, la diversidad de identidades no se limita a lo étnico, ni tampoco a una única identidad o estrategia ideológica, pese a que, en las primeras décadas del siglo XXI los

elementos de etnicidad habían funcionado como marcadores de las vanguardias de luchas por el poder de los Estados. En los últimos años, la llegada de gobiernos progresistas como los de López-Obrador, Petro, Sheinbaum, entre otros resultados de las fuerzas que han representado los movimientos sociales, pero también del cálculo político y económico que han hecho los grupos oligárquicos de varios países de Latinoamérica para evitar convulsiones con un mayor impacto de violencia desde lo social o que deriven en revoluciones que afecten sus intereses.

Hay que señalar, la violencia representa para estos grupos de poder una ganancia económica, así como el desarrollo de mercados que funcionan mediante la circulación de las inversiones, extracción de recursos y la reproducción del orden político en emergencia en el transcurso del siglo XXI. Este nuevo orden, es resultado de una reconfiguración del poder político atravesado por los empresarios que se benefician del mercado de la Inteligencia Artificial, los escenarios de gobiernos progresistas que no responden de manera estructural a las necesidades sociales y el hiper conservadurismo que ha llegado a derivar en una versión fascista, en específico sobre los países latinoamericanos actuales.

Precisamente, la democratización actual se caracteriza, porque en este proceso hay una diversidad de sujetos que articulan la etnicidad y otras identidades o estrategias con las luchas por la educación y la paz. Estos mediante esta articulación hacen un esfuerzo por intentar proyectar cambios sustanciales frente al hiperconservadurismo fascista y los mandatos de presidentes progresistas que han llegado a reforzar más el *statu quo* que a posibilitar su transformación. Hay que señalar que el objetivo de lograr la transformación de las relaciones del poder y el sistema dominante son propias de las izquierdas del siglo XX y el presente. Pero este no es un componente que tengan los gobiernos progresistas en sus agendas políticas e ideológicas.

Por lo tanto, los movimientos sociales como el resto de los sujetos que intervienen en la realidad política, han trascendido el debate ideológico de las izquierdas y derecha para proyectar otro tipo de reflexiones como qué tipo de Estado, política y redes de poder se construyen frente a un capitalismo trasnacional que ha subordinado casi por completo a las instituciones sociales y publicas de los países

al orden global de la Inteligencia Artificial. Antes se discutía sobre quienes deben guiar la transformación de la sociedad moderna a una igualitaria. En donde se analizaba si las clases dominadas, los grupos étnico-raciales subordinados por la persistencia colonial o las mujeres como el género subalternizado por el patriarcado iban a ser los sujetos que guiarían los procesos revolucionarios.

Pero hoy, la cuestión para los movimientos sociales no está en la realización de la revolución, sino en la sobrevivencia de la especie. Idea que, precisamente, se abordará en la próxima parte de este capítulo. Los movimientos sociales se han convertido en sujetos democráticos, pero también hacia su interior se pluralizan cada vez más en términos intersubjetivos. Por ello, los movimientos sociales son sujetos democrátizadores no únicamente por su pluralidad étnica-racial-cultural y subjetiva, sino también porque se plantean nuevas formas de entender las transformaciones fuera de los marcos de las izquierdas y derechas tradicionales de siglos anteriores.

Las luchas de estos movimientos van de poco a poco en escalas locales y regionales a nacionales e internacionales, cuyas identidades y procesos de subjetivización étnico-racial son una respuesta al racismo y las lógicas de exclusión, desigualdad, injusticia y racistas que persisten en las sociedades modernas latinoamericanas en los tiempos de la Inteligencia Artificial, los gobiernos progresistas y el hiperconservadurismo.

1.4. Más allá del Marco de las Izquierdas y las Derechas en la Región: el Fenómeno de los Gobiernos Progresistas

En los años más recientes, los movimientos sociales enfrentan un contexto caracterizado por plantear proyectos, agendas y demandas más allá del marco de las izquierdas y las derechas, como ya se refirió en el apartado anterior. Pero también, dichos movimientos se insertan en procesos de lucha contra el neoextractivismo, la gentrificación y las resistencias territoriales que enfrentan la expansión del capital en tiempos políticos complejos. Tiempos caracterizados por el entrecruzamiento de dos niveles de disputa por la hegemonía transnacional en la región. En el primer nivel, se identifica que hay una contienda por llegar a controlar la dirección gubernamental de

varios países latinoamericanos, entre las fuerzas del progresismo y el hiperconservadurismo. Ambas fuerzas reproductoras de la expansión del capitalismo, así como las líneas que las diferencian en la realidad de la política se desdibujan hasta mezclarse.

Hay que explicar, el progresismo y el hiperconservadurismo se distinguen, porque el primero busca de una u otra manera la legitimación social de sus políticas gubernamentales o cuando asume cargo en el Estado. En contraste, con el segundo, hace referencia a una posición de ordenar a las sociedades en función de la ley para crear las condiciones que permitan el desarrollo del capital. Inclusive, si es necesario juega o manipula dicha ley y normas para cumplir los objetivos de los empresarios. Este hiperconservadurismo, se ha nutrido de postura de la derecha del siglo XX, al igual que de una victimización e individualización extrema de las particularidades de los ciudadanos.

A tal grado que el hiperconservadurismo, ha llegado a adquirir posturas que generan controversia y confusión en la ciudadanía, debido a que en este hay una reapropiación de discursos de la diversidad cultural, étnica, racial, sexual y de distinto tipo desde una mirada mercantilista y banal. Esta banalización de la diferencia que postulan los hiperconservadores, es también consecuencia de una sociedad que ha caído en un hedonismo como forma de enajenación frente a los problemas fundamentales relacionados con la violencia, desigualdad, injusticia, racismo, marginación, exclusión y olvido de agravios sobre las distintas colectividades. Por supuesto, la postura hiperhedonista parte de la idea que los problemas de quienes integran la diversidad y de la otredad, se resuelven mediante la inclusión de estos al mercado, ya sea como marcas o productos de manera individualizada.

Por otra parte, es importante realizar un análisis en un segundo nivel que consiste en la relación entre los Estados Unidos y América Latina. En la actualidad, los Estados Unidos y las políticas actuales de Donald Trump proyectan una estrategia hegemónica imperial por tratar de subordinar con medidas económicas, territoriales, fronterizas y coercitivas el flujo de las sociedades en la región. Hay que tener claro que, por lo menos en la región, Estados Unidos no ha dejado de ser potencia imperialista frente a México, Colombia y otros países.

A esto se debe agregar que en un contexto global definido por la era de la Inteligencia Artificial, las políticas enunciadas desde el gobierno actual de los Estados Unidos y sus alianzas con los grandes capitales que se enriquecen de la industria y mercado de la tecnología de la Inteligencia Artificial, buscan encaminar a la región latinoamericana a un nuevo ordenamiento político. Este orden ya comenzó desde hace años, sin importar el tipo de gobierno en turno tanto en Estados Unidos como también en los distintos países latinoamericanos.

Ni siquiera el ascenso de gobiernos progresistas de la última oleada ha impedido que la Inteligencia Artificial se proyecte como un nuevo orden político. Pese a que los discursos del progresismo han enunciado su oposición al capitalismo de empresas privadas, la realidad muestra que esto no ha sucedido. Mucho menos, contra los intereses de las empresas centradas en la biotecnología. Estas empresas en la actualidad cada vez más tienen un papel activo en la intervención de la definición de cargos gubernamentales y las decisiones a nivel nacional e internacional.

Además, es importante mencionar que dicho orden de la Inteligencia Artificial, se nutre fundamentalmente de la lógica y expansión del capital trasnacional en territorios locales y regionales en donde existen recursos, materiales y elementos para la producción de este tipo de tecnologías. En estos territorios, los conflictos y la violencia precisamente se han aumentado no nada más por el cumulo de agravios históricos, sino también porque representan los lugares geoestratégicos de obtención de riqueza a nivel mundial. De ahí que los gobiernos progresistas, pueden oponerse en sus discursos a este orden y fomentar medidas ecológicas alternativas, pero en la realidad, el poder político no depende de quienes ocupan estos cargos, sino más bien de la influencia y presión de las empresas trasnacionales y este nuevo orden de la Inteligencia Artificial en emergencia.

Los gobiernos progresistas, en este sentido, son un indicador del crecimiento de las fuerzas sociales desde las luchas mismas de la gente. Incluso, estos mandatos, sin la legitimación e impulso de los movimientos sociales no habrían llegado a ser conformados, porque nacieron a partir de la desilusión y crisis de los partidos y la política moderna que tiene la ciudadanía en las sociedades latinoamericanas. Pero, también en estos mandatos de corte progresista, se encuentran integrados por

políticos provenientes de gobiernos neoliberales, empresarios y hasta exmilitantes de partidos conservadores. Todos estos, se comportan así con el objetivo de sobrevivir en la competencia política y adaptarse a los tiempos, ritmos y velocidad del marketing electoral.

Hay que explicar, el progresismo es un fenómeno social y político que tiene como antecedente: la interpretación populista de las luchas ciudadanas y la necesidad de hacer converger a esta con el neodesarrollismo. Por supuesto, a esto se debe sumar, la idea que los liderazgos progresistas deben ser legitimados por las movilizaciones y organizaciones sociales de izquierda, aunque en el momento que conformen los gobiernos no sigan bajo esta lógica. Razón que ha llevado a pensar a la gente que los progresismos son de izquierda, pero que en realidad no lo son. Esta confusión ha sido consecuencia de estrategias políticas e ideológicas para que los gobiernos progresistas tengan una mayor aceptación en los imaginarios colectivos, al igual que neutralicen las cargas ideológicas de las izquierdas revolucionarias, marxistas y liberales en la competencia electoral.

Muestra de ello, es que los gobiernos progresistas no se oponen a la lógica imperial de los Estados Unidos, porque no van contra sus intereses. Por el contrario, el progresismo es una corriente que se adapta en la práctica a la lógica de las relaciones de poder que favorecen eso que Michael Hardt y Antonio Negri (2005), llamaron imperio. Para estos autores, el imperio es una noción moderna de esa lógica de potencias como la estadounidense que pretenden civilizar el mundo con su proyecto, sin importar la soberanía de los países. Esta idea se ha actualizado con los discursos de Trump y sus estrategias contra la migración latinoamericana sobre los Estados Unidos, así como su islamofobia e intervencionismo constante en diversos países para despojar a estos de una parte importante de sus territorios.

Finalmente, los gobiernos progresistas, al igual que los grupos hiperconservadores, buscan desarrollar el capitalismo desde el criterio que la ciudadanía debe ser incorporada a las dinámicas globales del mercado en las condiciones más igualitarias y justas frente a los grandes emporios transnacionales de la periferia latinoamericana. Postura que no entra en la clasificación de la izquierda, ni mucho menos con un fundamento ideológico marxista que se ponga como objetivo luchar contra el *statu quo*.

Tampoco, los grupos hiperconservadores son exactamente como antes era la derecha, aunque en estos todavía persisten valores y principios fundamentales en términos ideológicos y políticos como la defensa de la vida a ultranza, por encima de la misma decisión del ciudadano o la idea que los trabajadores generan su propia riqueza por medio del tiempo dedicado en las empresas, sin considerar las condiciones reales de despojo y explotación que experimentan dichos trabajadores. En esta lógica, los trabajadores no son dueños de las empresas y sus derechos cada vez son menos mediados y defendidos por el Estado.

Por lo tanto, el contexto actual que enfrentan cotidianamente los movimientos sociales ya no se mueve en términos ideológicos en el marco tradicional de las izquierdas y derechas, aunque en el imaginario y las subjetividades de quienes participan en estos todavía exista una persistencia de dichas ideas. Hoy este marco ideológico y político, se ha transformado en uno más orientado a proyectos que se disputan la forma de concebir la sobrevivencia de la humanidad frente al orden emergente de la Inteligencia Artificial (IA). Unos argumentan la adaptación del hombre y la vida social a la IA.

Mientras otros, tienen la posición de no subordinarse a cualquier tecnología que sustituya el trabajo y actividades del hombre. Por supuesto, hay matices y depende de la manera en que cada país latinoamericano ha llegado a vincular este tipo de desarrollo tecnológico. Por ejemplo, los países de la región con mayor conflictos y violencia, pese a que en sus territorios se disputan los recursos y materia prima para la fabricación de la tecnología de la IA, no tienen acceso completamente a esta última. A diferencia de los países coreanos o de la región del Norte del Oriente de Asia y de Europa.

Razón por ello, es que los movimientos sociales actuales son plurales en estrategias, pero también en sus causas e ideologías, en donde en una organización de acciones y despliegues colectivos puede haber marxistas, liberales, feministas decoloniales, entre otras posturas. Pero al mismo tiempo, los movimientos se integran a partir de causas como es la defensa del territorio y la tierra contra el extractivismo o las resistencias urbanas en oposición a la lógica de gentrificación

empresarial. En esta gentrificación han entrado los gobiernos al negocio y a la corrupción que ha implicado dicha forma de desposesión sobre las propiedades del ciudadano y el espacio público.

Por lo tanto, la propuesta es pensar los movimientos sociales más allá de las izquierdas y derechas para explicar los contextos actuales desde un análisis que considere a los movimientos como sujetos históricos, en lugar de ser fabricaciones ideológicas mediáticas, intelectuales o de algunos líderes sociales que buscan legitimar y liberar su conciencia de haber sido cooptados por el sistema contra el que luchaban. Por supuesto, hay que reconocer y aprender de las experiencias anteriores de los movimientos revolucionarios y esfuerzos de las izquierdas para que hoy no se cometan los mismos errores en las luchas sociales de la región. Además, esto lleva a que los análisis e investigaciones consideren la importancia de la ideología para explicar las subjetividades y fenómenos movilizatorios, pero sin usar a dicha ideología como fuente de veracidad o parte de la metodología.

Capítulo 2.

Principales Derroteros Teóricos que enfrenta la Ciencia Política sobre los Movimientos Sociales

Major Theoretical Debates in Political Science on Social Movements

“En el caso de algunos pensadores,
sus escritos quedan enquistados por la
aparición de movimiento...
que tratan de propagar sus ideas o de usarlas para
alcanzar objetivos sociales o intelectuales...”

—Wallerstein, Immanuel.
Marxismos. En Musti, Marcello (comp).
El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave (2024).

La politología (o ciencia política) como el resto de las disciplinas sociales parte tanto de una discusión epistemológica como teórica para lograr explicar los fenómenos y sujetos estudiados.¹² En este caso los sujetos estudiados, son los movimientos sociales. Razón por la que hay una diversidad de teorías que tratan de explicar este tipo de sujetos en América Latina desde niveles epistémicos (Zavaleta, 1988; Zemelman, 1998; Sohn, 2001; Santos, 2009) y filosóficos (Dussel, 2009) hasta en aquellos propios de la sociología (Fals, 1987; Melucci, 2002) y mucho más cercanos a la discusión que hoy tiene la ciencia política sobre el tema

¹² En este libro se prioriza más la idea de sujeto y en todo caso de fenómeno por encima de paradigma, porque en la ciencia política y las ciencias sociales es difícil que se desarrollen modelos científicos bajo la lógica heredada por las disciplinas “exactas”, básicas y naturales. Incluso la noción de paradigma en Kuhn (1986) fue pensada por este autor a partir de su discusión con las ciencias naturales. Los paradigmas según Kuhn dependen de los consensos científicos. Consensos en los que se legitiman los avances de los investigadores y descartan aquellos que consideran ya no tienen la capacidad explicativa de los fenómenos. En la ciencia política, por ejemplo, no sucede así, porque no hay un consenso generalizado sobre una tesis o una hipótesis. Ni tampoco existe una teoría y tipo de conocimiento que sean totalmente descartado.

(Gilly, 2006; Pleyers, 2018; Pereyra, 2000; Ávila, 2023b). Una disciplina que cada vez más opta por abrir sus análisis a los movimientos sociales como sujetos políticos y no se limita al marco de los partidos. Los partidos que han dejado de ser visualizados y aceptados de manera legítima por las sociedades latinoamericanas.¹³

Teorías que en este trabajo, son pensadas a partir de una mirada en la que se destaca analizar las luchas y movilizaciones que tienen los sujetos en sus procesos de constitución colectiva y autónoma frente al poder (Gramsci, 1980; Mariátegui, 2002; Marx y Engels, 2007; Ávila, 2020b; Musto, 2024), pero al mismo tiempo recupera las múltiples formas en las que dichos sujetos se politizan mediante acciones (Melucci, 2002), organizaciones y estrategias ideológicas e identitarias (Tarrow, 1997; Scott, 2000; Ávila, 2020a; Hundis, 2024; Wallerstein, 2024) que van de la protesta a la rebeldía más disruptiva contra el orden político y económico dominante (Mires, 2001; Fraser, 2020; Wallerstein, 2008; Zibechi, 2008; Choque, 2014).

De ahí que el derrotero principal de la propuesta que se desarrolla en este apartado es discutir básicamente con cuatro tendencias teóricas que siguen vigentes en la región durante las últimas décadas. Tendencias que son las siguientes: la primera, se centra en la idea marxista de luchas de clases y la visión clásica del proletariado como sujeto de las luchas revolucionarias; la segunda, consiste en el análisis de la identidad y la acción colectiva como cuestiones fundamentales para concebir a las experiencias de protestas sociales; la tercera, se enfoca en comprender a las dinámicas de rebeldía a partir del sujeto, la historia y la política de los márgenes subalternos de la expansión del sistema mundo capitalista y colonial, y; la cuarta, se ha caracterizado por llevar la reflexión de las movilizaciones ciudadanas a la arena de lo público y lo institucional.

Estas cuatro tendencias de teorización se enmarcan en la ciencia política y las ciencias sociales, cuyo análisis de estas se hace a través de

¹³ En este caso, las movilizaciones han llegado a tener la función de puentes entre lo colectivo y la proyección política de lo social. Función que los partidos políticos de una u otra manera buscaron tener entre mediados del XIX y mediados del XX, pero que con la expansión del sistema capitalista quedaron subordinados a dicha expansión como correas transmisoras de este (Meiksins, 2016).

los próximos subapartados: 2.1. La vigencia del pensamiento marxista en el estudio del fenómeno: la idea de centralidad política del oprimido; 2.2. La teoría política y el problema de la voluntad colectiva; 2.3. La teoría de los movimientos sociales: de la acción colectiva al problema de la identidad y el multiculturalismo; 2.4. Los aportes del pensamiento crítico latinoamericano: el debate de la persistencia colonial; 2.5. La perspectiva antisistémica: del marxismo-leninismo al autogobierno, y; 2.6. Las movilizaciones a partir de la agenda de las políticas públicas en el marco de la construcción de paz.

Las partes mencionadas son el fundamento teórico de la argumentación en la presente investigación sobre movimientos sociales en América Latina. Por lo que el objetivo de este capítulo no es describir cada corriente o derrotero teórico, sino más bien arrojar una serie de provocaciones lo más rigurosas posibles para pensar a los movimientos de la región como un tipo de sujeto que merece ser estudiado en los nuevos caminos interdisciplinarios de la ciencia política (González, 2009). Una disciplina que, por cierto, en el siglo XXI ha sido reestructurada a partir de la tensión entre las expectativas de una identidad propia y el uso de herramientas teórico-conceptuales basadas un enfoque interdisciplinario en el desarrollo de la práctica investigativa politológica (Aziz, 2009).

2.1. La Vigencia del Pensamiento Marxista en el Estudio del Fenómeno: la Idea de Centralidad Política del Oprimido

La primera gran teoría que aborda el fenómeno de los movimientos sociales en los contextos de la expansión del capitalismo: es la marxista. Carlos Marx, pensador judío-alemán del siglo XIX nacido en Tréveris, fue el principal fundador de esta teoría en la que se enuncia a la lucha de clases como el motor que impulsa las movilizaciones y experiencias de autoorganización hacia la emancipación social en la historia del capitalismo (Bagú, 1977, 2008)¹⁴. Es importante indicar que Marx para

¹⁴ El capitalismo entendido en términos marxianos o marxistas se define como una relación social, pero también a partir de la idea que es la economía política que domina ha hecho que dicha relación structure y produzca un sistema que legitime su funcionamiento y desarrollo (Krätke, 2024). Desarrollo que cada vez se hace más global (Seongjin, 2024).

la formulación de su teoría recibió la influencia de Federico Engels, Jenny Marx (hija del pensador de Tréveris), entre otros intelectuales militantes de la época con las que discutían el socialismo, el anarquismo y comunismo de su época (Musto, 2020, 2024).

Razón por la que es necesario comprender que la “teoría de lucha de clases de Marx”¹⁵ también estaba insertada en un contexto en el que sociólogos alemanes radicados académicamente en Francia como Lorenz von Stein también pensaban el problema de conflictos y sublevaciones sociales europeos desde distintos derroteros. Por ejemplo, este sociólogo alemán —a diferencia del pensador de Tréveris— identificaba que en lugar de conflictos entre clases sociales, lo que acontecía en varios países de Europa en el siglo XIX, eran esfuerzos de agrupación de diversos sectores que buscaban su incorporación al Estado. De ahí que Stein acuñó el término de movimientos sociales para nombrar a este tipo de intentos de agrupación.

Pese a que este término se usa de manera generalizada en el siglo XXI por la academia en las ciencias sociales —incluso hasta por los mismos continuadores del pensamiento marxista— era visualizado por el escritor clásico judío alemán como inexacto al no tener en consideración que las movilizaciones son un proceso en el que se manifiesta la lucha entre las clases. Para Marx, la lucha de clases sociales es el campo de tensión, conflicto y disputa en el que el sujeto oprimido se constituye y organiza, porque tiene la posibilidad de emanciparse de aquellas relaciones que obstaculizan su propia autonomía como proletariado (Hundis, 2024). De ahí que en la lógica del pensador de Tréveris, las luchas sociales son dialécticas y en constante conflicto que para ser resueltas tienen que ser transformadas mediante la revolución liderada por la clase dominada (Löwy, 2010, 2024).

¹⁵ Teorías que ha sido leída desde la militancia y el activismo hasta con el mayor rigor académico. diferencian ambos entre sí) y el pensamiento crítico marxista latinoamericano. De esta forma se explica que las lecturas activistas y militantes se han basado en las interpretaciones de Vladimir Lenin, León Trosky, Mao Tse-Tung y José Stalin sobre las ideas de Marx. La mayoría de ellas son una lectura parcial y en la que domina la ideología. Mientras que, en el mundo académico, la obra del clásico de Tréveris se hace por lo regular a partir del estudio y la recuperación sistemática, ordenada y crítica de los contenidos teóricos, conceptuales e investigativos de dicho clásico. A esta última interpretación se le conoce como pensamiento marxista o marxiano (Ávila, 2019; Musti, 2020; Wallerstein, 2024).

Concepción que contrasta con la lógica hegeliana que piensa al sujeto a partir de la capacidad que tiene este para ser responsable de su libertad. En Hegel (2007), la subjetividad se define con base en la capacidad ética de responsabilidad que tiene el individuo en la construcción del Estado. Razón por la que Hegel enuncia a un tipo de sujeto que lucha por su libertad y que se mueve a través de la historia. De ahí que Hegel, se puede identificar como el gran teórico de la subjetividad en el pensamiento político. Por eso, el ejercicio de deconstrucción del mismo Marx sobre la idea de sujeto en Hegel (2007) lo lleva a analizar las contradicciones, antagonismos y conflictos. Ambos clásicos modernos en común piensan al sujeto de forma contradictoria, antagónica y conflictiva.

Marx (2002) a diferencia de “Hegel”¹⁶ propone pensar la centralidad del sujeto con base en la conciencia que adquiere como parte de clase despojada, explotada y oprimida que ha producido la expansión del sistema-mundo capitalista. Para el teórico de Tréveris, las contradicciones no se resuelven mediante la capacidad de conciencia que llegar a tener el individuo de su libertad, porque dicha conciencia se encuentra subordinada a los intereses de la clase que domina las relaciones capitalistas. Por eso, en el marco de la lucha de clases teorizada por la tradición marxista, se define precisamente la idea que la centralidad del oprimido es esa estrategia de conciencia de la clase dominada para su politización efectiva, sin ser subordinado a la lógica de la expansión de la economía política dominante que es la capitalista.

Idea que es la pieza fundamental de dicha teoría, cuya formulación no dependió únicamente de Marx, sino también de Engels. Ambos pensadores postularon la tesis que la centralidad del oprimido hace referencia al proceso en el que los despojados y explotados son capaces de liberar su conciencia tanto de la enajenación (situación en la que el individuo no tiene conciencia de sí mismo) y la alienación del capital (dependencia del hombre a la estructura de la economía dominante) como llegar a una desfetichización de la historia, la política y el poder (Ávila, 2019b). Hay que señalar, la fetichización en el capitalismo consiste en hacer que las relaciones humanas se materialicen y visualicen de forma mercantil en las sociedades modernas (Marx, 1979, 2011).

¹⁶ Para muchos autores es considerado como el gran teórico moderno de la subjetividad.

Tesis en la que el oprimido para su emancipación debe asumir que pertenece a la clase proletaria. Clase que, en este sentido, funciona como la estrategia ideológica y política que permite a los oprimidos su constitución como sujetos autónomos frente a la dominación de la clase capitalista (Marx y Engels, 2007). En la lógica marxista, la clase capitalista es la que domina los medios y las relaciones de intercambio y producción; mientras que el proletariado ocupa una condición y posición subordinada a esta. Por lo tanto, la clase proletaria no es dueña ni de los medios, ni tampoco del mercado en el que se determina la circulación del mercado capitalista.

Además, se debe mencionar que por parte de Marx, hay una diferenciación entre el concepto de proletariado y la noción de clase trabajadora, porque el primero contiene al segundo (Parra, 2022; Van der Linden, 2024). La razón es que el proletariado incluye a la clase obrera asalariada, pero al mismo tiempo no se limita a las fronteras de esta, debido a que abarca los procesos en que los oprimidos luchan por su vida frente al despojo y la explotación del capital. Andrés Felipe Parra (2022), denomina al proletariado como una clase que no es una clase. De ahí que la clase trabajadora hace referencia al grupo de asalariados que enfrentan la relación capital-trabajo, pero no necesariamente, las contradicciones entre el valor de la vida del oprimido y el sacrificio de dicha vida en los procesos de subjetivización que genera el mismo capitalismo.

No se debe confundir la clase trabajadora u obrera con el lumpenproletariado que alude a aquellos grupos más marginados en las relaciones de producción y del valor de intercambio económico. Grupos que ni siquiera llegan a estar dentro de las fronteras de la organización con fines revolucionarios de los obreros (Marx, 2003, 2006). Los lumpreproletarios en el pensamiento marxista bajo esta lógica son aquellos marginados e incluso olvidados entre los propios trabajadores. Caracterizados por su falta de conciencia de clase, pero también por ser en sí mismos una mercancía en las relaciones de intercambio del capital.

Los cuerpos de estos se convierten en mercancía y ganancia que beneficia a las clases dominantes. Clases que, por cierto, se benefician y generan sus riquezas con el despojo y explotación de los cuerpos de la población lumpproletarizada que no llegan a ser dueños ni siquiera de su

propia fuerza laboral. Idea que lleva a pensar a que los cuerpos también son colonizados por el capital (Federici, 2010). A esto se debe agregar que existen otros grupos dominados que no se encuentran organizados con base en un proyecto social y político de corte comunista, pero que expresan esta su resistencia mediante prácticas y discursos que muestran su descontento frente a los abusos de poder que experimentan en la cotidianidad (Scott, 2002).

Por eso, la idea clásica marxista de la centralidad del oprimido, aunque postula al proletariado como el sujeto que tiene la capacidad, potencia y legitimación histórica para liderar la emancipación de los dominados en las sociedades modernas, también debe ser concebida de manera abierta a la diversidad de tiempos y espacios en que se pueden politizar los sujetos. Por ello, Marx muestra que el proletariado no es un tipo de sujeto lineal al estar en un estado activo y, en constante resistencia contra la asimilación al tiempo homogéneo que es el que caracteriza a la modernidad en el capitalismo (Benjamin, 2007). Resistencia que no necesariamente tienden a ser de naturaleza revolucionaria, como sucede con el lumpenproletariado que no busca transformar la realidad, pese a ser profundamente despojados y explotados. Pero su experiencia como oprimidos los ha llevado a no asumirse como sujetos colectivos o a autoidentificarse como parte de las clases dominadas.

El oprimido —entonces desde el pensamiento clásico marxista o marxiano— es el proletariado (principalmente) que se deconstruye o define en su movimiento y cuando combate en los derroteros que lo llevan a este a constituir su autonomía como clase frente a la expansión del capitalismo. Esta idea de la centralidad del oprimido ha sido discutida e interpretada por diversos pensadores continuadores de la obra marxista, quienes han analizado la diversidad de estrategias que hay para que dicho oprimido se constituya de manera autónoma como sujeto político. Estrategias que no necesariamente se limitan a la clase proletaria como en un origen había teorizado el propio Marx. Por eso, la tesis de la centralidad política del oprimido del pensador judío alemán, aunque fue la primera en un nivel teórico, no ha sido la única formulada para explicar las diversas estrategias que usan los sujetos para constituirse de manera autónoma (Ávila, 2023a).

Hay que explicar que la historia ha mostrado que los sujetos usan estrategias de centralidad política que van desde aquellas derivadas de la falta de conciencia de clase de los oprimidos hasta aquellas en las que se reivindica la etnicidad, las luchas anticoloniales, las masculinidades y feminidades, entre otras en las que se hace visible una mirada plural, así como los distintos esfuerzos de emancipación de los subalternos para revolucionar de manera efectiva la historia y política que estos mismos experimentan. Revolución que no necesariamente es un proceso determinado por la violencia o por la toma del poder político institucionalizado y fetichizado, porque, como distintos casos latinoamericanos han mostrado en las últimas décadas, los cambios radicales y estructurales comienzan desde un trabajo de politización comunitaria en el que no se imponga una estrategia de centralidad política, ni se defina un único camino para materializar dicha estrategia (Holloway, 2002; Gilly, 2006; Dussel, 2022).

También es importante mencionar que los intentos revolucionarios históricamente han evidenciado que son susceptibles a convertirse en rutas en las que algunos tipos de sujetos aprovechan dichos procesos para vincularse con el narcotráfico, las oligarquías y los grupos delincuenciales. Sujetos que utilizan los discursos revolucionarios para satisfacer sus fines personales y egoístas por encima de los colectivos (Meschkat, 2023). Razón por la que la idea de una revolución centrada en transformar de manera radical las relaciones de clase en los tiempos actuales en países como los latinoamericanos llega a ser muy limitada, porque la dominación no se expresa únicamente en la lucha entre proletariados y burgueses, sino también entre diversos sujetos que enfrentan contradicciones de raza, etnia, cultura, género, persistencia colonial y muchas otras que se han profundizado con la expansión del sistema mundo capitalista.

En estos tiempos, el proletariado ha sufrido transformaciones en las que cada vez es más complejo su constitución autónoma como una clase, porque las relaciones capitalistas ya no se centran en la producción de las fábricas, sino se concentran en los mercados financieros y de biotecnología, al igual que aquellos en los que la información y conocimiento sobre inteligencia artificial y avances médicos se ha convertido en el punto de la generación de la riqueza mundial. Por lo

tanto, es un proletariado que sigue sin estar unificado como clase social revolucionaria y que no representa tampoco a la mayoría de la población desempleada, despojada y en los márgenes de la misma periferia del sistema-mundo capitalista.

De ahí que, quienes integran las sociedades modernas y hacen política frente a la forma transnacional del capital, en la actualidad tienen una posición marginal y subalternizada con múltiples posibilidades de definir su centralidad en términos subjetivos. Centralidad que depende de las necesidades, contextos, relaciones y coyunturas que enfrente el mismo sujeto para lograr su materialización tanto en el campo de disputa estatal como en la expansión del capitalismo. Como aportó Edward Palmer Thompson (1989), el teórico inglés marxista, la clase social es una relación entre sujetos que no necesariamente buscan pertenecer a esta.

Precisamente Antonio Gramsci (1980), Edward Palmer Thompson (1989), Max Horkheimer (2006, 2010), Walter Benjamin (2007), José Carlos Mariátegui (2002), Franz Fanon (1961, 1973), Henry Lefebvre (2013), Enrique Dussel (2022), Michael Löwy (2010, 2024), Nancy Fraser (2020), Immanuel Wallerstein (2024), entre otros que han enseñado a través de sus interpretaciones sobre la “obra de Marx”¹⁷ la existencia de un abanico amplio de estrategias en las que la centralidad política de los oprimidos se manifiesta para combatir las distintas formas de dominación clasista (Marx, 2003, 2006, 2007), racista (Fanon, 1961, 1973), sexista (Federici, 2010), ecológicas (Foster, 2024) y de persistencia colonial (Marx y Engels, 1970; Anderson, 2024; Mezzadra, 2024). Tipos de dominación que en el capitalismo se encuentran articuladas de manera compleja y muchas veces hasta ocultas en las sociedades.

Por lo tanto, la centralidad política del oprimido-desde su planteamiento original hecho por Marx y Engels hasta hoy es una idea que aporta a la visión del investigador tres componentes fundamentales: la liberación

¹⁷ En la interpretación de Benjamin (2007, 2009) sobre la tesis de la lucha de clases de Marx, los oprimidos son sujetos que luchan contra el capitalismo, porque proviene de una larga tradición de agravios que se articulan con la memoria histórica que tienen estos. En este sentido, Benjamin pone énfasis en la dimensión histórica y la tradición de los oprimidos como una clase en proceso de anticipación contra la mirada economicista de una gran parte de los marxismo-leninismos, en especial el soviético.

de la conciencia, la lucha como medio y solución de enfrentamiento de las contradicciones y antagonismos y; la estrategia de clase. Tres aspectos que ayudan a analizar que los movimientos sociales también son procesos de constitución de quienes aspiran a ser sujetos de su propio devenir histórico. Devenir que se puede posibilitar en la medida que los individuos adquieren una conciencia colectiva sobre la distinción entre lo que los ha enajenado y alienado en la modernidad capitalista y su propia realidad (Echeverría, 1998).

En este sentido, el “valor valorizante”¹⁸ es la lógica que impera en la realidad como enuncia Bolívar Echeverría (1998) en su lectura y traducción sobre la obra del pensador judío-alemán. Por eso, es importante que uno como investigador asuma la tarea de desentrañar cada elemento que hace que opere la lógica de este valor de intercambio para comprender las respuestas de los oprimidos y el cuestionamiento que tienen estos frente a la desigualdad, injusticia, marginación, exclusión, despojo y explotación que su desarrollo ocasiona en las sociedades modernas de hoy tanto urbanas como rurales. Por ejemplo, América Latina todavía tiene poblaciones y territorios que en su mayoría son rurales y periféricos dentro de sus propios países, en los que se han generado respuestas colectivas alternativas al desarrollo de la modernidad capitalista.

Precisamente, intelectuales de origen anarquista y que posteriormente se hicieron socialistas como Vera Zazulich (1980) observaron este tipo de cuestiones en que la industrialización era un asunto pendiente en países como Rusia, cuyas poblaciones y territorios son en su mayoría rurales. Por cierto, la revolución rusa en 1917 es un claro ejemplo de lo mencionado. El éxito revolucionario se hizo posible en aquellos países industrializados como había calculado el mismo Marx. Hay que señalar, el análisis de este pensador se basó en los casos de Inglaterra, Francia y otros en los que el capitalismo se había desarrollado a partir del crecimiento de la industria y manufactura obrera.

¹⁸ En Marx, hay dos tipos de valor que conforman las relaciones capitalistas: las de uso y las de intercambio. Las primeras se basan en la base material y utilización de esta última; mientras la segunda se rige de las leyes de la oferta y la demanda. El valor de cambio tiene un carácter universal y se encuentra en función del trabajo de producción de la mercancía (Marx, 1979).

En este sentido, Zazulich tuvo razón al plantear que las condiciones de ruralidad llegan a ser mucho más propicias para la revolución que las urbanas e industrializadas. Esta idea de Zazulich creó debate epistolar con Marx, en el que la primera exponía que la centralidad del oprimido en el capitalismo también se lleva a cabo en los contextos rurales, mientras que el segundo sostenía que las condiciones revolucionarias eran más factibles en las sociedades urbanas e industrializadas. Finalmente, el teórico de Tréveris reconoció el aporte de la intelectual rusa en su concepción sobre la expansión del capitalismo.

Concepción que llevó a que el propio Marx volteará su mirada a los campesinos como sujetos que también luchan por su centralidad en los márgenes rurales. Más adelante en los borradores posteriores a *El Capital* y otros escritos (Marx, 1979, 2011), se hizo notoria la influencia de estas discusiones en el pensador judío-alemán, porque este amplió su forma de teorizar tanto la expansión capitalista como comenzó a comprender con mayor conocimiento las causas y lógica de la dominación en países con importantes arraigos culturales y comunitarios de países como los latinoamericanos.

Visión que conduce a concebir a la tesis marxista no bajo la vieja idea que es una guía para hacer la revolución, sino más bien, como un punto de partida teórico que permite pensar futuras explicaciones sobre la constitución de los sujetos en las movilizaciones en los tiempos actuales. Tiempos en los que la expansión del capitalismo adquiere su forma transnacional más avanzada y regulada por instituciones en las que el neoliberalismo triunfó, al igual que en las que este se ha arraigado en términos de mecanismos y lógicas de gestión, administración y toma de decisiones.

Esta postura es uno de los ejes que ha nutrido la propuesta teórica y conceptual de este libro en su comprensión sobre los movimientos sociales, debido a que define a estos últimos no nada más como un fenómeno político, sino también como un proceso de subjetivización colectiva que puede llegar a tener un carácter subversivo o de protesta con respecto a aquellas situaciones y condiciones de desigualdad, exclusión, injusticia, marginación y olvido que el sujeto experimenta cotidianamente en las sociedades latinoamericanas. Precisamente, situaciones y condiciones que los sujetos en movimiento buscan

cambiar. Transformaciones que no necesariamente derivan en luchas radicales y que —como han mostrado otros derroteros teóricos— llegan a ser inconclusas o a reducirse a negociaciones entre gobernantes y gobernados, en las que los segundos son muchas veces utilizados y no logran realmente conseguir la materialización de sus demandas.

Por lo tanto, como se analizará a lo largo de este capítulo, hay teorías como las de la formación de la voluntad política, la acción colectiva, la identidad, el multiculturalismo entre otras que identifican al fenómeno movilizatorio social de manera distinta a la marxista. Por ejemplo, estas teorías ponen problemáticas como la falta de derechos, la relación entre gobernantes y gobernados, la ausencia de reconocimiento e inclusive la demanda del mismo sujeto para ser parte del propio sistema que no eran originalmente una preocupación central del pensamiento marxista. Por supuesto, el análisis de estas teorías se hace con base en una mirada crítica que se desarrolla a través de la argumentación del presente trabajo.

Pero con la consideración que esta afirmación no significa que la mirada crítica sobre movimientos sociales en términos politológicos formulada en este libro desconozca o deseche los aportes de la teoría política y otros campos propios de la disciplina. Ni que tampoco evite el diálogo interdisciplinario con teorías que provienen de distintas corrientes y autores de las ciencias sociales. Corrientes y teoría que, por cierto, se desarrollan en los próximos subapartados. Por el contrario, el objetivo de la tesis de este trabajo —en medida de lo posible— es hacer un esfuerzo por articular, por un lado, a las distintas contribuciones del pensamiento marxista que van del siglo XIX al XXI (Ramírez y Ávila, 2021) con aquellas que provienen de marcos teórico-conceptuales diferentes y hasta opuestos en una importante medida.

También la idea de centralidad del oprimido del pensamiento marxista discute con aquellas reflexiones profundas derivadas de experiencias revolucionarias y de rebeldía en territorios como los latinoamericanos. Territorios en los que constantemente el pensamiento marxista ha sido cuestionado por no incluir en su formulación de estrategias subjetivas y movilizatorias a sujetos como

el indio, el negro, entre otros que si están presentes en los debates de la persistencia colonial y la descolonización como se analiza más adelante en este libro (Reinaga, 2015; Anguiano, 2017).

Por ello, es importante mencionar que el pensamiento marxista puede ser leído bajo la mirada de sociedades y territorios distintos a lo que el teórico de Tréveris vivió, con el objetivo de generar explicaciones alternativas sobre el sujeto oprimido en movimiento desde una narrativa histórica y política mucho más localizada en América Latina. Narrativa en la que no se trata de desconocer los aportes y derroteros que pensadores críticos clásicos, modernos, contemporáneos y actuales han dejado en la ciencia política y las ciencias sociales, sino más bien de avanzar sobre dichas contribuciones para que el investigador realice con mayor efectividad, una comprensión de la pluralidad de los sujetos que luchan por su liberación y materialización de sus propios proyectos en territorios y sociedades como las latinoamericanas (Zemelman, 1998, 2011).

2.2. La Teoría Política y el Problema de la Voluntad del Pueblo

La idea de la centralidad política del oprimido marxista que se explicó —en el inciso anterior— es una de las bases de la discusión teórica sobre movimientos sociales que se propone en este manuscrito. Pero no es la única fuente teórica que nutre la presente investigación, porque es importante mencionar que esta abreva de la filosofía y la teoría política, entre otros derroteros que han aportado elementos para reflexionar el fenómeno de la subjetividad y movilización social en términos teóricos y conceptuales. En el caso específico de la filosofía y la teoría política, por ejemplo, los movimientos sociales no son un fenómeno que sea estudiado bajo este nombre o como un tipo de sujetos con capacidad de subvertir y transformar las relaciones entre gobernantes y gobernados desde las causas profundas de la dominación.

En este campo de conocimiento politológico, el concepto de movimientos sociales no se encuentra en el uso común del lenguaje teórico, debido a que la forma de observar los fenómenos se centra en las relaciones entre gobernados y gobernados (Constant, 2023; Quintanilla, 2003), así como

en las formas de legitimar y mantener las instituciones del Estado. Por lo menos, esta manera de entender la política y el poder sobre la sociedad ha sido así desde los griegos atenienses (Farrington, 1979) hasta todavía el mundo contemporáneo (Sabine, 2006; Marsh, 2017). De ahí que la teoría política en lugar de hablar de movimientos sociales usa otras categorías como voluntad colectiva, pueblos y aquellas que se piensan en el marco de las relaciones gubernamentales.

Precisamente, pese a que las revueltas y las luchas sociales en la historia de las sociedades humanas han estado presentes como fenómenos sociales, la teoría política sustentada en una base filosófica importante ha orientado sus análisis a la explicación de las relaciones entre gobernantes y gobernados en la construcción estatal. Esto incluye, dentro de las preocupaciones de la teorización política estén tratar de responder a la pregunta sobre cómo gobernar y legitimar el ejercicio del poder en el Estado.

Pregunta que a lo largo de la historia del pensamiento político se ha intentado contestar de diversas maneras. Muestra de ello es lo que hace Aristóteles, quien fue un pensador griego ateniense, mediante el análisis comparativo sobre las formas de gobierno en contextos y tiempos específicos en los que explica los riesgos y aspectos positivos que existen en cada tipo de régimen político la ciudadanía (Aristóteles, 2011). También está la respuesta que Thomas Hobbes, filósofo inglés del siglo XVII, otorga al plantear que la cuestión entre gobernantes y gobernados se vincula más con la necesidad de un cuerpo estatal para poner orden y evitar o eliminar la violencia que hay en la sociedad. Este autor dice que la ausencia de una razón política hace que no exista la sobrevivencia del hombre, aunque puede dicha razón ser cuestionada por la ciudadanía en el momento que no logre garantizar y materializar los derechos de quienes integran lo social (Hobbes, 2013, 2015, 2017).

Otro filósofo inglés, John Locke formuló en el siglo XVII que aquello que debe motivar los vínculos gubernamentales es la idea de la libertad del ciudadano bajo los parámetros de la ley. En estos parámetros se otorgan derechos para que la ciudadanía ejerza dicha libertad en términos teóricos. Precisamente, este autor se interesa por evidenciar que no basta con evaluar las formas de gobierno, sino también se debe profundizar sobre cuál de ellas hace que el individuo con

derechos civiles sea respetado y tenga mayor libertad (Locke, 2015). En esta misma dirección, Jean Jaques Rousseau, pensador francés emblemático del siglo XVIII, postuló otro elemento para considerar en la asociación entre los ciudadanos y los gobiernos: la igualdad. Razón por la que este filósofo francés enunció la idea de pacto social para explicar la causa por la que los hombres deciden ceder su libertad en la esfera de la política y el Estado (Rousseau, 2017).

Además de estas preocupaciones de la teoría política, hay que mencionar a escritores como Nicolás Maquiavelo, intelectual e historiador italiano, quien aportó un análisis de la acción gubernamental, porque se interesó en descifrar los mecanismos, prácticas y formas en las que se puede o no llegar al poder. Un poder que enuncia Maquiavelo es más complejo en la política y el Estado moderno, debido a que no depende únicamente de la voluntad del soberano, sino de la legitimación de distintas fuerzas y grupos que actúan para obtener beneficio de las relaciones entre gobernantes y gobernados (Maquiavelo, 2010, 2016).

Maquiavelo en este sentido, es un pensador que describe el advenimiento del Estado y la política moderna que más adelante será una provocación para que pensadores marxistas de la talla de Antonio Gramsci retomarán el análisis entre gobernantes y gobernados y lo articulará con sus reflexiones teóricas sobre la subalternidad y la dominación en los márgenes culturales y sociales del capitalismo. Por cierto, Gramsci es de los teóricos que hilvanan tanto el nivel de análisis marxista de la crítica a la dominación capitalista con el expuesto por la teoría política que explica las relaciones gubernamentales y las distintas experiencias de intentos de construcción de los Estados.

Hay que explicar, el pensamiento marxista —a diferencia de la teoría política en general— se ha planteado como objetivo la comprensión crítica de los sujetos que experimentan las relaciones de dominación, cuya condición de estos no es la libertad, ni tampoco muchas veces gozan de los derechos ciudadanos en la práctica cotidiana. La razón de estos es que estos sujetos se encuentran subordinados a los impactos del despojo, la explotación y la colonización del capital que impiden que dichos sujetos sean ciudadanos gobernados como teorizan los clásicos antiguos, modernos y contemporáneos.

Para la postura marxista en esta lógica, los movimientos sociales son luchas subjetivas que cuestionan la modernidad del proceso capitalista, cuyo rasgo de dicha modernidad no es el avance de la razón pensante como cree Alain Touraine (2000) y otros sociólogos liberales, sino más bien es la instrumentalización de esta para hacer eficiente el despojo, la explotación y la colonización que permitan y legitimen las condiciones para el desarrollo de la acumulación de la riqueza por parte de las potencias mundiales (Marx, 1979, 2011, Benjamin, 2007; Horkheimer, 2010).

En este sentido, el análisis del pensamiento marxista opera en un nivel de comprensión centrado en el estudio de la dominación en el desarrollo de la economía política capitalista, mientras la teoría política, no se preocupa por desentrañar la base material que sustenta las relaciones gubernamentales, sino los distintos elementos que hacen funcionar, ejercer, legitimar y reproducir el poder estatal. Poder estatal que incluye la capacidad y posibilidad de controlar y decidir sobre la relación entre gobernantes y gobernados. Hay que tener claro que la tesis marxista sobre la centralidad del oprimido se ubica como una teoría en las ciencias sociales y humanidades, a diferencia del estudio de la relación gobernante-gobernados en la construcción del Estado que pertenece a una dimensión que opera en uno de los campos de conocimiento que integran la ciencia política.

Por lo tanto, las explicaciones que generan ambos derroteros teóricos sobre los movimientos operan en niveles distintos de análisis epistemológico, pero al mismo tiempo, son complementarios entre sí, porque a cada uno de esto los conduce a definir a los sujetos y el problema de estudio de forma específica. En el pensamiento marxista, el sujeto de las movilizaciones sociales es uno que lucha por su emancipación frente a las relaciones de dominación a nivel global. Dominación que tiene su base material en el capitalismo y se define a partir de la estructura económica. La teoría política es una perspectiva que contrasta con la marxista, debido a que identifica al problema de la movilización social como un asunto de voluntad colectiva en la que dicha voluntad juega un papel para presionar al gobierno en la toma de decisiones. Por supuesto, a favor del bien común que es el principal objetivo del Estado.

Enseña Jean Jaques Rousseau (2017) que la función de la voluntad general o colectiva, es hacer que los gobiernos respeten y sigan el bien común que funda y legitima la existencia del Estado. La visión roussoniana postula que el Estado es resultado del pacto entre hombres conscientes de su libertad y de los beneficios que obtienen al seguir dicho pacto. En este caso, la voluntad es la expresión del pueblo en la toma de decisiones gubernamentales. Decisiones que son legitimadas o cuestionadas por la voluntad general en función si dichas decisiones siguen o no el bien común.

Hay que señalar, la idea de pueblo en el marco de la teoría política es entendida de manera polisémica que va desde esa ciudadanía consciente de su identidad nacional y cultural hasta esa manifestación de la articulación de diversos sectores y grupos sociales que integran un país (Dussel, 2009a, 2009b, 2022). Por esa razón, aunque pueblo es un concepto polisémico deriva al mismo tiempo en un significado vacío (Laclau, 2005). Sin embargo, es importante entender que, pese a los distintos significados y ausencia de estos, la noción de pueblo puede ser entendido como la consecuencia de la articulación de quienes integran los diversos sectores que hay en un país mediante una identidad nacional. En la política moderna, la ciudadanía es la que conforma cada uno de los distintos sectores de una nación.

De ahí que pueblo es el sujeto de la voluntad colectiva o general, cuyo lugar de expresión y desarrollo es en la esfera de la política. La voluntad general en esta lógica no se encuentra enajenada al poder, ni tampoco este último aparece de manera fetichizada en la relación entre gobernantes y gobernados. En seguimiento con este lenguaje marxista, la voluntad general es un fenómeno abstracto que sin su subjetividad carece de sentido, porque la superestructura a la que pertenecen gobernados y gobernantes en un país determinado está en una constante dialéctica con la estructura que es la base económica y de las fuerzas productivas que sustentan y motivan la dominación a nivel global.

En este sentido, la teoría política ofrece dos momentos fundamentales en las relaciones entre gobernantes y gobernados: la generación de la voluntad colectiva y la forma en que interviene dicha voluntad para guiar y legitimar la construcción del Estado. La primera, refiere a ese momento en que los gobernados logran esa capacidad para enunciarse

como sujetos de derechos y reconocidos por quienes ejercen el poder político. Mientras que el segundo, momento posterior a este, se caracteriza porque en este se muestra el uso que los gobernantes hacen sobre la voluntad del pueblo. Uso de los gobernantes que pueden ser ya sea para reconocer la democratización o también para legitimar las decisiones que toman estos a título personal y en el beneficio de sus familias o grupos políticos y económicos a los que pertenecen e incluso hacen negocios.

Ambos momentos, contribuyen a generar una comprensión mucho más amplia sobre la relación entre la política y los movimientos sociales, porque muestran que la esfera de lo social y lo político están en constante tensión, disputa y dialéctica. Lo social y lo político, por lo tanto, no están disociados como muchas veces se han llegado a pensar en los debates sobre la acción colectiva. La teoría política en esta lógica, aunque en su lenguaje conceptual no habla formalmente de movimientos sociales, aporta un horizonte de comprensión que ayuda a que el estudioso de estos fenómenos tenga una visión en la que sean identificadas las intenciones personales que están latentes en los líderes y quienes integran dichos movimientos. Intereses que pueden estar subordinados a los colectivos, pero que en circunstancias y oportunidades políticas pueden llegar a ser colocados por encima del bien común.

Razón por la que la teoría política aporta al estudio de los movimientos sociales un nivel de análisis que no había sido considerado en el marxismo tradicional de manera explícita que la forma en que los gobernados también acceden al poder y las instituciones estatales. Gramsci y otros pensadores del siglo XX al XXI, por ejemplo, han sido reivindicadores de una lectura abierta de la centralidad política del oprimido en la que articulan a esta con el problema de la legitimación y la hegemonía del Estado. La centralidad política por la que luchan los movimientos sociales es más compleja de lo que había pensado en un origen Marx, porque los sujetos oprimidos también experimentan una ciudadanía subalternizada en la que los derechos, las libertades y su posición como gobernados están atravesadas por las relaciones de dominación operan en un nivel global.

2.3. La Teoría de los Movimientos Sociales: de la Acción Colectiva al Problema de la Identidad y el Multiculturalismo

La teoría de la acción colectiva es otro de los derroteros que se analizan en este capítulo, porque dicha teoría es una de las que más ha impactado los escenarios de debate académico sobre movimientos sociales, en especial el politológico, desde su surgimiento a finales de los sesenta del siglo XX hasta el día de hoy. Es importante reconocer que la acción colectiva es una de las primeras teorías que proyectó el término de movimientos sociales hacia una dimensión conceptual que ni siquiera el pensamiento marxista anterior a esta había considerado, pese a su tesis de la centralidad política del oprimido. Por lo que la teorización sobre la acción colectiva, en especial, la que realiza la escuela estadounidense de los ochenta y los noventa, dio una proyección importante al concepto de movimientos sociales en las discusiones de la sociología y la ciencia política al punto que lo popularizó, como ya se ha mencionado en la introducción de este libro.

Pero también, esta popularización implicó la neutralización de la idea de lucha y rebeldía en el contenido conceptual de movimiento social. En lugar de este significado de potencia contestataria, la escuela estadounidense llenó la noción de movimiento por ideas referentes a la acción que la ciudadanía tiene frente a los gobiernos en el marco de la democracia electoral. Acción que no deriva en procesos de emancipación, sino de reforzamiento de la estabilidad, equilibrio y reproducción del sistema político (Carrillo, 2009). Incluso, la teoría colectiva por parte de la escuela estadounidense fue planteada como una estrategia para penetrar en las academias latinoamericanas en donde los estudiosos como Erving Goffman, entre otros sociólogos, estaban influenciados por las experiencias revolucionarias de la primera década del siglo XX (Carrillo, 2009).

Erving Goffman (1974), por ejemplo, era de los sociólogos que exponían que los individuos se agrupan en acciones colectivas mediante los significados que para ellos adquieren dichas acciones. Mediante estos significados los individuos legitiman sus acciones de forma colectiva. En esta lógica, el individuo se suma con otros para desplegar sus protestas por razones morales y de valores ciudadanos (Carrillo, 2009). Estas

razones son las que lo conducen a los individuos a identificarse con el resto de quienes integran a un movimiento social específico. Además, los movimientos sociales desde la escuela estadounidense tienen un componente psicológico del comportamiento donde los individuos orientan sus acciones con base en una moral y creencias preconcebidas como ciudadanos. Creencias que el ciudadano decide tener de manera individual, pero también este comparte dichas creencias con otros que en común, la convergencia sobre estas puede llegar a conducir a la realización de la protesta social.

El comportamiento psicológico, las creencias y la moral son el marco que antecedió la teoría de la acción colectiva. Este marco en las ciencias sociales se puede ubicar dentro de la corriente funcionalista que plantea que los individuos deben jugar su rol para adaptarse a las instituciones del sistema social y político. A diferencia del marxismo y otras corrientes de las ciencias sociales que se enfocan en las transformaciones sociales, el funcionalismo piensa la forma en que los individuos contribuyen a que las instituciones logren tanto su estabilidad como su permanencia en el sistema político. En la lógica del funcionalismo, la estructura del sistema social se basa en las expectativas de sus integrantes. Expectativas conectadas entre sí y que responden a las necesidades institucionales de los individuales (Cadenas, 2016).

Hay que señalar que la teoría de la acción colectiva, aunque proviene del funcionalismo, es un postulado que nace críticamente sobre este tipo de marco sociológico, porque recupera la idea de que los individuos pertenecen a un sistema. Pero esta teoría no se enfoca tanto en la figura del individuo, sino en la forma que se comportan los hombres en un nivel mucho más relacionado con la sociedad e instituciones del Estado (Ritzer, 2003). La acción colectiva, en este sentido, tiene huellas del funcionalismo en la que los individuos son actores que cumplen un papel sistémico. Papel en el que los individuos cuando no llegan a ejercer su papel en el sistema son identificados por este último como un tipo de patologías. En este caso, las patologías impiden el correcto funcionamiento de cada una de las partes del sistema.

Pero también, es importante indicar que esta teoría abrevó del liberalismo político y social al recuperar la idea de ciudadanía y democracia como parte de los contextos fundamentales en los que la acción colectiva se

despliega en sus demandas hacia el gobierno. Liberalismo entendido por la acción colectiva como principio de valores que sustentan el sistema político. No necesariamente responde a la corriente que se discute en el campo de la filosofía y teoría política, en la que la libertad, la igualdad y otros ejes que rigen los derechos son discutidos en un nivel de comprensión sobre cómo debe ser la relación entre los derechos, gobierno y ciudadanía de manera prescriptiva o del deber ser.

De ahí que opera la teoría de la acción colectiva en un nivel de abstracción que va de medio a bajo, cuyo objetivo es la generación de comprensiones más orientadas a la descripción o a la caracterización de fenómenos movilizatorios. Esta no opera en un nivel filosófico o con un fundamento teórico más abstracto como sucede en la ciencia política. Disciplina que busca la producción de enunciados explicativos en el marco de las ciencias sociales. Tampoco la teoría de la acción colectiva juega en debates de abstracción universalista, sino se desarrolla en casos concretos de sociedades modernas urbanas y de países en los que sus economías han llegado a proyectar a estos como potencias frente al resto de periferias subalternizadas como las latinoamericanas.

Por ello, es importante entender que este tipo de teoría ha aportado una forma de concebir a los movimientos sociales como un conjunto de acciones colectivas orientadas a la obtención de recursos específicos mediante oportunidades y coyunturas políticas (Tarrow, 1997; Carrillo, 2009), así como también sus participantes en estas pueden expresar la reivindicación de la identidad y los derechos multiculturales en las sociedades modernas (Melucci, 2002).

Definición distinta a la enunciada por la tesis marxista de la centralidad política del oprimido que pone énfasis en los procesos de constitución y la lucha autónoma del sujeto. En este sentido, la teoría de la acción colectiva argumenta que la tesis marxista, en especial la versión tradicional de esta deja de lado la posibilidad que hay gente ordinaria en las sociedades que no tiene conciencia de clases, ni tampoco tiene interés en luchar por su emancipación frente al capitalismo y el Estado. Esta gente ordinaria o común para la teoría de la acción colectiva es la que se alía con ciudadanos influyentes o cercanos a la toma de decisión gubernamental para exigir conjuntamente demandas y derechos (Inclán y Muñoz, 2017).

Alianzas que hacen que la ciudadanía se sienta empoderada para salir a las calles y protestar como movimiento social. Este momento específico es conocido como política contenciosa, porque es cuando los integrantes de un movimiento social se interesan por los asuntos públicos (Tarrow, 1997). La política contenciosa depende de las oportunidades y las restricciones que hay desde los gobiernos. Pero también esta política que hacen los movimientos responde a la capacidad de generar incentivos que motiven su acción colectiva frente a las restricciones y oportunidades gubernamentales. La mayoría de los movimientos no tienen en un primer momento recursos propios.

Sin embargo, es importante mencionar que en un segundo momento es cuando logran obtener recursos propios. Este segundo momento corresponde a la acción colectiva en el que generan herramientas como proyectos sociales de recolección de dinero, entre otras, cuyo objetivo de esto es que los movimientos tengan una forma de mantenerse mientras dure su protesta. En la actualidad, los reportorios y despliegues movilizatorios son respaldados por redes sociales y el manejo de símbolos o aspectos culturales que identifiquen a quienes los integran.

El manejo de símbolos y aspectos culturales en las acciones colectivas en los movimientos, también llevaron a que estos fueran teorizados a partir de la idea que su exigencia de demandas y recursos, incluyen el reconocimiento del derecho y la identidad sobre la diversidad cultural y étnica-racial. La identidad como plantea Alberto Melucci (2002) cobró fuerza como rasgo distintivo de las acciones colectivas de finales del siglo pasado y comienzos de la presente centuria. La identidad en términos de la acción colectiva opera a partir de dos componentes: la otredad y la alteridad. La primera, indica el reconocimiento del otro y la segunda, refiere a la capacidad que tiene uno de entender la posición y el lugar que ocupa el otro. Ese otro es diferente a uno, pero también es reconocido por el otro (Ávila, 2019a, 2019b).

Precisamente en esta lógica, la teoría de la acción colectiva se articuló con el multiculturalismo y la interculturalidad al ser estas visualizadas como formas de actualización del liberalismo en el que la idea de libertad se desplaza y se sustituye por la noción de identidad y el problema del reconocimiento. En especial, esto sucedió a lo largo de los ochenta, noventa y las primeras décadas del siglo XXI. Ambas son corrientes que

derivan de un liberalismo pensado desde países insertados en contextos con una composición cultural, étnica y racial de la ciudadanía que ha impactado de manera importante la organización de la política y la sociedad modernas (Kymlicka, 1996).

El multiculturalismo, por ejemplo, es una corriente y estrategia del liberalismo enfocada en el reconocimiento de los derechos de la diversidad cultural y étnica en la arena de la política institucional del Estado moderno. Reconocimiento que es planteado en el marco jurídico-político en el que los movimientos sociales analizados bajo este tipo de lógica centran sus recursos y demandas en la exigencia de derechos ciudadanos (Taylor, 2010). No fuera de ellos, ni tampoco en este sentido, los movimientos se plantean un despliegue de acciones que cuestionen las instituciones estatales.

En esta sintonía, la interculturalidad comparte su lógica liberal con el multiculturalismo, sólo que, a diferencia de este, parte de la creencia que hay un diálogo entre culturas diferentes bajo condiciones igualitarias. Para la interculturalidad, los movimientos sociales reivindican la igualdad cultural y étnica, sin considerar que no necesariamente dicha igualdad existe entre las culturas. Por ejemplo, la interculturalidad llega a perder de vistas problemáticas como el racismo que todavía persisten en las sociedades latinoamericanas, cuyo rasgo es la imposición de una relación de poder de un grupo sobre otros que considera son inferiores a este. Imposición que hace mediante una formulación ideológica basada en la superioridad e inferioridad racial (Ávila, 2019a, 2019b).

La multiculturalidad y la interculturalidad, por lo tanto, se convierten en componentes importantes para explicar las demandas y las negociaciones por los recursos también se entrelazan con los discursos jurídico-políticos en las movilizaciones sociales. Hay que mencionar, la teoría de la acción colectiva cuando ampliaba los análisis de dicha acción a los problemas del reconocimiento de la diversidad cultural-étnica y racial era porque, en esos tiempos había una emergencia de importantes movilizaciones en países latinoamericanos como Ecuador, Bolivia y otros que llegaron a ser la base de grandes experiencias en el siglo XXI.

Movilizaciones que en sus agendas, despliegues y acciones hicieron el cálculo político de cobijarse o cubrirse por un horizonte de derechos. Pero eso no significó que las movilizaciones sociales de los ochenta y noventa se limitaran a esta estrategia. Horizonte de derechos que no fue el fin último de los objetivos de movimientos sociales como el zapatista o neozapatista, en el que fue usado el multiculturalismo y la interculturalidad de manera crítica para denunciar la persistencia colonial y la cooptación de la acción colectiva de movimientos anteriores al Estado. Críticas que denunciaron que el multiculturalismo y la interculturalidad han funcionado como estrategias ideológicas y políticas para penetrar en las movilizaciones y neutralizar la radicalización de sus acciones.

Este tipo de crítica de casos movilizatorios que han denunciado la persistencia colonial y el sistema del *statu quo* han sido estudiados por investigaciones en las que se asumen posturas teóricas de tendencia antisistémica y anticolonial como se explica en las siguientes partes de este capítulo. Hoy el multiculturalismo y la interculturalidad siguen como parte de los horizontes de reconocimientos en las movilizaciones sociales latinoamericanas y de varias partes del mundo, cuyos derroteros incluyen también discutir los problemas de la persistencia colonial y el cuestionamiento radical al sistema capitalista desde la diversidad cultural, étnica y racial.

En el marco de la teoría de la acción colectiva, las movilizaciones de manera directa no tienen propiamente un carácter político, debido a que los actores que las integran únicamente se interesan en los asuntos comunes cuando los afectan en la inmediatez o reconocimiento, como sucede hacia aquellas orientadas a demandas de reconocimiento de la diversidad cultural, étnica y racial. Según está lógica teórica-conceptual los actores no tienen realmente interés en constituirse como sujetos políticos autónomos, porque son parte del sistema y fuera de este —como ya se dijo— se convierten en patologías o desviaciones que no permiten su funcionamiento. Además, la politización para el análisis de la acción colectiva se encuentra sujeta a los intereses y cálculos de riesgo que tengan las instituciones y grupos de poder que integran la estructura del sistema político dominante.

Es importante explicar que la idea de actor en el marco de la acción colectiva es fundamental, porque hace referencia a que el individuo juega un rol en el sistema, al mismo tiempo, que dicho rol que tiene es otorgado de manera predeterminada. Por eso, los ciudadanos son actores que cumplen una función en el sistema político que consiste en la demanda y la reproducción correcta de este último. La idea de actor en la segunda mitad del siglo XX se popularizó en el lenguaje corriente de las ciencias sociales, en especial la sociología y la ciencia política al punto que ha sido asumida por diversas corrientes teóricas. Muestra de ello es que, hasta la fecha, la noción de actor sigue presente en los análisis sobre partidos, instituciones, administración pública y movimientos sociales en la politología.

Por lo tanto, la teoría de la acción colectiva se caracteriza por tratar de explicar los movimientos como actores que se conjuntan para exigir y obtener beneficios del sistema político, cuyos repertorios y ciclos responden al funcionamiento de cada una de las partes de la democracia. Este tipo de teoría se centran en la acción colectiva y el reconocimiento jurídico, sin considerar otra serie de aspectos que en países como los latinoamericanos se manifiestan en las movilizaciones sociales latinoamericanas.

Movilizaciones que se distinguen por la recuperación de la ancestralidad y la historia de la rebeldía, la lucha por transformar la realidad contra el cumulo de agravios, olvidos y exclusiones causadas por las relaciones de dominación, la capacidad organizativa de manera autónoma frente al sistema político y el Estado, al igual que las diversas posibilidades de constituirse subjetivamente. Aspectos que finalmente han hecho que la postura teórica conceptual de este libro se oriente más a las discusiones de la ciencia política con el pensamiento marxista, el anticolonialismo y otras tendencias conceptuales en las que se aporte una visión mucho más crítica e interdisciplinaria de los movimientos sociales, cuyo eje sea identificar a los sujetos como el motor de dichos movimientos.

2.4. Los Aportes del Pensamiento Crítico Latinoamericano: el Debate de la Persistencia Colonial

En las últimas décadas, la ciencia política se ha abierto más a la teoría de la acción colectiva por su compatibilidad con el método comparado para explicar los movimientos sociales. Dicha política comparada en términos metodológicos será explicada más adelante en el capítulo cuarto. Por lo que en esta parte del libro el objetivo es analizar los aportes del pensamiento latinoamericano sobre los movimientos sociales. Aportes que se han centrado la mayoría de las veces en tratar de abordar la discusión latinoamericana con base en la idea que la causa principal de las luchas sociales en la región se encuentra en sus intentos por liberarse de la persistencia colonial que se expresa en la actualidad en las sociedades modernas (Ávila, 2021a, 2021b).

Esta dicotomía entre la persistencia colonial y la descolonización ha sido entendida por los movimientos latinoamericanos como un horizonte ideológico en el que recuperan dos elementos fundamentales: las resistencias étnica-raciales y culturales contra la dominación colonial sobre las sociedades y territorios que hoy son conocidos como latinoamericanos, a partir del siglo XVI y; la idea que dicha dominación desde esa época hasta la actualidad continua su reproducción mediante patrones mentales y prácticas que operan en los pueblos conquistados. Pueblos como un concepto entendido en el marco de la ciencia política y sus debates teóricos en los que se caracteriza por ser un sujeto plural que pone en movimiento y acción la soberanía desde aquellos grupos poblaciones, marginados, oprimidos y excluidos en la toma de decisiones del Estado y la política en términos modernos (Gilly, 2005; Dussel, 2009a; Ávila et al., 2024; Pavón, 2024).

Ambos elementos han sido estudiados por diversas corrientes teóricas, entre las que destacan el decolonialismo, el poscolonialismo, el multiculturalismo y el anticolonialismo. Por mencionar las principales posturas que han impactado a la ciencia política y las ciencias sociales. En este marco de discusión, el decolonialismo surgió en el mundo académico estadounidense a partir de la preocupación de intelectuales latinos interesados en reivindicar sus orígenes mediante la comprensión del problema de la persistencia colonial en un nivel filosófico, cultural y epistémico.

Estos intelectuales se han dedicado a denunciar a la modernidad occidental como un modelo teórico y civilizatorio que reproduce la persistencia colonial al excluir las diversas formas de conocimiento y diversidad cultural, étnica y racial que se encuentra en los pueblos latinoamericanos. Dicha decolonialidad, gira alrededor de una argumentación que relativiza a la modernidad eurocéntrica, al igual que recupera elementos de la posmodernidad como son aquellos en donde se plantea la oposición a afirmar que existe una razón y narrativa absoluta de la realidad.

Mientras que el poscolonialismo es una postura que tiene como punto de partida la idea que el Oriente y aquellos territorios y sociedades ajenos al occidente moderno son opuestos, y extraños a este último. Por lo tanto, la postura poscolonial asume que estas sociedades y territorios están fuera de la hegemonía mundial y el proyecto civilizatorio al ser subalternizados por la lógica imperial del occidente moderno. Esta concepción nació en el mundo académico anglosajón y reivindicó la tradición gramsciana subalterna. En el caso latinoamericano, los poscoloniales ubicaron la discusión en un nivel de memoria histórica y teoría social.

Otra de las corrientes es el anticolonialismo que orienta la discusión a un nivel más sociológico, histórico concreto e inclusive mucho más a fin a la interdisciplinariedad con la ciencia política, porque postula la idea que el colonizado es un sujeto en proceso de constitución a través de las distintas resistencias contra los sistemas y estructuras que sustentan el poder colonial. Esta corriente piensa a las resistencias como sujetos políticos, organizados entre el siglo XVI al XVIII, cuyas luchas se dieron en territorios en los que hubo centros esclavistas importantes para la expansión capitalista. El anticolonialismo piensa que las resistencias contra la colonización se han actualizado mediante movimientos con proyectos de autogobierno y de liberación de los pueblos colonizados.

Estas tres corrientes son distintas al multiculturalismo y a aquellas posturas fines a esta, porque su discusión no se centra en el reconocimiento jurídico y político, sino en los distintos niveles de teorización sobre el sujeto en el marco de la persistencia colonial y la descolonización. La postura multicultural, en este sentido, sostiene que la cuestión colonial

se resuelve por medio de la obtención y reconocimiento de derechos orientados a la diversidad cultural y étnica. Derechos que son otorgados por la lógica política que se ha construido en las sociedades modernas.

Si se analizan las sociedades modernas, desde otras corrientes como la anticolonial, son reproductoras de la persistencia colonial al ser organizadas y estructuradas por el proyecto de Estado-Nación de grupos poblacionales blanco-mestizos que hasta la fecha han excluido la politización autónoma del indio, el negro y los distintos sujetos en dicho proyecto. Exclusión, marginación y condiciones de desigualdad que no han sido por completo resueltas sobre quienes integran la diversidad cultural, étnica y racial, pese a que esta tenga un importante reconocimiento jurídico en las últimas décadas. Indios, negros y, en general cada población que experimentó la colonización, antes de este proceso tenían su propio proyecto histórico y de politización.

La dominación colonial no fue lineal, ni tampoco se limitó únicamente a indígenas y afrodescendientes, sino también impacto a los diversos grupos poblacionales. Incluso a los mestizos. Dominación que al imponerse sobre los territorios conquistados trajo otras estructuras, sistemas y mecanismos clasistas, racistas, sexistas y de poder que ya se desarrollaban en Europa. Pero también la colonización fue un proceso que tanto desarticuló a las civilizaciones dominadas en términos sociales y culturales como al mismo tiempo reorganizó la estructura e instituciones de poder que existían en los pueblos gobernados a partir del modelo occidental, moderno y la lógica capitalista (Bonfil, 1999, 2005).

Hay que señalar, los pueblos colonizados también eran subordinados por las civilizaciones y regímenes con los que compartían la misma matriz cultural, étnica y racial. En el caso de los indígenas destacan la civilización mexica en México y del Tawantinsuyu que se extendió por Perú, Bolivia, Argentina y varios países que pertenecen a la actual Latinoamérica. Mientras los afrodescendientes, negros, raizales y otras poblaciones provenientes de lo que hoy es África, fueron despojados de aquellos territorios en los que vivían, pero además eran subordinados a estructuras políticas jerarquizadas por una lógica hereditaria y tribal. Por ello, la dominación de los europeos se articuló con las relaciones de poder que ya existían al interior de las civilizaciones colonizadas.

A esto, hay que agregar que la modernidad occidental es resultado de diversas matrices culturales que llegaron a Europa de distintos lugares de otros continentes. Matrices culturales que fueron articuladas por el discurso cristiano-católico y la idea de progreso, en especial la capitalista. Por ejemplo, el discurso religioso cristiano-católico comenzó a escribir la historia y, por lo tanto, la forma de hacer política en el mundo mediante la imposición y expansión colonial sobre las sociedades y territorios conquistados (Gruzinski, 2021). En este proceso a los pueblos colonizados se les negó la posibilidad de ser sujetos de su propia historia. Razón por la que el modelo eurocéntrico-occidental moderno, fue impuesto con base en una concepción de la política y el poder basada en que Europa es el centro de pensamiento y proyectos históricos de las sociedades por encima del resto de países y nacionales del planeta Tierra.

Este modelo eurocéntrico-moderno ha persistido en las sociedades latinoamericanas, por lo que distintas organizaciones y comunidades en América Latina han denunciado dicha persistencia en términos ideológicos, políticos y culturales. Muestra de ello es que distintas expresiones de movimientos indígenas en América Latina, entre finales de la década de los ochenta y comienzos del siglo XXI, fueron más que un conjunto de acciones colectivas, porque se proyectaron como procesos de empoderamiento y constitución de sujetos colectivos en movimiento.

Ecuador y Bolivia ilustran ejemplos de organizaciones indígenas con grandes despliegues movilizatorios que condujeron a sus líderes sociales o cercanos a ellos a ser candidatos para las contiendas electorales. Estos candidatos hicieron sus campañas políticas a través de estos procesos que finalmente los llevaron a que estos se convirtieran en presidentes. Bolivia y Ecuador bajo esta lógica, son países en los que constantemente las movilizaciones indígenas en sus discursos, prácticas, organizaciones y proyección política tenían desde un comienzo la discusión sobre la persistencia colonial y la descolonización. Debate que también ha estado presente en movimientos como el zapatista en México, entre otros de la región, cuyos itinerarios proyectan esfuerzos de transformación social y política. Por eso, los movimientos sociales —a lo largo de las últimas décadas— se han planteado en sus agendas las luchas contra la persistencia colonial en las sociedades modernas.

Aníbal Quijano (2003) denominó a este tipo de dominación que persiste en las sociedades modernas como colonial. Colonial que se puede identificar a través del análisis de esos imaginarios ideológico-religiosos contruidos con base en el modelo occidental-moderno-céntrico, la racialización de las relaciones sociales y políticas, al igual que en la reproducción de prácticas regidas por el color de piel, origen étnico-cultural y rasgos fenotípicos o genéticos para la asignación y sucesión de cargos gubernamentales, principalmente en aquellos territorios locales y regionales en América Latina.

La colonialidad bajo esta lógica es una forma de subjetivización impuesta que consiste en un proceso de negación, marginación, olvido, exclusión y subordinación sobre los sujetos indígenas, afrodescendientes y mestizos. Subjetivización en la que los colonizados son obligados ideológicamente e identitariamente a hacer a un lado su propio proyecto histórico y político para asumir otras estrategias que les permitan a estos su funcionamiento en las sociedades modernas latinoamericanas. Por eso, los colonizados en la modernidad capitalista no se insertan mediante sus identidades y centralidad políticas, sino a partir de otras afines a la dominación de dicha modernidad.

La influencia de este tipo de discusión, hechos y procesos tuvo su eco en el gremio politológico al punto que hizo que este dio un giro hacia las reflexiones sobre la persistencia colonial y la descolonización. Es importante mencionar que anteriormente este tipo de discusión era de interés únicamente para la filosofía, la antropología, la historia y otras disciplinas de las ciencias sociales en las que la tendencia general es estudiar las prácticas, pensamientos, formas organizativas y causas que han motivado a que los pueblos indígenas y afrodescendientes de manera constante en la historia desarrollen sus luchas sociales (Ávila, Matamoros y Melgarejo, 2024).

Sin embargo, este tipo de debates cada vez más están presentes en la ciencia política actual, en específico en el vínculo interdisciplinario que ha creado entre esta y el pensamiento latinoamericano. En este sentido, es importante mencionar que uno de los aportes del pensamiento latinoamericano para explicar los movimientos sociales es la idea que los sujetos se constituyen mediante los procesos de lucha social. Procesos en los que los sujetos, al mismo tiempo, fundan su propia

conciencia, razón histórica y proyecto político frente a la constante reconfiguración política y disputa por definir la hegemonía en el planeta Tierra (Zemelman, 1998; Dussel, 2009a).

Idea que es distinta, por un lado, a la teoría de la acción colectiva, cuyo punto de análisis son los ciclos y dinámicas que tienen los movimientos en el tiempo de las coyunturas políticas que corresponde al corto plazo. Coyunturas que bajo esta lógica derivan en negociaciones con los gobiernos sobre los recursos y beneficios que estos tienen, ya sea con el uso de discursos identitarios, multiculturales u otros que se acotan a los derechos jurídico-políticos del ciudadano. Mientras que el pensamiento latinoamericano, específicamente el centrado en la discusión sobre la persistencia colonial y la descolonización, tiene una posición más crítica a los discursos jurídicos de los derechos en las movilizaciones, porque su debate es enfocado hacia las causas que han llevado a un cúmulo de agravios históricos que han motivado generación tras otra la organización y el despliegue de dichos movimientos.

Esto implica que el pensamiento latinoamericano tiene una mirada de análisis que se concentran en comprender la relación existente entre la formación de la conciencia y la razón histórica de los sujetos que enfrentan procesos de dominación y lucha por su liberación en la región. En este sentido, el sujeto en lucha por su descolonización es el eje principal del estudio de los movimientos sociales que se estudian desde el pensamiento latinoamericano que recupera debates de este tipo. Por ello, la discusión sobre la persistencia colonial y la descolonización es un elemento que se encuentra presente en los movimientos sociales latinoamericanos de hoy, por lo que dicho elemento debe ser estudiado politológicamente a través de la recuperación de la historia y el sujeto anticolonial que aportan investigaciones que han nacido de la antropología, la filosofía y las ciencias sociales.

Por lo tanto, el sujeto de los movimientos sociales actuales en América Latina es uno que lucha por liberarse de su condición histórica de colonizado en términos ideológicos, mentales y políticos. Sujeto que resiste de manera plural, pero al mismo tiempo, dicho sujeto experimenta la complejidad de su condición como colonizado en las

sociedades modernas, porque esta se encuentra racializada y articulada con el despojo, la explotación y los procesos de expansión del capitalismo (Mariátegui 2002; Quijano, 2006).

Como se analiza en el próximo apartado, los movimientos sociales y sus luchas anticoloniales también son anti-sistémicas. Este último como otro rasgo fundamental que ha sido abordado por la discusión de Immanuel Wallerstein y otros autores que han diagnosticado que las movilizaciones pueden llegar a un cuestionamiento directo del poder político y el modelo económico capitalista en sus faces más avanzadas.

2.5. La Perspectiva Antisistémica: del Marxismo-Leninismo al Autogobierno

Otras de las perspectivas para analizar los movimientos sociales en la actualidad y que aporta a la discusión interdisciplinaria de la ciencia política, es la antisistémica. El nombre de esta perspectiva fue acuñado por uno de los teóricos marxistas estadounidenses más destacados de la segunda mitad del siglo XX y que esta ha impactado aún después de su muerte a las ciencias sociales: Immanuel Wallerstein, quien fue influenciado por el pensamiento de José Carlos Mariátegui (2002) y otros análisis de autores de su época, formuló una teoría macro llamada sistema-mundo para explicar el capitalismo moderno y su dinámica en el planeta tierra.

Teoría que Wallerstein pensó a partir de la idea que los procesos de expansión de la economía han llevado a esta a convertirse en una zona espacio-temporal que es causa y consecuencia de una multiplicidad de estructuras políticas y unidades socio-culturales que convergen para posibilitar el desarrollo de un mercado en una escala mundial. Mercado mundial que principalmente se divide en centro y periferia. Los países del centro se benefician de la materia prima y fuerzas productivas de las poblaciones y territorios periféricos. Las naciones de las periferias en esta lógica son subordinadas a un sistema-mundo que usa y se legitima mediante los Estados que resultan de su expansión, así como se ajustan a sus necesidades (Wallerstein, 2005, 2008, 2024).

Esta teoría llevó al mismo Wallerstein a pensar a los movimientos sociales de forma antisistémica y a una actualización de discusiones que ya habían sido expuestas por Marx y otros filósofos de esa época. La perspectiva wallersteniana abrevó en su momento de las interpretaciones marxistas críticas y abiertas que han planteado en común, pese a sus posibles diferencias, una denuncia sobre las desigualdades, injusticias y cúmulos de agravios que ha producido la expansión del capitalismo en las sociedades periféricas y subalternizadas en territorios como los latinoamericanos. En esta perspectiva, por un lado, hay una recuperación de la discusión planteada por el pensamiento marxista sobre la forma en que el despojo se ha convertido en la constante de la expansión del capitalismo, en especial hacia aquellos aspectos y lugares de la vida social que- antes de la II Guerra Mundial-no habían sido considerados por dicha expansión (Arrighi, Wallerstein y Hokpkins, 1999).

La razón en este sentido, es porque la estrategia de expansión del capital —todavía hasta la década de los sesenta— era basada en el desarrollo de las fuerzas productivas para fortalecer las fronteras nacionales de los países como potencias a nivel mundial. Fuerzas productivas que incluyó la masiva industrialización a cargo de los Estados en su forma nacional, cuya base material creció a partir de las normas, leyes, mecanismos y redes de poder desplegadas por este mediante sus propias instituciones para limitar y controlar la competencia de las empresas privadas en los mercados a nivel mundial (Vela, 2018).

A diferencia de las décadas de los setenta, ochenta, noventa y las primeras del siglo XXI en las que estos candados del Estado fueron diluidos e incluso debilitados y fragmentados por esa expansión de relaciones capitalistas centradas en mercados financieros, biotecnológicos, farmacéuticos y aquellos en los que se ha puesto de relieve una economía por desposesión espacial y territorial en lugar de la creación y producción que se desarrolla en la fábrica (Harvey, 2007). La fábrica dejó de ser el lugar de reproducción y expansión del capitalismo, al igual que el Estado pasó de un rol de dirección a uno de legitimación y facilitación de las condiciones para la reproducción del capital a partir del neoliberalismo.

Mientras por otra parte, la perspectiva antisistémica wallersteniana se alimentó de una serie de experiencias movilizatorias que comenzaron su expresión a finales de los sesenta y han seguido en la presente década

del siglo XXI. El teórico estadounidense extrajo sus análisis de la observación y seguimiento de aquellas experiencias de diversos países correspondientes de África, América Latina y otros casos considerados por este académico como muestra de las respuestas contemporáneas contra la dominación del sistema-mundo capitalista.

Perspectiva que se distinguió por definir su unidad de análisis con la delimitación histórica de ubicar a las diversas expresiones de luchas sociales del siglo XIX hasta la primera década de la centuria actual como movimientos antisistémicos. La argumentación de esta categorización consiste en que estos tienen en común experiencias de luchas que cuestionan y denuncian las desigualdades acumuladas históricamente existentes en los países periféricos y subalternizados por los centros del sistema-mundo capitalista. Sistema que incluso se ha visto que tiene la capacidad de articular el despojo con la colonialidad para lograr su expansión en términos exitosos (Mariátegui, 2002).

Wallerstein (2008) propuso una clasificación para facilitar el estudio de estos movimientos antisistémicos mediante dos grandes tipos: los que reivindican una matriz comunista-socialista y los surgidos de las experiencias de liberación nacional. Los primeros hacen referencia a aquellos que se organizaron e inspiraron con base en los principios de igualdad, así como de la distribución de la riqueza enunciada y defendida por la izquierda comunista-socialista, principalmente europea. Por cierto, estos principios definidos por el espectro marxista tanto en sus matrices teóricas como ideológico-políticas, fueron interpretados por los integrantes de este tipo de movimiento desde una postura activista y militante resistente a cualquier cooptación y asimilación de estos a los partidos y sistemas políticos de las sociedades modernas capitalistas de las últimas décadas del siglo pasado.

Por lo tanto, hay que mencionar que en este tipo de movimientos, quienes los integraron asumieron posiciones críticas hacia el mercado electoral y el formato empresarial que han adquirido los partidos en la política moderna. Movimientos que impactaron prácticamente toda Europa y varios de los países del planeta Tierra. Pero que en América Latina, las experiencias europeas fueron vistas de manera distante a la realidad de las luchas latinoamericanas,

porque históricamente estaban más vinculadas con el movimiento indígena y las resistencias comunitarias que con las banderas de las izquierdas del viejo continente (Sand, 2023).

Sin embargo, a lo largo del siglo XX en América Latina hubo múltiples movilizaciones derivadas de las acciones de protesta de los partidos comunistas, así como inspiradas en las luchas de las izquierdas europeas (Halperin, 2019; Sand, 2023). Movimientos que impulsaron revoluciones como la de 1952 en Bolivia o el ascenso de Salvador Allende a la presidencia de Chile en 1970, por únicamente mencionar algunas muestras de luchas comunistas y socialistas que durante sus momentos más intensos de rebeldía fueron antisistémicas, pero que más adelante llegaron a ser cooptadas por el mismo sistema político y el Estado contra el que protestaban.

Además, los movimientos de izquierda comunista y socialista en Latinoamérica ha evidenciado que estos por sí solos no han logrado generar cambios efectivos en las sociedades, aunque al articularse estos con los movimientos indígenas y las diversas luchas contra el despojo comunitario, persistencia colonial y a favor de la liberación nacional llegan a tener un mayor impacto en los procesos de construcción del Estado y la ampliación de la pluralidad en los espacios de la política moderna en la región (Zavaleta, 2008; Hobsbawm, 2018).

Precisamente, el contexto de varios de los países latinoamericanos y la composición de la diversidad de sujetos como indígenas, afrodescendientes y mestizos que hay en estos ha conducido a que los intentos de transformación surjan de espacios comunitarios, periféricos urbanos y otros lugares en los que la politización se hace a partir de organizaciones y movimientos con una lógica antisistémica (Fanon, 1961; Fals Borda, 1987; Federici, 2010). Politización que entra más en el segundo tipo de movimientos antisistémicos y en la que participan exactivistas y exmilitantes de la primera clase de lucha que postula Wallerstein. Incluso los movimientos de liberación nacional, por ejemplo se han sido nutrido tanto de luchas indígenas y afrodescendientes como de organizaciones sindicales y protestas estudiantiles.

Este segundo tipo de movilizaciones en el caso de América Latina, también se nutrieron activistas y militantes formados en las

experiencias comunistas y socialistas de las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, al igual que de aquellas protestas cercanas a la social democracia en América Latina. De ahí que varios de estos exmilitantes y exactivistas de origen marxista-leninista se han sumado a los movimientos indígenas y afrodescendientes que hasta la fecha plantean la necesidad de una liberación nacional y descolonización. Es importante mencionar que estos últimos se han caracterizado por postular sus luchas sociales con un punto de partida distinto al marxista tradicional que es la liberación nacional.

Liberación nacional que en esta lógica implica un cuestionamiento y denuncia de cualquier proceso que subordina a los pueblos de un país como nación frente a otras. Liberación que ha sido pensada por los movimientos indígenas y afrodescendientes latinoamericanos, entre finales de los ochenta y las primeras décadas del siglo XXI, como un horizonte que los lleva a postular su autogobierno y la posibilidad de llevar a cabo su propio proyecto político e histórico. Rasgo que ha sido excluido u omitido en la teorización de enfoques como el de la acción colectiva, debido a que este postula a una ciudadanía con una constitución homogénea en términos subjetivos, pese a la diversidad de las demandas que estos sostienen durante las protestas.

Hay que indicar que las demandas y exigencias sociales y públicas pueden llegar a ser muy diversas por parte de las movilizaciones al grado de llevar en ellas propuestas alternativas de discutir y ejercer la política. Ejemplo de ello han sido el movimiento zapatista que surgió en los noventa o las luchas indígenas en Ecuador y Bolivia que han cuestionado la persistencia colonial en la formación estatal moderna y el diseño constitucional de las cartas magnas en sus países. Movimientos antisistémicos que han expuesto debates ideológico-políticos e históricos a niveles estructurales, al igual que desde territorios marginales y subalternizados no sólo por la expansión capitalista, sino también por las mismas izquierda y organizaciones formuladas por las sociedades mestizas latinoamericanas.

A esto se debe agregar que la idea de liberación también en estos términos es una que se opone a las políticas imperialistas de los centros capitalistas, al igual que a la reconfiguración del poder que obstaculiza la soberanía de los pueblos en su dimensión nacional. Para la teoría de los movimientos

antisistémicos, hay políticas y estrategias que son formuladas por países que buscan ser potencias o aumentar su hegemonía, ya sea que estas lo hagan a nivel mundial o por zonas geográficas determinadas. Políticas y estrategias que son “imperialistas”¹⁹ y que en casos como el latinoamericano han sido expresadas por Estados Unidos, cuyo objetivo de este hasta la fecha es la obtención de recursos y un posicionamiento privilegiado en el mercado de armas y el negocio de la violencia frente a otras potencias mundiales.

Razón por la que el imperialismo estadounidense, por ejemplo, tiene la constante de seguir intereses geopolíticos que giran alrededor del negocio de la guerra, bienes y raíces a través de la desposesión que han impuesto en varios países latinoamericanos y los múltiples intentos de este país por generar una hegemonía que se extienda hacia las instituciones económicas como son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Hegemonía que, por cierto, no ha logrado Estado Unidos a nivel mundial, pero sí sobre los territorios latinoamericanos.

Por eso, no basta para los movimientos antisistémicos denunciar la explotación y, en especial, el despojo, también es fundamental subrayar que estos luchan contra el imperialismo. Como ha sido el caso de varios de los movimientos que han existido desde hace más de seis décadas de resistencia contra el imperialismo estadounidense, entre los que destacan la resistencia derivada de la Revolución cubana, el movimiento sandinista en Nicaragua o las luchas bolivarianas que llevaron a presidentes como Hugo Chávez al poder e incluso las Guerras del Agua y Gas en Bolivia que fueron una respuesta de oposición a cualquier intervencionismo. Estos son solo unas muestras de luchas contra el

¹⁹ La diferencia entre el imperialismo del siglo XIX y el expresado en el XXI consiste en que el primero estaba centrado en procesos de neocolonización en la India y países asiáticos con fines de instauración de una producción y despojo de bienes y materia prima en esa región. Mientras, el segundo se distingue del primero porque, este desarrolló un proceso de desposesión de espacios urbanos y creación de un mercado a partir de una estrategia militar del capitalismo mundial. Estrategia imperialista que fue vinculada con el apoyo de las políticas de privatización tanto sobre los servicios públicos como de aquellos recursos comunes que hacen funcionar la esfera de lo social (Harvey, 2007). Hay que señalar que un rasgo del imperialismo contemporáneo es que se inserta en una lógica capitalista centrada en el mercado y la necesidad de mover en la oferta y la demanda la sobreacumulación y sobreproducción de bienes, artículos y servicios (Vela, 2018).

imperialismo que han sido evidencia del momento antisistémico de las movilizaciones sociales. Pero que en estos casos mencionados, la capacidad y potencia antisistémica de su organización movilizatoria ha sido cooptada, neutralizada y muchas veces reducidas a discursos de sus dirigentes y a procesos burocráticos. Pese a que estos discursos y burocracias tienen algunos elementos reivindicadores de las izquierdas socialistas, estos han llegado paradójicamente a ser compatibles y adaptarse a las políticas neoliberales a nivel global.

Además, hay que mencionar que el imperialismo ha penetrado con mayor intensidad en los tiempos del neoliberalismo en América Latina. Por supuesto, los regímenes que en un comienzo prometieron materializar proyectos socialistas y que no lo lograron por completo, no escaparon de ello. Por el contrario, se convirtieron en regímenes neoliberales con discursos socialistas y de izquierda que se articularon con otros como aquellos enmarcados en los debates progresistas y ecológicos. Hay que señalar que estos últimos fueron explicados con mayor detalle en el capítulo uno de esta obra.

Por lo tanto, ambos tipos o clases de movimientos antisistémicos analizados a partir de la teorización wallerstaniana tienen en común sujetos que luchan por definir su centralidad política desde formas colectivas y comunitarias que se basan en estrategias e identidades que no se limitan a las de un capitalismo industrializado y a los moldes tradicionales de las izquierdas marxista-leninistas. En el caso latinoamericano, el sujeto de los movimientos antisistémicos se encuentra en constante diálogo entre ambos tipos planteados por Wallerstein, así como las formas comunitarias y colectivas de las que surgen son en su mayoría indígenas y afrodescendientes ubicadas en territorios marginales en regiones periféricas incluso en los propios países.

Este tipo de postura teórica finalmente actualiza el pensamiento marxista con base en un horizonte histórico, político y social que nace de los contextos periféricos y subalternizados por los centros capitalistas, cuyas persistencia colonial, despojo comunitario y urbanos, al igual que extractivismo masivo se han convertido en frentes de las luchas antisistémicas. Razón por la que esta mirada antisistémica aporta a este

libro la posibilidad de analizar el problema de la centralidad del sujeto en movimiento en un nivel contestatario y de transformación en una dimensión estructural.

Pero también, es necesario que se considere que esta teoría fue pensada en un contexto distinto al actual en el que los gritos de negación al capitalismo, así como “la esperanza y el anhelo”²⁰ antisistémico en los imaginarios colectivos y masivos de las movilizaciones sociales tenía un gran peso, por lo menos uno mayor al que se tiene en la última década (Holloway, 2002). Aunque esto no significa que la esperanza y el anhelo no tengan presencia hoy en las movilizaciones sociales y en la mentalidad de los sujetos que se constituyen y deconstruyen en estas. Ni tampoco quiere decir que la posibilidad de transformar las relaciones de poder se limite a fisuras o desgarramientos sobre los sistemas que reproducen las distintas formas de dominación en las sociedades capitalistas como el marxismo antisistémico del siglo XXI lo planteó en su momento (Holloway, 2003; Holloway, Matamoros y Tischler, 2007; Holloway, Matamoros y Tischler, 2009).

Por lo que reflexionar sobre los movimientos antisistémicos de la región- en el marco del debate interdisciplinario de la ciencia política- exige comprender que las luchas sociales se subjetivizan también desde los márgenes y subsuelos mismos de la esfera política no institucionalizada en formas transnacionales. Formas capitalistas que inclusive utilizan una lógica neoliberal mucho más sofisticada que las de hace unos años. Márgenes y subsuelos políticos que se han ampliado hacia las redes sociales, los ecocidios, las desigualdades de género a partir de los parámetros no binarios y otras tantas formas de practicar las ciudadanías que antes no habían sido consideradas en las movilizaciones contra la expansión capitalista (Fraser, 2020; Foster, 2024).

Por ejemplo, las acciones coordinadas en redes sociales contra los abusos y despojo sobre los derechos de los usuarios a la información ellos mismos crean y producen en el Internet o las asambleas urbanas de

²⁰ Ernst Bloch (2006, 2007) a esto le llama principio esperanza. Concepto que refiere al componente utópico que tiene cualquier sociedad en la historia. Este componente refiere a la apertura del porvenir que tiene el sujeto como posibilidad para extender su lucha hacia límites entre lo que puede ser y lo que no es todavía.

resistencia en oposición a la violencia sistemática, el desempleo y la falta de oportunidades para las nuevas generaciones de jóvenes. Estas como otras expresiones de protestas sociales potencialmente pueden llegar a ser anticapitalistas o en algún momento lo han sido en la relación entre gobierno y la ciudadanía.

El enfoque de las políticas públicas es la última postura teórica sobre movimientos sociales que se aborda en este libro en el marco del debate interdisciplinario de la ciencia política. Dicho enfoque en la discusión politológica actual es el que más recepción ha tenido en los espacios universitarios, debido a que se ajusta más a las necesidades de los gobiernos y no tiene un carácter tan disruptivo o crítico como el resto de las posturas teóricas que han sido abordadas en este capítulo. De ahí que su ingrediente principal de esta mirada es colocar a los movimientos sociales como facilitadores de políticas enunciadas por los gobiernos. Pero no nada más eso, también las movilizaciones en esta lógica son un engranaje dentro del ciclo de realización de una política pública, porque llegan tanto a identificar los problemas que deben ser atendidos por los gobiernos como también la implementación de estos (López, 2012; Vélez, 2014).

Hay que mencionar que el ciclo de políticas públicas se compone básicamente de los siguientes elementos: diagnóstico del problema, definición de agenda, formulación de posibles soluciones, implementación y evaluación (Roth, 2014). En esta lógica, el diagnóstico del problema es el primer paso que realiza en cualquier política pública. El diagnóstico va de la identificación del problema hasta su caracterización y justificación por parte de agentes públicos e incluso distintos actores que aportan elemento para ello. Aquí participan organizaciones no gubernamentales, activistas, líderes sociales y otros consultados por los gobiernos. Pero también están los movimientos que mediante sus acciones de protesta cumplen la función de indicar los asuntos que se deben poner en la agenda gubernamental.

La definición de la agenda es el segundo componente de las políticas públicas en el que participan los movimientos sociales, porque en este juegan un rol de comunicación de los problemas que el gobierno debe atender de manera prioritaria. Después de la definición de la agenda pública

por parte del gobierno, el otro componente del ciclo es la formulación de las posibles soluciones en términos de quien o quienes asumen los cargos administrativos y de decisión política. Es importante mencionar que en este apartado se entiende por política pública como aquellas decisiones vinculadas con las acciones gubernamentales que se toman desde un nivel política. En la actualidad latinoamericana, por ejemplo, las políticas públicas operan también en un nivel de construcción de la administración y las instituciones del Estado (Roth, 2014).

Los otros componentes o etapas son implementación de la política pública y la evaluación de esta. Los movimientos sociales directamente no actúan en estas etapas, pero si lo hacen como agentes que presionan y denuncian si las políticas gubernamentales no han sido implementadas de la forma que requiere la sociedad. La implementación es la manera en que los gobiernos optan o no por llevar a cabo una política pública. Por eso, los movimientos se convierten en una especie de evaluadores de dichas decisiones gubernamentales. Aunque la mayoría de las veces no son tomadas en cuenta por los gobiernos para revisar la eficiencia y efectividad de las políticas. Es importante señalar que la evaluación de cualquier acción pública se mide por su eficiencia y eficacia en la respuesta a las demandas y problemáticas ciudadanas.

En este sentido, la evaluación es un proceso que pretende ser sistemático, reflexivo y razonado de generación de conocimiento sobre los asuntos públicos. Para ello, la idea es que los gobiernos convoquen y escuchen a especialistas en el tema, ya sea que provengan de la academia o de organizaciones no gubernamentales e incluso de las mismas movilizaciones sociales. Por lo tanto, la recopilación, análisis e interpretación de información a cargo de cada gobierno debe ser usada para valorar si la decisión o no decisión que se tome sobre lo público es la más acertada o no.

Finalmente, el ciclo de las políticas públicas es el proceso que tiene como objetivo la realización o hechura de decisiones gubernamentales que en el lenguaje administrativo e institucional politológico produce los *outputs*. Es necesario explicar que los *outputs* y los *inputs* son dos términos usados en el lenguaje de las políticas públicas para hacer referencia al proceso que va desde las demandas ciudadanas hasta la decisión e implementación gubernamental. Los segundos son las

políticas públicas y los primeros las demandas que hace la ciudadanía. En este caso los movimientos sociales fungen como un motor de demandas, al mismo tiempo que participan de una u otra manera en la elaboración de políticas públicas.

Razón por la que este enfoque ubica a los movimientos sociales entre la formulación de las políticas públicas y la dimensión de la decisión gubernamental. Por eso, los movimientos son definidos como agentes que intervienen para presionar la toma decisoria de los gobiernos, pero también son visualizados por dichos gobiernos como un recursos estratégico que puede ayudar o impedir la materialización de las políticas públicas. En el marco de la toma de la decisión pública, los agentes pueden ser entendidos como los factores o elementos que cumplen un papel facilitador en la directriz y organización de las instituciones del Estado (Rivas, 2009).

Por lo tanto, los movimientos sociales —desde este enfoque— no son los sujetos históricos y políticos de la discusión marxista y del pensamiento latinoamericano, ni tampoco se piensan a partir de un repertorio de acciones colectivas que conducen a los actores a negociar con los gobiernos. Tampoco dicha idea de movilizaciones es concebida como lo hace la forma en que la filosofía y teoría política teorizan a partir de la relación entre gobernantes y gobernados, porque no se basa en estudiar los principios y valores de igualdad, justicia, inclusión y reconocimiento, sino en las maneras en que pueden ser efectivas las decisiones de mandato desde el eje de la gobernanza.

La gobernanza en el lenguaje politológico del siglo XXI es aquel proceso en el que intervienen distintas organizaciones públicas y privadas en la toma de las decisiones de quienes asumen los cargos en las distintas instituciones (Fontaine, 2015). Esto incluye que las organizaciones y actores de las movilizaciones intervienen en la definición de la agenda pública en la dimensión de gubernamental o el eje de la gobernabilidad (Zurbriggen, 2011). Como se mencionó, la agenda se diseña mediante una serie de problemáticas que se consideran son las más importantes para los gobiernos, cuyo nivel de operación puede ser a nivel local, regional y nacional. En el caso de América Latina estas problemáticas giran alrededor de la construcción de paz en contextos de violencia, conflictos regionales e intentos de democracia.

Hablar de construcción de paz en el siglo XXI significa pensar en los procesos que conduzcan a transformar la violencia en una pacificación de los conflictos a través de políticas públicas (Grasa, 2018). Procesos que muchas veces trascienden incluso la misma lógica de las políticas públicas, porque se insertan en contextos en los que la violencia y conflictos regionales y locales pueden ser rastreados desde la colonización europea sobre los territorios latinoamericanos. Pero también, a partir de un proceso más contemporáneo en estos territorios que es el desarrollo del narcotráfico a nivel regional y local de varios países latinoamericanos. El avance del narcotráfico se ha alimentado de las históricas condiciones de desigualdad, injusticia, exclusión, explotación, pobreza y olvido que hay en la región, así como de otros conflictos relacionados con la falta de la materialización de un Estado democrático e instituciones públicas capaces de responder a las necesidades sociales básicas y que garantice el ejercicio de derechos ciudadanos.

Estas razones, entre otras, son las que han llevado a que países como México y Colombia enfrenten los restos de hacer que los movimientos sociales orienten sus luchas y acciones a la construcción de paz. Además, es importante mencionar que los movimientos relacionados con la construcción de paz más que reivindicar una naturaleza contestataria se preocupan por ser un vehículo de denuncia de la violencia y canal para expresar que el desacuerdo con cualquier tipo de conflicto. Muestra de ello es que en el transcurso del presente siglo más de un gobierno progresista han orientado sus políticas públicas para tratar de pacificar y solucionar los estragos generados por la violencia en diversos países latinoamericanos, pese a que estos tienen sistemas políticos democráticos.

México y Colombia son países que ilustran la manera en que esta violencia regional y local al ser una constante en sus sociedades y territorios ha llevado a que las respuestas gubernamentales volteen a la posibilidad de generar alianzas con movimientos sociales con la intención de la elaboración de políticas públicas para pacificar o motivar a acuerdos de paz. Por ejemplo, el caso de Colombia es *sui generis*, debido a que durante el gobierno de Manuel Santos, entre el 2010 y 2018, se generó la expectativa de crear condiciones eficientes para que las movilizaciones sociales en conjunto hicieran alianzas territoriales con las autoridades

para dar solución a las demandas relacionadas con la inequidad, la pobreza y la violencia. Sin embargo, este mandato no logró responder de forma efectiva a los problemas estructurales de salud, educación y otros denunciados por distintos sectores sociales que impulsaron paros cívicos a lo largo de dicho mandato.

Por supuesto, este tipo de gobierno tuvo otra lógica distinta a la de regímenes como el uribista, en el que las políticas públicas eran enfocadas más hacia soluciones lideradas por las fuerzas militares convertidas en el principal actor de los procesos. Álvaro Uribe planteó la Desmovilización, Desarme y Reintegración (DDR) como política pública para dar solución al problema de paz en Colombia, durante su mandato que duró del 2002 al 2010. El proceso de DDR fue parte fundamental de la Política de Seguridad Democrática que guio el uribismo en el marco jurídico de la Ley de Justicia y Paz (Ley 975/2005). Esta estrategia consistió en establecer negociaciones colectivas solo con los grupos paramilitares, mientras que fortalecía la guerra contra la guerrilla (Carranza, 2020). Además, el uribismo causó mayor militarización e intervención de actores armados en los conflictos.

Mientras en México, lo que ha sucedido es que se han expresado intentos importantes de alianzas entre movimientos y gobiernos en un contexto complejo de violencia y conflictos vivido en el país cada vez con el aumento del narcotráfico, durante los mandatos de Andrés Manuel López Obrador (2018-2024) y la continuidad de este con Claudia Sheinbaum (2024-en curso). Sin embargo, este tipo de intentos se han centralizado con base en las organizaciones y militantes que se han movilizado a favor del partido MORENA (sigla para denominar el Movimiento de Regeneración Nacional). Lo que ha hecho que los movimientos que no se alineen a esta lógica quedan fuera del marco de las políticas públicas. De ahí que no todas las luchas sociales sean agentes de intervención de políticas, ni tampoco consideren que este sea el camino de su empoderamiento y papel en la relación entre gobernantes y gobernados.

La mirada desde las políticas públicas sobre movimientos sociales cobró fuerza a partir de esta serie de procesos en los que dichos movimientos han llegado a ser identificados como aliados y agentes que pueden facilitar la dimensión decisoria de un país. Mirada teórica

que finalmente no considera la dialéctica entre la violencia y conflicto, porque piensa estos a partir de la dimensión gubernamental, sin considerar que dicha dialéctica es parte del proceso de disputa que lleva a la construcción estatal. No se trata de eliminar las diferencias, sino de reconocerlas y comprender las razones históricas de esos conflictos para que las oposiciones entre las distintas partes implicadas se respeten y dialoguen para llegar a acuerdos en espacios políticos. Espacios que no deriven en la negación de la diferencia, ni tampoco en la supresión del otro (Zuleta, 2015, 2016, 2018).

Por lo tanto, la mirada de políticas públicas, por un lado, aporta una dimensión de análisis de la intervención que tienen los movimientos sociales en la elaboración de decisiones gubernamentales. Dicha mirada, por otra parte, no abarca aspectos que son fundamentales para explicar a las movilizaciones como son los procesos de subjetivización política y la construcción del Estado. Aspectos que en la realidad latinoamericana se encuentran históricamente en disputa y han hecho que el sujeto en movimiento sea también uno que enfrente contradicciones, conflictos, antagonismos y tensiones más allá de las relaciones coyunturales y gubernamentales.

Lenguaje Conceptual de la Propuesta para Analizar los Movimientos Sociales Hoy en América Latina

A Conceptual Framework for Analyzing Social Movements in Contemporary Latin America

“El lenguaje refleja los anhelos de los oprimidos y la violencia que se ejerce sobre la naturaleza”

—Max Horkheimer. *Crítica de la razón instrumental*

Otra de las partes fundamentales de este libro es su propuesta de lenguaje conceptual, para explicar los movimientos sociales en América Latina. Propuesta que articula la reflexión teórica con la construcción de categorías de análisis. Pensadores como Carlos Marx, Michel Foucault, entre otros clásicos modernos, han enseñado que cada proceso de abstracción sobre la realidad en tiempo y espacio tiene atrás una construcción o deconstrucción histórica y genealógica de los conceptos estudiados. Proceso de abstracción que vincula el ejercicio de pensar con la práctica del lenguaje. Razón por la que Lev S. Vygotsky (2015) planteó la tesis que el lenguaje es pensamiento y viceversa. Lenguaje que es resultado de la articulación de una serie de conceptos que permiten al investigador hacer referencia tanto a los sujetos como al fenómeno que son estudiados.

El investigador en el campo de la ciencia política, en este sentido, tiene la opción de llevar este proceso de abstracción hacia distintos niveles de análisis. Niveles que pueden variar entre uno filosófico universalista o en uno derivado de experiencias mucho más concretas de la realidad (Nosetto y Wieczorek, 2020). Incluso hasta el nivel de abstracción puede ser intermedio como es el caso de la propuesta de estudio que se presenta en este trabajo. Esta lógica de conceptualización se ubica en las formulaciones pensadas desde el

campo de la teoría política y su interdisciplinaria con la filosofía, historia de las ideas (Castorina y Wieczorek, 2020). y el pensamiento latinoamericano (Dussel, 2009a, 2009b).

Hay que señalar, el politólogo, por lo general, piensa el lenguaje que utiliza para la formulación de sus explicaciones sobre sujetos y fenómenos en un nivel más relacionado con la acción y práctica de la política y el poder que en una dimensión puramente abstracta universalista. De ahí que el estudio de movimientos sociales exige que quien realiza la pesquisa use un lenguaje conceptual que responda a un horizonte explicativo de las relaciones, procesos y constitución del sujeto que integran el fenómeno en su devenir histórico. No como a uno que comprenda a los sujetos como si fuesen un epifenómeno de la realidad misma.

Por eso, es importante explicar que en la ciencia política como en cualquier investigación de las ciencias sociales y humanidades, el lenguaje conceptual debe ser operativo y funcional para que el investigador lo pueda usar como una herramienta que le permita a este elaborar explicaciones sobre los sujetos y realidades que estudia (Becker, 2009). Para llegar a eso, el investigador tiene que convertir las ideas preconcebidas que en algún momento había formulado desde una dimensión abstracta e histórica y universalista a categorías de análisis que respondan a explicar los sujetos y fenómenos a partir de un plano concreto de la realidad. Esto significa que el investigador interesado en estudiar movimientos sociales debe pasar de un análisis filosófico a un nivel teórico político y social, tal como lo exigen las experiencias latinoamericanas en la actualidad.

Por supuesto, esto no significa que el estudioso de la política excluya a la filosofía de su base teórica, pero si coloque a esta en el lugar que le corresponde. El lugar de la filosofía en la ciencia política es como un campo de conocimiento que aporta el fundamento epistémico y punto inicial de su reflexión teórica. Reflexión teórica que finaliza con el análisis concreto e histórico de la realidad, cuyo objetivo de dicha reflexión no es tanto la comprensión del fenómeno, sino la explicación de los sujetos de carne y hueso en la historia mediante categorías con potencia y capacidad de dar cuenta de estos (Zemelman, 1998:2011).

En el caso de los movimientos sociales latinoamericanos de hoy, el lenguaje conceptual que se requiere es uno que considere los cambios de la política, la sociedad, el Estado y los sujetos a partir de contextos en los que la forma transnacional y la Inteligencia Artificial han ordenado las relaciones tanto de mando-obediencia como las de gobernados-gobernantes. Razón por la que se proponen las siguientes categorías de análisis para explicar la experiencia de la región en términos subjetivos, movilizatorios y políticos: 3.1. Sujetos políticos: entre la identidad y la centralidad del oprimido; 3.2. El Estado en su forma transnacional; 3.3. Sociedad civil subalternizada y periférica en los horizontes democráticos, y; 3.4. Orden en la era de la Inteligencia Artificial. Categorías que serán desarrolladas a continuación y pretenden ser una propuesta para hacer operativa cualquier investigación sobre movimientos sociales en la región.

3.1. Sujetos Políticos: entre la Identidad y la Centralidad del Oprimido

Sujetos políticos es la primera categoría de análisis propuesta en este trabajo, porque aporta la posibilidad de explicar a los movimientos sociales desde su propia subjetividad y lucha por transformar su realidad (Ávila, 2021a, 2023b). Experiencias de luchas que pueden ir desde manifestaciones radicales y revolucionarias (Benjamin, 2007; Dussel, 2009a; Löwy, 2010; Ross, 2016) hasta aquellas que derivan en acciones de protesta pacífica o un ejercicio de desobediencia civil (Cohen Arato, 2000; Archila, 2019). La desobediencia civil es un término usado y popularizado por el lenguaje teórico del liberalismo, para hacer referencia a las protestas colectivas que justifican sus acciones a través de argumentos morales (Rawls, 2012), pero en contraste con la idea postulada de sujeto, no considera la potencia contestataria y la acumulación histórica de agravios, que es parte fundamental del proceso de movilización y la politización de quienes integran esta.

Por ello, la concepción de sujetos políticos que se plantea, también es distinta a la teoría de la acción colectiva y aquella derivada del marco de análisis de las políticas públicas, porque estas últimas corrientes, se enfocan a estudiar el acto de la protesta y la negociación entre los manifestantes y los gobiernos, sin identificar quienes son los que

causan, organizan y dan forma a los procesos movilizatorios. De ahí, el sujeto es quien imprime ese sentido al proceso autónomo de su propia constitución. No es al revés. Es como si en términos gramaticales, el predicado fuese más importante que quien o quienes realiza la acción en este. Pero sin el sujeto, no tiene razón de ser cualquier acción (el predicado). Atrás de las acciones políticas y sociales se encuentra un proceso de constitución del sujeto.

En este sentido, la subjetividad política en los movimientos sociales es un proceso que no se limita al reconocimiento jurídico institucional, sino que se amplía a la lucha colectiva desde los márgenes sociales por generar cambios de la realidad. El horizonte teórico liberal, por ejemplo, postula que la politización del individuo se enmarca en el reconocimiento y es suficiente con que dicho sujeto sea incluido mediante los mecanismos institucionales de representación y participación ciudadana del Estado. En esta lógica tanto la postura liberal clásica moderna como aquellas más sofisticadas como la multicultural definen a la subjetividad con base en el reconocimiento que se establece en la relación de gobernantes y gobernados.

Hay que mencionar, el multiculturalismo es una perspectiva que parte de la idea que los gobernantes respetan los derechos de los gobernados en una relación que tiene la tendencia a ser simétrica cercana a ello. Por lo menos en aquellos derechos básicos relacionados con la educación, libertad de expresión, rendición de cuentas, la diversidad cultural y étnica entre otros que permiten al ciudadano promedio ser autoreconocido por la autoridad en turno y percibir con cierta seguridad que su voz es escuchada por dicha autoridad en la solución de los problemas públicos más elementales. Precisamente, el impacto del multiculturalismo en la región latinoamericana, durante las últimas décadas, ha consistido en que esta es una corriente teórica que ayuda a explicar los importantes avances constitucionales hechos en casos como el ecuatoriano, boliviano y otros en los que se reconoce en una dimensión jurídica la pluralidad étnica y cultural de los pueblos.

El postulado de esta corriente, en este sentido, es que la creación de cartas magnas que incluyan la diversidad cultural y étnica hace que los Estados que originalmente fueron organizados de forma homogénea pasan a ser multiculturales por reconocer los derechos de representación y

participación de quienes integran dicha diversidad como ciudadanos (Kymlicka, 1996; Taylor, 2010). Reconocimiento que no es igual a los procesos autónomos de constitución del sujeto que trascienden las formas, mecanismos e instituciones jurídicas políticas del Estado. Para el multiculturalismo es suficiente el reconocimiento para la subjetividad política del individuo.

A diferencia de la perspectiva teórica que se deriva del debate entre el pensamiento crítico latinoamericano y el marxista que identifica la potencia subjetiva del individuo. Por un lado, el individuo se encuentra inmerso en relaciones de dominación que impiden el ejercicio pleno de su ciudadanía. Esto sucede en varios países latinoamericanos, pese a que en estos se han manifestado múltiples experiencias de luchas movilizatorias e intentos por la democratización que es un aspecto abordado más adelante en este libro. En este caso, es importante explicar que los individuos para lograr su constitución como sujetos políticos, también enfrentan relaciones de dominación que influyen en el avance, retroceso u obstáculo de este proceso.

La dominación es una relación de imposición mediante el uso de la fuerza, violencia y la coacción por encima de las instituciones estatales. En este caso, no hay ninguna mediación política que identifique al individuo como gobernado, porque no tiene voz, ni es reconocido por la autoridad como sujeto capaz de intervenir en las decisiones y asuntos comunes. Además, las relaciones de dominación, en términos teóricos, se expresan cuando no hay un Estado capaz de vigilar y defender los derechos de sus gobernados y gobernantes, cuyo rasgo distintivo de estas es la violencia que anula o reduce la posibilidad de politización del sujeto.

En este caso, el individuo no es un ciudadano con derechos en una condición igualitaria y justa, debido a que su posición es subordinada en las estructuras y relaciones de poder global, ya sea como explotado, despojado o simplemente se convierte en subalterno dentro de las jerarquías establecidas en las sociedades. En la literatura de las ciencias sociales, los explotados son quienes están sometidos a ritmos, tiempos y espacios en las estructuras económicas y medios de producción de la base material (Marx, 1979). también, los explotados se encuentran estrechamente vinculados a una condición de despojo. Esta condición

se puede explicar cuando a los individuos se les quita de manera violenta y coactiva una propiedad, base material, tierra, territorios o cualquier derecho que en términos legítimos e históricos es de su pertenencia (Marx, 1970; Harvey, 2007).

Además, los individuos al ser explotados y despojados experimentan diversas posiciones de subalternidad. Los individuos pueden ser subordinados en las múltiples esferas de la vida, ya sea por su jefe inmediato o en las jerarquías familiares y cercanas. En la historia de Latinoamérica, la mayoría quienes integran las sociedades han ocupado —al mismo tiempo— diferentes posiciones en condición subordinada en las relaciones de explotación, el despojo y de subalternidad (Sánchez, 1944; Rodríguez, 1968; Sader y Jenkins, 2006; Halperin 2019). Razón que lleva a pensar que la dominación no se encuentra realmente disociada de las relaciones entre gobernantes y gobernados. Por lo menos, el caso latinoamericano muestra que la realidad actual los procesos de subjetivización tanto individuales como colectivos están atravesados por relaciones gubernamentales y de dominación.

Por otra parte, la politización es un proceso colectivo que se desarrolla a partir de la lucha de quienes integran las movilizaciones sociales frente a las decisiones gubernamentales que son consideradas injustas, excluyentes, desiguales y que llegan a generar marginación o contribuyen a profundizar las contradicciones, conflictos y violencia ya existentes en las sociedades. De ahí que los gobiernos con sus decisiones pueden legitimar, reproducir o no la dominación en los diversos ámbitos cotidianos y culturales en donde se desarrolla el sujeto en la sociedad. Por lo tanto, el proceso de subjetividad para que sea autónomo tiene que liberarse de aquellas relaciones de dominación y debe tener la capacidad de transformar la lógica gubernamental en una simétrica.

Ambos tipos de relaciones son las que pueden impedir la politización de forma autónoma de quienes participan en cualquier movilización social, porque pueden hacer que estos no logren pasar de una conciencia individual a una colectiva. Este paso de conciencia se realiza mediante la liberación de aquellos elementos ideológicos y mentales que han negado la posibilidad que los individuos puedan constituirse como sus propios sujetos políticos. Estos elementos ideológicos y mentales se caracterizan por reproducir formas de dominación sexista, clasista, racista y relacionadas con la persistencia colonial.

En este sentido, la primera de estas formas de dominación consiste en subordinar a los individuos a partir de la idea que hay un género y sexo superior a otro en términos sociales. La tendencia de este tipo de dominación es imponer el género y el sexo bajo una lógica binaria: hombre y mujeres. Esta deja a un lado a otras maneras de ejercer, pensar y sentir la sexualidad humana. Mientras en el caso de la segunda, se manifiesta cuando un grupo dueño de la riqueza y medios tanto de producción como de circulación y reproducción de las esferas económicas y políticas, se considera merecedor de esta posición y condición por encima de otros grupos dominados.

Es importante mencionar que el clasismo de hoy, no se parece al que había enseñado Marx y Engels (2007), porque las fronteras entre las clases sociales han sido diluidas, al mismo tiempo que se han diversificado las expresiones de estas en las múltiples dinámicas cotidianas que experimentan los sujetos en la era actual capitalista. Pero también, las diferencias de clase se han hecho más abismales en la reciente expansión del capitalismo. Incluso, los mismos dominados han interiorizado los intereses de las clases dominantes que llegan a tener posturas políticas e ideológicas a veces más conservadoras que algunos grupos intelectuales que nacen de estas. Idea que fue aportada por Gramsci (1980), cuyo análisis sobre las dinámicas y hegemonía de este pensador enuncia que quienes dominan requieren también de los dominados para legitimar y mantener la hegemonía su mandato.

La tercera de estas formas de dominación que obstaculizan la realización del proyecto del sujeto es la racista. Esta forma parte del principio ideológico y político que en las sociedades, hay razas humanas. Razas que se dividen en dos grupos: un grupo que se autodefine superior en términos étnicos y de color de piel y; otro que por no compartir el mismo fenotipo y genotipo que el primero, es forzado a obedecer a este. El discurso del primero para someter al segundo es de naturaleza ideológica pigmentocrática (Telles, 2019), cuyo objetivo es usar la racialización de las relaciones en su beneficio económico y político²¹. En

²¹ El término pigmentocrático refiere a que los cargos políticos y públicos de poder se otorgan con un criterio ideológico racista, específicamente basado en la diferenciación de fenotípico, genotípico y hasta en la discriminación y exclusión étnica de poblaciones por sus lugares de origen (Castro, 2005; Castillo, 2007).

la actualidad, el racismo se articula con el sexismo y el clasismo en los procesos de expansión capitalista, así como en las redes de poder global (Anderson, 2024).

Por último, se expresa la cuarta forma de dominación que se relaciona con cada una de las anteriores, pero al mismo tiempo, se distingue de estas, debido a que se basa en la persistencia colonial en las sociedades modernas, en particular en las capitalistas periféricas. La persistencia colonial entendida como la reproducción de prácticas, patrones y tendencias que operan en la mente de los individuos que conforman las sociedades modernas (Ávila, Matamoros y Melgarejo, 2024). Hablar de este tipo de fenómenos, es también analizar la dimensión cultural y la manera en que los individuos se perciben así mismos al interior de las sociedades históricamente colonizadas frente a otros grupos sociales provenientes de países que tuvieron o todavía llegan a ocupar un lugar hegemónico en el planeta Tierra. La percepción del colonizado es un asunto de poca o falta de autoestima, pero también muestra que persisten pugnas y tensiones no resueltas frente a las sociedades que definen la hegemonía en la actualidad.

En conjunto, las formas de dominación se expresan combinadas de muchas maneras en las sociedades latinoamericanas, al igual que responden a procesos muchos más complejos de dominación y de poder económico y político en la expansión actual del capitalismo a nivel global. Estas formas intervienen directa e indirectamente en la formación de la conciencia del sujeto, ya sea para que este se asuma como dominado sin cuestionarse dicha condición o en algún momento, si lo haga contra aquello que se lo impide. A tal punto que la acumulación de agravios sea tan intolerable que conduzcan al sujeto a la lucha por su emancipación.

La conciencia, por lo tanto, es un fenómeno político y social que se forma históricamente como consecuencia del movimiento mismo del sujeto. El sujeto es consciente debido a que tiene la capacidad y potencia para asumir las riendas de su propio destino en la historia y proyecto político (Zemelman, 1998; Benjamin, 2007). Por esa razón, no es un asunto puramente individual o separado de la dimensión colectiva del ser humano. La concientización tampoco se limita a una cuestión de percepción individual como se ha estudiado en la psicología tradicional. Por cierto, esta mirada psicologizante de concebir la

idea de sujeto en América Latina ha cambiado con el tiempo por la influencia de la historia, la filosofía e incluso la misma ciencia política (Duque Monsalve et al., 2016).

La clave de la autonomía del sujeto político, por lo tanto, se encuentra en la producción de su propia conciencia, sin que esta se encuentre subordinada a alguna de las estrategias ideológicas e identidades que reproducen la dominación y ejercicio autoritarios de poder político. Frente a ello, los sujetos políticos también en su lucha por su constitución autónoma usan estrategias ideológicas e identitarias que asumen como bandera y ruta para lograr materializar sus propios proyectos políticos. En este marco de discusión, la idea de proyecto político se comprende como la formulación de una visión de Estado y nación que nace de las luchas sociales. Además, es importante decir que en dicha visión hay implícita una propuesta alternativa de pensar la politización del sujeto; en contraste con anteriores enmarcadas en relaciones de mando y obediencia que han impedido la constitución autónoma de este (Zemelman, 1998; Ross, 2016, Ávila, 2019c).

Mariátegui (2002), desde la lógica del pensamiento latinoamericano, aporta que los proyectos políticos son fundamentales para los pueblos dominados, porque permiten que estos se visibilicen en horizontes emancipados a partir de sus formas comunitarias y culturales. En el caso de este pensador, la idea de proyectos políticos no responde únicamente a los grupos que deciden y mandan, sino también se extiende a los dominados. Para este teórico andino, los pueblos son sujetos capaces de plantear sus propias proyecciones históricas y sociales, sin subordinarse a otras formulaciones ajenas a ellos. Concepción que es distinta a la enunciada por el marco de las políticas públicas que define a los proyectos como programas gubernamentales que limitan su accionar a la implementación de las decisiones sobre los asuntos comunes a cargo de funcionarios y servidores del Estado (Roth, 2014).

Estos proyectos son discutidos por los sujetos que usan las diversas identidades y estrategias ideológicas para lograr materializar dichos proyectos. En este caso, hay una relación estrecha entre la formulación de los proyectos con las identidades y estrategias que plantean los sujetos para su constitución autónoma en el campo de la disputa por la política y el poder. Por eso, se entiende que en la historia de los territorios

latinoamericanos han surgido una amplia gama de posturas identitarias y corrientes ideológicas que asumen los sujetos, porque estos consideran que si las usan pueden tener una posición con mayor beneficio en la correlación de fuerzas políticas. Hay que explicar, no todos los sujetos en las trayectorias políticas de su vida se mantienen con identidades y estrategias ideológicas fijas y determinadas.

Por el contrario, existe una dialéctica entre la identidad que es impuesta por otros sobre el sujeto y la estrategia ideológica que surge desde dicho sujeto. Por ejemplo, la noción de identidad se asocia a la pertenencia que los individuos sienten en los diversos grupos sociales, pero también es un concepto que indica la capacidad de definir al sujeto a partir de aquellas características culturales, étnica-raciales y humanas que distintos grupos de la sociedad otorgan a este. Además, la cuestión identitaria está ligada históricamente a la formación de naciones y los proyectos de Estado como ha sucedió en México, Colombia y otros países latinoamericanos (Anderson, 2007; Castillo 2007).

Mientras, las estrategias ideológicas se distinguen de la idea de identidad, porque se relacionan más con los procesos internos de constitución del sujeto. En este caso, el sujeto asume una ideología para tratar de posicionarse políticamente frente a otros grupos de la sociedad. No hay ideologías neutrales, debido a que plantean esto que el pensamiento marxista identifico como centralidad política del oprimido. Dicha centralidad, es concebida como el proceso que tiene el sujeto para liberar su conciencia de aquellos aspectos ideológicos que mantienen a esta enajenada a las estructuras y relaciones de poder (Ávila, 2023b).

En América Latina, hay que mencionar de manera importante que dentro de la diversidad de estrategias ideológicas e identitarias de los sujetos políticos han predominado aspectos étnico-raciales, así como aquellas que critican y denuncia la persistencia colonial. Muestra de estas estrategias son las desarrolladas, entre finales del siglo XX y el XXI, en países como Brasil, México, Bolivia, Perú, Ecuador y Guatemala, por solo mencionar algunos casos emblemáticos en donde se pone en disputa el sujeto político desde la etnicidad y el problema de la dominación colonial. En el listado de estos países, hay dos casos que ayudan a ilustrar lo mencionado.

Estos son el indianismo en la región Andina de Bolivia, corriente ideológica que postuló al indio como su propio sujeto, sin tener que aliarse con organizaciones y el proyecto blanco-mestizo de izquierda. El otro es el zapatismo en México, cuyo planteamiento es la alianza entre los pueblos indígenas y la sociedad mestiza para constituir un sujeto autónomo capaz de liberar al país de la lógica de un Estado indigenista. Este último, pese al gobierno progresista liderado por el partido Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), es todavía neoliberal. El sujeto zapatista es pensado también como uno que puede contribuir a que sociedades latinoamericanas como la mexicana transite a un proyecto político anticapitalista.

Otra manera de interpretar la idea de sujeto político y que resume lo planteado en esta parte del texto, es la expuesta por los griegos atenienses a través de sus mitos. En especial, aquellos mitos en los que los griegos atenienses hicieron un esfuerzo por explicar la lucha del hombre contra su destino impuesto por los dioses. Aquí el hombre no deja su conciencia a los dioses, sino la asume. Por ello, los griegos inventaron figuras mitológicas como Prometeo, quien es perseguido y castigado por los dioses, porque les robó el fuego a estos para dárselos a los humanos. En este caso, el fuego puede tener múltiples significados, uno de ellos es que este es el conocimiento y la potencia para que los seres humanos se conviertan en dueños de su historia y destino, sin subordinar su voluntad a los dioses (Olivos, 2020).

Finalmente, la propuesta para concebir a los sujetos políticos en los movimientos sociales en la región contrasta con la idea politológica tradicional que postula como punto neurálgico para estudiar a los movimientos: la acción colectiva y la capacidad negociadora de estos con quienes ocupan cargos gubernamentales. Por ello, la categoría de análisis de sujetos políticos —como eje central de los movimientos sociales— aporta a la discusión de la ciencia política y ciencias sociales, el proceso en el que dichos sujetos se constituyen de forma plural y autónoma entre las relaciones de mando-obediencia como en aquellas en las que se asumen o niegan bajo diversas identidades y estrategias ideológicas en el contexto latinoamericano de hoy. El sujeto hace la función del Prometeo de la mitología griega en el desarrollo de los movimientos sociales en sus esfuerzos por politizarse.

3.2. El Estado en su Forma Transnacional

La segunda categoría de análisis que se plantea en este libro para explicar a los movimientos sociales, es el “Estado”²² en su forma transnacional. En el contexto actual, los movimientos sociales han hecho evidente que también son sujetos constructores de proyectos políticos, cuyas organizaciones, acciones y despliegues de lucha pueden llevar incluso a la construcción y transformación del Estado. En América Latina, hay una importante tendencia de los movimientos sociales para constituirse como sujetos políticos mediante procesos de lucha por la definición de las relaciones estatales en contextos de expansión capitalista. En este sentido, el capitalismo neoliberal, desde fines del siglo pasado hasta hoy, ha sido un proceso, cuya consecuencia principal es el debilitamiento de las fronteras nacionales y la reducción a su mínima expresión de lo público en los Estados, en especial sobre aquellos territorios de países latinoamericanos.

Además, es importante considerar que los sistemas políticos y sus respectivos componentes institucionales de los Estados en la región, han experimentado dictaduras, regímenes autoritarios y la transición hacia sistemas democráticos electorales con niveles relevantes de transparencia, participación y legitimación social (Mainwaring y Pérez-Liñan, 2019). Entre dictaduras y democracias electorales, los movimientos sociales han sido usados para legitimar el ascenso o mantenimiento de un régimen o también para la transformación de este. Pero esto, no significa que el Estado automáticamente se transforme con alternancia gubernamental o con el ascenso de un mandato democrático.

La cuestión es más compleja de lo que han imaginado analistas comparativistas, debido a que estos llegan a confundir la democratización de los regímenes y sistemas políticos con la construcción del Estado. Pese a que los regímenes y transiciones democráticas contribuyen a la creación de Estados democráticos, no significa que se limite a ello. La razón de esto, es porque el Estado es un proceso que no se limita a la

²² Hay que diferenciar entre Estado y Gobierno, porque son dos conceptos que hacen referencia a fenómenos distintos en la ciencia política. El primero indica la organización de la voluntad colectiva; mientras, el segundo se centra en el ejercicio del poder político. Ejercicio de poder estatal que implica un momento político en la historia (Bobbio, 2022).

dimensión institucional, ni tampoco es un fenómeno aislado de lo social. Por lo contrario, lo estatal surge de lo social y se construye a partir de la pluralidad y la politización de los sujetos.

Por eso, pensar al Estado en su forma actual, exige ser analizado tanto desde los sujetos que lo construyen como también de base económica y material que sostiene las instituciones y sistemas que conforman a este de manera estructural. En esta lógica, la forma de Estado trasnacional se distingue de otras en la historia latinoamericana, porque es resultado de las alianzas y acuerdos entre el proyecto de empresas trasnacionales y grupos oligárquicos con conciencia neoliberal. Pero también, el Estado trasnacional es parte de un cambio de época caracterizado por la disputa entre quienes defienden la idea de soberanía nacional y aquellos que se benefician de la reconfiguración del poder político a nivel internacional.

Este cambio de época se ha distinguido por tener la emergencia de un nuevo orden, en donde se insertan los procesos de disputa estatal en cada país, así como, dicho orden, tiene la tendencia a ser liderado por la lógica y expansión del capitalismo en la era de la Inteligencia Artificial (IA) a nivel global. La Inteligencia Artificial entendida como orden político será abordada más adelante en esta obra. Por lo tanto, el análisis propuesto sobre el Estado se centra en la transformación que tienen las relaciones estatales, tanto en su estructura como en su organización a nivel mundial al estar subordinadas a los intereses y lógica del despojo, la sobreexplotación y la colonialidad del capital tecnológico.

Colonialidad que se ha distinguido de otras anteriores, porque en esta la generación de riqueza mediante la industria y el mercado fármaco-biológico y tecnológico de la Inteligencia Artificial (IA) en los contextos actuales. La colonialidad en este sentido, concepto acuñado por Aníbal Quijano (2006, 2014) para explicar la persistencia de la dominación producto de las conquistas de las potencias europeas sobre los pueblos y territorios de lo que hoy es América Latina, se expresa en el capitalismo trasnacional como una forma de subordinar a las sociedades latinoamericanas, y otras de las periferias del sistema-mundo, a los constructos mentales, ideológicos y maneras de concebir la realidad vivida que han sido impuestos por las dinámicas, ritmos, tiempos y lógica del capitalismo tecnológico de la IA.

Argumento que ayuda a entender porque América Latina como el resto de la periferia del sistema-mundo se ha sometido a la forma trasnacional. Esta forma ha sido incluso impuesta en los Estados, pese a las luchas sociales y despliegue de resistencias contra el neoliberalismo de las últimas décadas. La razón de esto, es mucho más estructural y profunda porque responde a la expansión histórica del capitalismo que ha llevado a un extremo el sometimiento de la esfera de la política a la economía. A tal grado que el humano para ser ciudadano hoy, debe tener una condición económica que se lo permita, sin importar el reconocimiento jurídico-político. Es importante señalar, no es la comunidad política, ni los derechos enfocados en la libertad y la igualdad lo que hacen adquirir su condición ciudadana al hombre en estos tiempos, sino las luchas por su subjetividad política.

Una de las enseñanzas vigentes de Marx (1974a, 1974b) para comprender las dinámicas, contradicciones y antagonismos que se reproducen en el desarrollo de un mundo capitalista, precisamente, es la idea con relación a que la forma estatal es producto de la historia y el devenir social, al mismo tiempo, la posibilidad de la realización de dicha forma depende de la capacidad autónoma que tengan los sujetos que la intentan materializar. De ahí, la base material es la sustentadora de las relaciones estatales, cuya importancia de esto se encuentra en capacidad de la realización del proyecto político que surja de la misma voluntad colectiva. Idea de voluntad entendida con base en los aportes de la tradición hegeliano-marxista y gramsciana (Gramsci, 2018; Hegel, 2000; Jessop, 2024).

Por ello, no es la noción liberal de pensar la voluntad como una expresión ciudadana en términos del ejercicio de sus derechos en un marco normativo de la política, sino más bien, es llevar la comprensión del concepto de voluntad hacia un horizonte teórico que parte de la idea que los procesos de articulación entre lo político y lo social tienen tanto sus propias contradicciones, conflictos y antagonismos como también enfrenta aquellas externas impuestas por la expansión del capitalismo. Esta idea se basa en la tradición hegeliano-marxista-gramsciana que plantea explicar a la lucha por la articulación y definición de las relaciones estatales como una cuestión en donde participan una amplia diversidad de sujetos que intentan integrar la voluntad colectiva que resulte de dicha pelea por la articulación.

Los sujetos frente al Estado, no nada más luchan por su propia politización, sino también por su posición en la organización de este. Los objetivos de los sujetos en su disputa por definir las relaciones estatales pueden ir desde la búsqueda de obtención de beneficios propios hasta lograr la transformación de dichas relaciones mediante un proyecto alternativo. El pensamiento latinoamericano de autores como René Zavaleta (2008), entre otros, hicieron un esfuerzo por interpretar el problema del Estado en la región como un fenómeno de persistencia de la condición de apariencia en la articulación entre lo social y lo político.

La condición de apariencia se entiende como aquella que indican la incapacidad del Estado para producir su propia base económica, social y política que permita su realización plena. En este caso, existe la ausencia de una comunidad política autónoma frente al capitalismo, por lo que no hay la articulación (síntesis en un lenguaje hegeliano y marxista) de las fuerzas y la pluralidad de sujetos que podrían integrar dicha comunidad. Por lo tanto, el Estado en su condición de apariencia se manifiesta de manera externa o extraña en la sociedad. Esta idea postulada por Zavaleta, por cierto, abrevio de la tradición hegeliano-marxista-gramsciana, al igual que de la historia y política de la región, cuyo resultado de esto fue identificar la condición de apariencia como constante histórica del Estado en diversos países de Latinoamérica.

Condición de apariencia que, además de ser una constante como enseña este teórico latinoamericano, por un lado, es disputada por las relaciones estatales en la historia de la región. Mientras por otra parte, la causa de esta condición de apariencia es la persistencia colonial y la expansión capitalista que ha colocado a los países de la región en los márgenes de esta. En los tiempos transnacionales, la condición de apariencia de las relaciones estatales también es obstaculizada por una multiplicidad de subjetividades trazadas por el narcotráfico, la violencia y los conflictos armados que se han convertido en quienes sirven de una especie de bisagra, en muchos países de la región, para el desarrollo del capitalismo tecnológico.

Frente a esta situación, los diversos casos de movilización social se han convertido en sujetos que luchan por tratar de superar esta condición histórica de los Estados latinoamericanos. Ejemplo de ello, son casos como Bolivia, Ecuador, México, Argentina, Chile, Venezuela, entre otros

países en donde se ha manifestado una constante lucha por tratar de llevar a cabo un tipo de Estado producto de las movilizaciones sociales. No un proyecto impuesto como históricamente ha sido en la región. Los movimientos sociales como sujetos estatales enfrentan de manera combativa el desarrollo de la expansión del capitalismo trasnacional. Cuestión que lleva a que dichos sujetos tengan dificultades para definir sus respectivos proyectos de Estado en sus países.

Los movimientos sociales, por lo tanto, se disputan el Estado en términos de exigencia de derechos, demandas y obligaciones que este mismo ha dejado de cumplir, a partir de la implementación del modelo neoliberal. Pero también, la disputa de los movimientos por la materialización de las relaciones estatales se expresa en los intentos de estos por contrarrestar la forma trasnacional de dichas relaciones. Hay que considerar que la forma trasnacional estatal se manifiesta y nutre al mismo tiempo de fenómenos como la gentrificación (tipo de despojo espacial y desplazamiento forzado de ciudadanos a la periferia de las ciudades en una condición subalternizada frente a la expansión del capital inmobiliario), el neoextractivismo (tipo de desposesión sobre los territorios comunitarios locales y regionales para sacar recursos, sin consultar o beneficiar a las poblaciones que habitan en donde se obtienen) y, en general, los intereses de empresas tecnológicas y farmacéuticas globales por obtener recursos y materiales para la fabricación de sus productos que afectan directamente los tejidos colectivos y comunitarios.

Por cierto, los tejidos colectivos y comunitarios, en su mayoría, son la base de las movilizaciones que se despliegan en el campo de disputa por el Estado. Razón que ha hecho que las empresas trasnacionales identifiquen a estas bases sociales como un obstáculo para sus intereses. Estas empresas, por ejemplo, intervienen en el proceso de oligarquización y recomposición de los grupos de poder. Proceso que ha consistido en vincular los intereses locales y regionales con aquellas de escala global. Proceso que no ha logrado ser interrumpido por los movimientos, pese a las conquistas de estos últimos a lo largo de varias décadas. Aunque es importante explicar que estas movilizaciones, en los últimos años, lograron influir y ser el motor de fuerzas y subjetividades políticas que se han traducido en derechos sociales y ampliación de espacios en la esfera de representación y participación institucionalizadas del Estado.

Además, la reconfiguración de conflictos, agonismos, antagonismos y contradicciones entre los sujetos que luchan por definir las relaciones estatales. Lucha política de los movimientos sociales que al estar insertado en el capitalismo transnacional, no puede fácilmente quedar fuera de ella. Bajo esta lógica, el Estado ha sido pensado desde las oligarquías y grupos de poder que han buscado la preservación del *statu quo*. Grupos de poder, por cierto, que tienen una postura, por lo general, a favor de la expansión del capitalismo, sin importar el deterioro y fragmentación de la base material que históricamente ha sustentado las instituciones públicas. Las posiciones y relaciones estatales son dinámicas, contradictorias, antagónicas y agónicas en la disputa por el Estado, así que al no ser fijas hay una constante recomposición de grupos de poder y sujetos subalternizados.

Esta recomposición en la región ha significado que quienes ocupan una posición de autoridad en las instituciones del Estado en algún momento pueden ser obligados, sometidos con violencia o coaccionados a dejar dicha posición para que otros la ocupen. Por un lado, esos otros pueden ser subalternos a ellos, pertenecientes a otros grupos de poder o incluso sujetos provenientes de las luchas sociales. Mientras, por otra parte, la violencia impuesta es consecuencia de la falta del ejercicio plural de la política como plantea Hannah Arendt (2012). Aquí es importante decir, la libertad y la diferencia están sujetas a los intereses del capital y no del Estado. Razón por la que tanto la libertad, como la diferencia o cual quiera de los derechos relacionados con esta, queda en suspensión o nulificado en los espacios públicos.

En la forma transnacional del Estado, los espacios públicos en los que acontece y se práctica la política dejan de tener esa función, porque se convierten en lugar de disputa por el control de las relaciones de dominación. Las decisiones políticas y aquellas relacionadas con el poder no son resultado del mandato entre gobernantes y gobernados, sino de quienes ejercen la dominación desde espacios organizados con base a los intereses de los grupos e instituciones que se benefician de las dinámicas, ritmos y expansión del sistema-mundo transnacionalizado. De ahí que la voluntad colectiva, se ha transnacionalizado al punto que cada vez más las decisiones sobre los países tienen que ser aprobadas por los grupos e instituciones globales.

Una vez que estos grupos e instituciones internacionales verifican que las decisiones gubernamentales a nivel nacional no se contraponen con sus intereses, entonces, es cuando dichas decisiones pueden ser implementadas y operadas en los países. Los gobiernos y las autoridades del Estado se convierten en gestoras y administradoras de los intereses de los grupos transnacionales. Esto incluye, la colocación de las instituciones de vigilancia, seguridad y justicia de los Estados al servicio de los grupos e intereses transnacionales. En este caso, las sociedades en su conjunto no son el sujeto y razón de la ley, al igual que del ejercicio de los derechos.

Por esa razón, la idea de Estado expuesta en estos párrafos, plante un giro al análisis de este tipo de problemas para la ciencia política, porque considera que en la actualidad tanto la dominación como el ejercicio del poder se conjugan en la disputa por tratar de definir la voluntad colectiva. En resumen, el Estado es resultado de la organización articulada de la voluntad colectiva, cuya definición de relaciones y procesos se encuentra en constante disputa por quienes integran o buscan conformar dicha voluntad. No es la noción tradicional del derecho y la ciencia política, cuya idea de estas es concebir al Estado como la unidad organizativa del territorio, la sociedad, la cultura y el lenguaje. Unidad que tiene la finalidad de llegar al bien común (Córdoba, 2017).

Lo estatal, en este sentido, implica un proceso de subjetivización política que se expresa en las distintas escalas de organización administrativa y de ejercicio del poder; como también en las diversas dimensiones espacio-territoriales en las que existe esa lucha por llevar a cabo el vínculo estrecho entre lo social y la forma jurídica-institucionalizada (Ávila, 2023c). Además, las relaciones estatales adquieren su forma en función de la historia y el proyecto político que intenten construir los sujetos en una sociedad.

Formas que van desde aquellas basadas en sistemas feudales y coloniales hasta otras que han intentado seguir el modelo de la modernidad política y social. Incluso hay formas estatales que llegan a subordinar su condición política a estructuras y relaciones que no tienen propiamente una naturaleza política, sino económica, tal como sucede con el capitalismo transnacional como se ha argumentado en este apartado.

3.3. Sociedad Civil Subalternizada y Periférica

En continuación con el debate conceptual de este libro, la tercera categoría que se plantea explicar es: sociedad civil desde su condición subalternizada y posicionada en la periferia de los procesos democráticos liberales y electorales del sistema-mundo capitalista y colonial. El punto de partida para pensar dicha categoría, es la idea que la esfera social no se encuentra disociada de la política, aunque si subordinada a esta. Incluso lo social está en un constante proceso de politización complejo, contradictorio, agonista, antagonista y conflictivo. Por ello, la cohesión de las relaciones que integran a una sociedad no es predeterminada, ni tampoco es un fenómeno separado de las luchas por la construcción estatal. Hay que recordar, como se mencionó, el Estado es una forma social y producto de la historia del sujeto, por lo tanto, la sociedad es la clave para su materialización.

La idea de concebir a la esfera social como en aquella en donde se engendra la politización de quienes integran la sociedad, es diferente, por un lado, a la que plantea el marco interpretativo sociológico tradicional que despolitiza al conjunto de relaciones e interacciones que cohesionan a los sujetos (Ritzer, 1993). La sociología llama a esta cohesión de relaciones intersubjetivas como sociedad. Mientras, por otra parte, la ciencia política en su versión tradicional se preocupa tanto de diferenciar la política de la sociedad que ha llegado a separar a ambas en sus análisis. La consecuencia de esto es la falta de interés de mainstream politológico comparativista para incluir en sus investigaciones a quienes integran a la sociedad como sujetos potenciales de politización, no únicamente los partidos y las instituciones formales.

Por ello, el concepto de sociedad no debe ser confundido con el de Estado, porque el primero refiere al conjunto de relaciones cohesionadas a través de intereses grupales, mientras, el segundo indica el proceso de disputa que tienen los sujetos para hacer que ese conjunto de relaciones cohesionadas derive en una unidad con objetivo de garantizar el bien común, al igual que la constitución política de quienes integran dicha unidad. Por lo tanto, hablar de sociedad en términos conceptuales, es analizar la base sobre la que se cimenta el Estado, pero también la fuente de donde surge la voluntad colectiva y los procesos de politización.

De ahí, la dimensión que se analiza es la relación entre la esfera de la política y la sociedad como aquella en donde los sujetos se organizan y comienzan a luchar por su propia autonomía, a partir del ejercicio de su ciudadanía. Esto significa que los sujetos, por un lado, se proyectan como portadores de derechos otorgados por la dimensión jurídica estatal e institucional. Así como, por otra parte, los ciudadanos en esta luchan por tratar de ejercer estos derechos y constituirse de manera subjetiva en los espacios públicos.

En la teoría política, a este tipo de sociedad se le denomina sociedad civil, porque es, precisamente, aquella que refiere a la autolimitación de quienes asumen su condición de ciudadanía. La autolimitación que surge del mismo ciudadano para ejercer tanto derechos como obligaciones es, una manera de comprender desde el horizonte teórico liberal, la idea que los individuos entran en conciencia en términos subjetivos de lo público mediante la interacción de la esfera social con la económica y la estatal (Cohen y Arato, 2005). Hay que explicar, el horizonte liberal en el campo de la teoría tiene una naturaleza profundamente normativa que se enfoca en analizar el deber ser y los principios que regulan la vida social de forma institucional (Glaser, 2017).

Para el pensamiento moderno liberal, el Estado, por ejemplo, es la esfera en donde se hace la política, sin considerar los posibles márgenes e intersticios que se producen en las disputas por el poder político. Márgenes que se convierten también en espacios de experiencias de hacer política y entender lo público con base en subjetividades que no nacen del ejercicio de los derechos civiles, sino de su ausencia. Precisamente, el pensamiento latinoamericano y su debate con el marxismo, la sociedad civil no es igual a ciudadanía o al ejercicio preconcebido de derechos, porque la experiencia histórica de la región muestra que la conciencia del sujeto sobre lo público se encuentra obstaculizada por una serie de relaciones de dominación que colocan a este en una condición subalterna y en una posición marginal en la construcción del Estado.

En este sentido, la experiencia latinoamericana proyecta una sociedad civil que no es liberal. Por lo menos, como se piensa en el horizonte de la discusión de la teoría política. No es liberal, debido a que su autoorganización ha nacido de los márgenes estatales y no de los centros civiles de un ejercicio pleno jurídico. De ahí, es importante mencionar

que la sociedad latinoamericana se conforma por un conjunto de experiencias autorganizativas que antes de ser la fuente del Estado, son las bases sociales de las luchas para disputar el poder político. En ese sentido, la sociedad civil es esa sociedad organizada y en donde se siembran las formas de hacer política del sujeto como enseña Antonio Gramsci (1980).

Además, la sociedad civil es la manifestación de sujetos subordinados y marginados en las periferias de países latinoamericanos en la expansión del sistema mundo capitalista y colonial. La sociedad civil se conforma tanto por clases, grupos y diversos sujetos históricamente dominados como también aquellos que fueron subalternizados con la entrada del neoliberalismo y la forma transnacional del Estado. Gramsci (1980) aportó que la idea que la subalternidad ocurre en toda la sociedad no es un fenómeno exclusivo de las clases dominadas, porque la recomposición de poder y lucha de clases trae como consecuencia que quienes han tenido posiciones de privilegio en las jerarquías políticas y sociales, muchas veces sean desplazados de ellas.

Muestra de ello, precisamente, es que los grupos sociales con prebendas recibidas directamente por el desarrollo de empresas nacionales, en la segunda mitad del siglo XX, quedaron marginados por la expansión del capital transnacional. En lenguaje marxista, se podría mencionar que la burguesía nacional se subalternizó frente al capital internacional y sus dinámicas. En estos tiempos, la hegemonía no escapa de las dinámicas, ritmos y lógicas del capital transnacional. Por supuesto, también los de abajo cuando asumen cargos de ejercicio de poder político dejan de ser subalternos en momentos determinados y se proyectan como reproductores de la dominación al asumir posiciones superiores a la que tenían.

Por lo tanto, la forma transnacional profundizó las contradicciones y antagonismos entre las clases sociales, grupos culturales y poblaciones étnico-raciales en América Latina. Clases sociales (Bagú, 1977, 2008) que hoy siguen su trayectoria a partir de las contradicciones producidas entre quienes integran el centro y aquellos que han sido obligados a desplazarse a las periferia urbanas y locales y regionales por la violencia, conflictos armados y los procesos de despojo (Wallerstein, 2005). No es la lucha de clases expresada en los centros de fabricación, sino en los de circulación y especulación del capital.

Las fronteras de clase, no nada más se han desdibujado, si no también se mueven constantemente de una posición a otra, porque la explotación se ha extendido a los diversos ámbitos sociales y económicos, pero también, se ha dado la autoexplotación en donde los individuos luchan por ser explotados, debido a la falta de oportunidades laborales en los países. El capitalismo a llegado a tal punto que la fábrica ya no es un espacio necesario para su reproducción, porque dicho espacio se ha multiplicado y diversificado en cada rincón de las sociedades, cuyo rasgo distintivo es la generación de condiciones precarias que obligan al individuo a pensar a la autoexplotación como un logro para este.

El individuo bajo esta lógica tiene muchas veces que invertir y pagar por ser explotado en los mercados laborales actuales. Lo que ha llevado a los individuos a fragmentarse todavía más frente a la sociedad y a que estos tengan una conciencia que los lleva más a pensar a la sociedad civil desde la privatización de lo público. Este último es un proceso que ha dado, a partir de la masiva gentrificación de las ciudades y espacios urbanos. En América Latina, la privatización neoliberal se ha articulado con las relaciones históricas de dominación acumuladas que ha hecho mucho más potente y fácil la transmisión del capitalismo en los Estados y sociedades.

De ahí, es importante mencionar que una parte de la población latinoamericana tiene una conciencia sobre su papel como integrante de la sociedad civil desde un horizonte de la privatización. Pese a la existencia de la dicotomía entre lo público y lo privado. Dicotomía que es una pieza fundamental de las dinámicas y contradicciones de la sociedad civil. En la actualidad, la dimensión privada de esfera civil es la que tiende a definir a la sociedad. Como muestra la ciencia política contemporánea (Bobbio, 2009), la fuente y fin de la sociedad civil es preservar lo público como ese espacio que permite lo común entre los ciudadanos, cuyas diferencias y diversidades de estos convergen para el desarrollo del Estado. El problema de esto en los tiempos trasnacionales, entonces, es que la sociedad civil también se ha privatizado, en su mayoría, en donde lo público se ha subalternizado frente a la expansión del capital.

Aunque también, es importante explicar que hay otros tantos lugares desde donde la sociedad civil se intenta reconstruir bajo la idea que la dicotomía de lo público y privado debe ser superada por lo comunitario.

Lo comunitario, entendido en este caso, como la forma que adquieren las relaciones sociales con base en la idea que la fuente de la cohesión es el núcleo familiar y la conciencia colectiva de quienes integran y comparten un espacio, economía y politización común.

No es una comunidad individualizada y disfrazada de forma ilusorias como las modernas capitalistas, sino es una que tiene una conciencia, cuyo principio es la reproducción de lazos colectivos para asegurar la condición de vida de sus integrantes (García-Linera, 2009). Lo comunitario también se caracteriza porque en esta forma la construcción de la vida común se sostiene en una base material orientada a la preservación de los lazos y la cohesión colectiva. No de aquellos intereses individuales definido por el valor de cambio (capitalista) de los integrantes de la comunidad (Marx, 2011). Pese a la dominación colonial en la región latinoamericana, las formas comunitarias han sobrevivido en territorios locales y regionales a través de diversas experiencias de resistencia y lucha social que han transmitido, de una u otra manera, la forma comunitaria a la organización del sujeto en la esfera de la sociedad civil.

A esto, hay que agregar la condición subalterna que históricamente han tenido estas experiencias comunitarias, incluso dentro de la misma sociedad civil. Es importante señalar, esta condición es resultado de la acumulación de formas de dominación e imposición de las diversas relaciones de poder a lo largo de siglos. Todas estas articuladas mediante las instituciones y sistemas políticos que surgieron de la dominación colonial, la expansión capitalista y la imposición de los modelos eurocéntrico-occidentales de la modernidad y el cristianismo (Gruzinski, 2021). Por lo que hablar de subalternidad en este sentido, no se limita a la posición que ocupa el dominado en las relaciones de poder, ni tampoco se reduce a la experiencia que tiene el sujeto como subordinado para articular su identidad de clase u otras, a partir de dichas relaciones de poder (Thompson, 1989, 2002).

Las subalternidades en las geografías latinoamericanas, por lo tanto, son experiencias que surgen de los márgenes colectivos y comunitarios de la relación centro-periferia, pero también en dichas subalternidades hay proyecciones políticas plurales de sujetos que no nada más buscan ser escuchados y que sus enunciaciones sean valoradas frente al poder,

sino también intervenir en la transformación de las relaciones que conforman la sociedad y el Estado. No significa que los subalternos no deban de ser escuchados o reconocidos desde su lugar de enunciación, ya como lo han planteado los académicos de Estudios Subalternos (Das, 1997; Guha, 1997a, 1997b; Guha, 2002; Spivak, 2009).

Por el contrario, la idea de subalternidad pensada en una dimensión política y de la esfera de la sociedad civil conduce a entender que la voz y enunciación de los de abajo adquiere su sentido de transformación en el momento que estos asumen su subjetividad y deciden movilizarse desde los márgenes de una ciudadanía que frente a otras no tiene las mismas condiciones de ser ejercida. Hay diferencias entre la sociedad civil de los países que integran los centros de decisiones y poder en la expansión capitalista y, aquella que se ha tratado de organizar en las naciones ubicadas en la periferia del sistema-mundo.

La primera se ha formado, a partir de una trayectoria histórica en donde los derechos y principios liberales han funcionado y creado las condiciones del mínimo de ejercicio de derechos. Mientras, la segunda todavía enfrenta la acumulación de agravios a lo largo de la historia que ha impedido una relación entre gobernantes y gobernados emancipada de las relaciones de dominación sexistas, clasistas, de persistencia colonial y racistas. Por eso, no es lo mismo pensar a la sociedad civil desde los lugares centrales de la expansión capitalista y la dominación que a partir de los subsuelos, periferias y aquellos intersticios que parecen grumos del sistema-mundo.

Además, la sociedad civil en América Latina al ser plural y compuesta por sujetos que luchan por su autonomía frente al Estado, tiende a expresar la autoorganización colectiva y comunitaria a partir de los subsuelos, como respuesta a la forma transnacional del capital. Autoorganización que se ha manifestado a través de experiencias comunitarias y luchas colectivas, así como de las bases sociales que sustentan a estas. Ejemplo de ello, es la idea de autogobierno que se práctica en distintos territorios indígenas, afrodescendientes y espacios populares urbanos en la periferia de países como Colombia, México, Argentina, Ecuador, Brasil, entre otros casos.

Finalmente, la sociedad civil subalterna y periférica es una categoría que ayuda a explicar esta parte de la ciudadanía que se proyecta políticamente y es la base de los movimientos sociales latinoamericanos, pero también surge de procesos colectivos y comunitarios que no son propiamente originarios de la misma sociedad civil. Por supuesto, la sociedad civil tiene sus contradicciones, agonismos, conflictos y tensiones internas, al igual que la cohesión de esta es todavía un horizonte en construcción al ser tan plural. También esta sociedad subalternizada por el capital trasnacional es una respuesta a la reducción de lo público en la expansión capitalista.

Respuesta que —paradójicamente— nace de los lugares comunitarios que no tienen una naturaleza política moderna. Ni tampoco, la ciudadanía en condiciones subalternas en la región es desarrollada en entramados colectivos en donde el liberalismo fue un proyecto que tuvo un éxito importante en las instituciones garantes de derechos, tal como sucedió en el norte de Europa o en países de la Asia oriental. En contraste, la sociedad civil subalterna y periférica latinoamericana es un proyecto que se expresa a través de movimientos sociales y bases comunitarias, cuyos integrantes de dichos movimientos y bases enfrentan sus pasados de siguen vigentes como obstáculos de su presente y futuro.

Pero también, estos sujetos luchan contra la emergencia de nuevas formas de dominación que amenazan incluso la estructura de la sociedad en general como es la Inteligencia Artificial que, por cierto, será la siguiente categoría de análisis a explicar en este libro. La sociedad civil, por lo tanto, es esa parte de la esfera social que busca su politización mediante experiencias de autoorganización. Dicha sociedad, se define en la historia misma de los hombres que han tratado de generar vínculos de cohesión para construir espacios comunes en contextos de la expansión capitalista. La concientización de estos sobre la importancia de construir espacios públicos en la actualidad ha llegado a ser una forma de resistir la privatización del capital. Razón que lleva a pensar a la sociedad civil como producto de la historia de los sujetos que luchan por superar su condición de dominación y llegar a ser ciudadanos.

3.4. Orden en la era de la Inteligencia Artificial

Orden político en la era de la Inteligencia Artificial, es la última categoría de análisis que se propone para explicar los movimientos sociales en América Latina en la actualidad. En el contexto del siglo XXI, la Inteligencia Artificial entendida —como el conjunto de tecnologías que reproducen de manera eficiente las capacidades y habilidades humanas (Caiafa y Lew, 2020)— ha pasado de ser una herramienta innovadora en las sociedades a un componente fundamental usado por las potencias para definir la hegemonía mundial. En este sentido, los movimientos sociales latinoamericanos, al ser sujetos políticos, están inmersos también en la disputa por la hegemonía que se desarrolla a nivel global y enfrentan el orden causado por el despliegue tecnológico de la Inteligencia Artificial que ha llegado a cada rincón de la vida social y cultural de la humanidad.

A diferencia de Rusia, China, Corea del Sur, Japón y otras potencias que lideran internacionalmente la economía y política, los movimientos sociales intervienen en la lucha por la hegemonía desde un lugar periférico y una condición subalterna, debido a que no tienen la misma fuerza e impacto que puede llegar a tener un Estado en escala nacional o una empresa trasnacional sobre las relaciones que sostienen el orden político vigente. Además, es importante mencionar que el orden político vigente es guiado por los intereses del capitalismo (Anderson, 2018). Este tipo de capitalismo se distingue de otros expresados en la historia de la humanidad, porque su crecimiento ha dependido del desarrollo de una economía y políticas internacionales basadas en la expansión de la Inteligencia Artificial.

Por ello, esta categoría es básica para la comprensión de la geopolítica y la hegemonía a nivel mundial, tanto en el presente como en el futuro en aquellos contextos en donde se expresan una amplia pluralidad de sujetos que luchan por politizarse en las sociedades frente a un orden político resultado de la expansión capitalista actual. Esta expansión, es motivada por procesos de obtención de ganancias y generación de riqueza que han llegado al punto que ya ni siquiera requieren de la fuerza humana de trabajo, porque la tecnología ha desplazado dicha fuerza. Incluso, la sustitución de una parte importante de trabajo humano ya ha sucedido por la incorporación de aquellos dispositivos de tecnología

inteligente en la vida social. El argumento de esto, es que los dispositivos y aplicaciones llegan a veces a ser más efectiva que la mente humana para algunas de las tareas específicas como la vigilancia, la atención al cliente y otras que normalmente estaban a cargo de hombres y mujeres.

En este momento de expansión del capitalismo, el despojo y la explotación se encuentran ambos guiados por la generación de materiales, recursos y medios que faciliten el desarrollo del mercado farmacéutico, pero también la gran industria de la Inteligencia Artificial que hoy comienza a definir eso que llamó Carl Schmitt (2005): *nomos*. El *nomos* es el que ordena, organiza, distribuye y define en términos jurídicos e institucionales la tierra y los territorios en los que se disputa el poder de los Estados y la economía global²³. El orden político, jurídico y económico cada vez más depende de la misma Inteligencia Artificial. Esta última es la que define el nuevo *nomos* que se expresa en las tecnologías virtuales, electrónicas y aquellas que funcionen mediante algoritmos avanzados.

Hay que mencionar, el *nomos* o la idea de un ordenamiento jurídico-político ha cambiado en función de la expansión económica, conquistas e intereses de las potencias políticas, grupos de poder e instituciones a escala global y en la historia de la humanidad. En esta lógica, quienes lideran e integran la esfera de las decisiones a nivel mundial han intentado adueñarse de los recursos que se encuentran en la tierra, el mar, el cielo y el fuego para sus propios intereses. El dominio de estos cuatro elementos era básicamente lo que motivaba la disputa económica y política global.

Por lo menos, esto fue hasta la II Guerra Mundial, época que se caracterizó en términos de ordenamiento, porque las potencias y grupos de poder político acordaron en estos tiempos la distribución, manejo y apropiación de las tierras, las formas y los mares, al igual que las partes del cielo que correspondían a cada país participante en la guerra. Pero

²³ Carl Schmitt (2005) explica que la palabra *nomos* tiene un origen griego que significa orden (ordenamiento). Es un vocablo que deriva de *nemein*, cuya traducción próxima puede ser apropiarse o coger. Dicho término coincide con el alemán *nehmen* que se entiende como “tomar” o “coger”. Por lo tanto, *nomos* se asocia al ordenamiento, propiedad, organización y distribución jurídica-política de la tierra e incluso en términos generales de los territorios en el planeta Tierra.

también, después de la segunda mitad del siglo XX, se desencadenó mundialmente, en especial por el lado de aquellos países como Rusia (en ese entonces la Unión Soviética), Estados Unidos e Inglaterra, el interés importante para producir tecnologías orientadas a la comunicación, espionaje y redes de control de información y conocimiento.

Dicho interés derivó en la creación de redes y canales masivos de Internet. El Internet, por ejemplo, surgió como una red masiva de ordenadores y comunicación con fines militares en los sesenta, cuyo desarrollo se articuló con los algoritmos y avances tecnológicos de grandes empresas dedicadas a la computación y dispositivos afines al manejo de datos mediante algoritmos y operaciones matemáticas a velocidades que el ser humano no ha podido igualar. Este tipo de operaciones y algoritmos tienen sus antecedentes en pesquisas dedicadas a la creación de neuronas artificiales en los cuarenta, así como en los programas enfocados a la solución de problemas matemáticos de manera eficiente en la segunda mitad del siglo XX (Rodríguez, 2024).

Con la entrada del neoliberalismo a regiones como Latinoamérica, entre la década de los ochenta y los noventa, la expansión de las redes virtuales y electrónicas facilitaron el desarrollo formal de las tecnologías emuladoras de la mente humana. A tal grado que estas tecnologías en el siglo XXI, se convirtieron en una de las piezas estratégicas para la creación del orden político que—después de la pandemia del covid-19 se comenzaría a definir a partir de la Inteligencia Artificial. Orden que adquirió una importante legitimación por parte de la humanidad al enfrentar este tipo de pandemia de virus, porque mostró que la Inteligencia Artificial podía ser una alternativa para la interacción social, sin arriesgar la vida de los participantes en dicha interacción.

Por supuesto, los países latinoamericanos —como otros periféricos a nivel mundial— enfrentaron esta situación en condiciones desiguales, injustas y marginales a comparación de las potencias capitalistas que tenían mejores posibilidades socioeconómicas para ello. Además, las empresas farmacéuticas se articularon con las tecnológicas orientadas a dispositivos inteligentes para obtener grandes beneficios y ganancias, así como posicionarse con una posición de importante ventaja en el mercado capitalista mundial (Santos, 2021; Ávila 2021c). Después de la pandemia, la IA, se posicionó como ese conjunto de tecnologías imprescindibles

para el ser humano, en especial, porque dichas tecnologías mostraron su capacidad para ser utilizadas por quienes integran las sociedades en contra de las futuras amenazas biológicas, tal como sucedió en años anteriores.

En este sentido, Mark Coeckelbergh (2024), especialista en filosofía política y en temas tecnológicos, plantea que las sociedades en el mundo cada vez más ceden terreno político a la Inteligencia Artificial (IA). La visión de este autor ayuda a comprender que el desarrollo de este tipo de tecnología en el capitalismo se acerca más a una distopía que propiamente a un futuro utópico y humanista. Coeckelbergh (2024), argumenta que la Inteligencia Artificial al ser usada para dar soluciones a problemas políticos, al mismo tiempo ha traído como consecuencia el inicio de un proceso de despojo de la capacidad de empoderamiento del hombre sobre su propio destino, al igual que la subordinación de la voluntad del sujeto a la lógica de las máquinas.

Es un proceso que se visualizaba de manera lejana o inclusive se imaginaba únicamente en la ciencia ficción, pero hoy es una realidad que enfrenta el ser humano en términos políticos y sociales. Para este filósofo, el despojo que hace la Inteligencia Artificial sobre las esferas de la política y el poder que corresponden a la naturaleza humana, es un proceso que el mismo hombre ha permitido y hasta impulsado, cuya tendencia de este es cada vez más cercano a ser totalitario, tecnocrático y, en gran medida, deshumanizante, por solo mencionar algunos de los aspectos principales.

La mirada de este autor coincide con la concepción que se tiene en este apartado con respecto a identificar a la Inteligencia Artificial como un problema de orden político en contextos de expansión capitalista y, no como un fenómeno limitado al avance tecnológico. Por ello, hay tres rasgos que se consideran fundamentales para explicar la forma en que se expresa el orden político en la era de la Inteligencia Artificial: el primero, consiste en la emergencia de una tecnocracia de los datos, plataformas y algoritmos, cuyo principio es la ineficiencia del ser humano para decidir sobre el bien común y ciudadano; el segundo de estos elementos, es la transición hacia un poshumanismo, y; el tercero de los rasgos, es el totalitarismo de las grandes corporaciones dueñas de conocimiento y manejo de los medios de desarrollo, creación y

producción de IA Elementos que deben ser pensados como un punto de partida para explicar la nueva era a la que se enfrentan los movimientos sociales en la expansión del capitalismo.

El primero de estas características —como ya se mencionó— es el surgimiento de la “tecnocracia”²⁴ o el régimen político de la Inteligencia Artificial que se distingue de otras formas de ejercicio de poder, porque en esta hay un desplazamiento del hombre en la esfera de la toma de decisiones en sus sociedades para ser sustituida por la lógica, operaciones, aplicaciones y algoritmos de computadores que cada vez emulan o son más parecidos al razonamiento humano. Ejemplo de ello, son los *nudges* (palabra en inglés que puede ser traducida como empujón) o empujones que orientan las decisiones y comportamiento de las personas hacia soluciones más racionales y a favor de su bienestar público y social (Capdeferro, 2022; Ramos, 2023).

Los *nudges*, aunque han sido usados en la orientación de decisiones en diversos ámbitos de la vida social, son aplicaciones y herramientas tecnológicas principalmente hechas para intervenir en las elecciones democráticas de los ciudadanos en los contextos donde hay una alta participación de dicha ciudadanía. Este tipo de herramientas en un principio fueron creadas con la idea de responder a la solución de la falta de información que llegan a tener la mayoría de los ciudadanos sobre los asuntos públicos (Capdeferro, 2022; Ramos, 2023). Por falta de información, se entiende en este caso que la tendencia ciudadana a la participación pública no implica necesariamente el manejo profundo de datos.

Incluso, la tendencia del ejercicio de una cultura ciudadana activa en países europeos o en aquellos en donde los sistemas democráticos y las instituciones públicas han tenido mayor éxito, no han derivado realmente en una participación política respaldada totalmente por fundamentos científicos y el estudio de datos. De ahí que aplicaciones del tipo de los *nudges* son vistas por los gobiernos como herramientas que ayudan a que la ciudadanía no se equivoque en los *referéndums*,

²⁴ En términos etimológicos la palabra proviene del latín: *técne* o *ékhnē* que refiere al arte, técnica o forma de hacer algo y *kratos*, cuyo significado indica poder y mandato gubernamental (gobierno).

encuestas o hasta en la elección de quienes ocupan los cargos públicos y representativos. Sin embargo, dichas herramientas han evolucionado y han tenido variantes como ha sido el caso de los bots (abreviación del inglés de la palabra robots en términos informáticos).

Los bots bajo esta lógica, son una especie de aplicación proveniente de un software automatizado por el mismo ser humano que realiza tareas repetitivas en una red. Estos en las campañas electorales son usados de manera recurrente por los candidatos para influir en la percepción y voto ciudadano. En América Latina, se han registrado situaciones como los peñabots que fueron usados por el expresidente Enrique Peña Nieto para influir en las decisiones ciudadanas y lógica de esta en las votaciones de México en el 2012. Esta automatización de redes finalmente es peligrosa, porque su utilización desmedida provoca la sustitución de la opinión y decisión ciudadana de forma antidemocrática.

En la actualidad, los bots y nudges se utilizan de manera articulada y complementaria tanto por quienes hacen marketing político como por los funcionarios y aquellos que ocupan algún tipo de cargo gubernamental. Con el objetivo de controlar las redes y manejar las tendencias de voto ciudadano. Pero en los últimos años, se ha visto que este tipo de aplicaciones se acercan o llegan por sí mismas a calcular las posibilidades y a predecir a los ganadores en las contiendas electorales, sin la intervención humana. Esto se hace posible a partir de fórmulas y algoritmos que el hombre creó, pero que hoy ya no son controlados por este, sino por máquinas que si siguen su desarrollo pueden llegar a ser un tipo de sintoides. Es importante mencionar, los sintoides son un tipo de máquina con rasgos de Inteligencia Artificial que han sido pensados en los comics y la ciencia ficción en general.

La *tecné* en este caso, es un término que adquiere otro significado distinto al aristotélico, porque no es asociado al arte de hacer política de manera racional y lógica a favor de la humanidad (Aristóteles, 2011), sino a una visión más cercana a comprender la técnica desde una lógica mecanicista de las relaciones entre gobernantes y gobernados que destaca la parte material de la relación entre gobernantes y gobernados por encima de la esfera ética y el bien de la comunidad. La técnica deja de ser el arte y actividad humana que crea la política para convertirse

en aquella que apropia de dicha condición. La tecnología domina el sentido de la comunidad humana como plantea Hannah Arendt (2009), pensadora crítica de este tipo de procesos.

Muestra de ello, es el número de crecimiento de empresas trasnacionales dedicadas a la tecnología avanzada y enfocada a la inteligencia artificial o afines a esta. Estas empresas son lideradas por personajes como Elon Musk (Tesla), Jeff Bezos (Amazon), Mark Zuckerberg (Meta) y Larry Ellison (Oracle), quienes se han beneficiado no nada más de la producción de la industrial relacionada con la inteligencia artificial, si no también han usado a esta última para posicionarse como innovadores en la economía y el mercado. Esta posición de innovadores y de dueños de gran parte de las empresas más rentables en la actualidad, ha hecho que Elon Musk, entre otros empresarios, se han integrados al gabinete de Donald Trump, presidente de Estados Unidos (Delle, 2025). Trump, por cierto, es uno de los presidentes que tienen políticas conservadoras que privilegian los líderes económicos en el sector dedicado a la IA. Aquí el hombre ya no es visualizado como el único sujeto capaz de hacer política, sino se piensa como uno que ha fallado al no lograr construir gobiernos justos e igualitarios, al igual que tiendan a la democratización de las sociedades. Por lo tanto, la tecné, desde la lógica de la Inteligencia Artificial, no deriva en el mandato del hombre, sino en uno en donde la máquina evolucione a un pensamiento propio, cuya capacidad de dirigir, normativizar y definir las decisiones se encuentra a cargo de esta. Por ejemplo, en ciudades como Tokio, en los últimos años, ya existen máquinas con Inteligencia Artificial que realizan trabajos y resuelven problemas cotidianos relacionados con servicios, ventas y profesiones en el campo educativo y de salud.

Esta idea conduce al segundo aspecto del análisis, la transición hacia un poshumanismo como resultado del orden de la Inteligencia Artificial. El poshumanismo es una corriente que parte del principio que el hombre no es el único con el status moral y ético para mandar sobre los problemas que incumben al planeta Tierra (Herazo-Bustos, 2015). Dicha corriente identifica que los seres humanos al organizar sus sociedades, economía y esfera política han hecho actos colonizadores sobre la naturaleza en general. Además, la lógica humana se ha basado en un antropocentrismo que no considera la posibilidad de generar

condiciones de convivencia, respeto y reconocimiento de derechos para compartir el planeta Tierra con las diversas especies animales, vegetales y elementos de los ecosistemas naturales.

Hay que mencionar, otra cuestión importante es el debate sobre el proceso contradictorio entre el hombre y la naturaleza. Proceso que consiste en que el primero vive de la segunda, al mismo tiempo que la destruye. Contradicción, por cierto, ya anunciada por el pensamiento de Carlos Marx (1979) en el siglo XIX. Esta contradicción es propia de la expansión capitalista a lo largo de la historia, así como ha incluido procesos de dominación colonial como una constante necesaria para la explotación y despojo de tierras, territorios y recursos por parte de los centros que son potencia global hacia los países periféricos y subalternizados en la lógica y dinámica del valor de intercambio.

El poshumanismo en este sentido, es una crítica a la depredación del hombre y sus sociedades, al igual que puede ser catalogada como una denuncia a la sobrexplotación y despojo del sistema-mundo capitalista y colonial en los últimos tiempos. Pero que sucede cuándo este poshumanismo, es interpretado a partir del horizonte de la Inteligencia Artificial, en donde se llega a la conclusión que el ser humano hasta la fecha ha construido una versión terriblemente negativa de sí mismo y su entorno, por lo que requiere mejoras tecnológicas y un cambio de modelo con respecto a su moral y ética que no afecte el medio ambiente (Capdeferro, 2022; Ramos, 2023; Palomino, 2023; Rodríguez, 2024). Esta situación es compleja, debido a que conduce a la idea que finalmente el ser humano no es capaz de seguir su propio desarrollo.

De ahí que el poshumanismo en estos tiempos, adquiere un significado basado en la deconstrucción humana desde la tecnología. El hombre sustituye partes de su cuerpo por prótesis para hacer más eficiente su labor e incluso sustituye funciones de su mente con buscadores y dispositivos. Muestra de ello, son los buscadores de datos Google, los chat de Inteligencia Artificial. Lo que implica que la versión humana que es aceptada, legitimada y reconocida por la inteligencia artificial es una que se subordine a la lógica de esta. Lógica que es artificial y ajena a la naturaleza humana. Por lo tanto, es de carácter colonial sobre las sociedades que las crearon. Este rasgo es quizás el que tarde más en expresarse en la relación entre sociedades, política

y tecnológica, pero al mismo tiempo, será uno de los retos más apremiantes que tendrán los movimientos sociales en el futuro. Un futuro que ya es presente.

Y el tercer aspecto, es el totalitarismo de la IA. El totalitarismo en este caso es causado por la combinación de la esfera de la política con la correspondiente a la tecnología avanzada, al mismo tiempo, hay una subordinación de la primera a la segunda. Ambas esferas en la modernidad se encuentran separadas, sin embargo, en la era de la tecnología artificial no sucede así. La razón es que la Inteligencia Artificial se convierte en la ley y la autoridad que decide sobre la forma que se debe regular la libertad y autonomía del sujeto. De esta manera, la voluntad y los derechos del sujeto, se encuentra sometida a una entidad tecnológica neutral o con pretensiones neutrales que no pueda ser corrompible, ni cede a emociones y percepciones individuales. En lugar de un Estado totalitario, la sociedad se comienza a enfrentar al orden de la Inteligencia Artificial que asume una postura omnipotente frente a lo humano.

Hannah Arendt (2006), precisamente, aporta un elemento fundamental para pensar el totalitarismo en las sociedades modernas y trazadas por intensos conflictos y violencias: la ley usada para violar derechos civiles, al igual que la libertad del hombre. Las instituciones jurídicas bajo esta lógica son utilizadas como instrumento de coerción y suspensión de libertades, con el argumento que los seres humanos no somos capaces de asumir las riendas de nuestro destino. Por lo que la política adquiere su forma totalitaria jurídica para dar estabilidad social, así sea con el sacrificio de la pluralidad ideológica, identitaria y subjetiva de los seres humanos.

Este tipo de totalitarismo ya ha comenzado su expresión en la relación entre las sociedades y el orden político en los contextos de la actualidad, porque las grandes corporaciones transnacionales se disputan el *nomos* de la Inteligencia Artificial al tratar de ser dueñas de conocimiento y manejo de los medios de desarrollo, creación y producción de este conjunto de tecnologías. Corporaciones que han crecido con la industria y el mercado de la inteligencia artificial, pero que paradójicamente en un futuro no tan lejano, también serán absorbidas por la misma lógica de deshumanización de la expansión del capitalismo. Por lo que estas

corporaciones no fomentan los principios de la libertad y autonomía del sujeto, porque restringen dichos principios con el argumento de la seguridad y la vigilancia.

En este sentido, la seguridad y la vigilancia son una respuesta a los contextos y problemas de violencia y conflictos, cuya solución desde la Inteligencia Artificial es acotar tanto las libertades del hombre como indicar a este las posibles situaciones que lo pongan en peligro. Este tipo de soluciones ya han comenzado a ser implementadas hace décadas por diversas corporaciones dedicadas a la sistematización y manejo de datos e información, al igual que aquellas dedicadas a la industria y mercado bélico. Muestra de ello, son Google, Facebook, al igual que otras tantas dedicadas al reconocimiento facial, de huella y de cámaras de vigilancia. Por cierto, los dueños de la mayoría de estas empresas tecnológicas, por lo general, se encuentran en los primeros lugares del rating de Forbes y otras publicaciones que miden este tipo de ingresos e inversiones a nivel mundial.

La implementación de medidas de seguridad y vigilancia de estas empresas, se han caracterizado por ser instrumentales y disciplinarias sobre el comportamiento de los sujetos a través del permiso mismo que otorgan, dichos sujetos, al aportar datos e información por voluntad propia a las plataformas y dispositivos electrónicos que operan con algoritmos y principios de la IA. El resultado de estas medidas de seguridad y vigilancia han derivado en un tipo de gobernanza de los datos a partir de algoritmos y plataformas que portan en teléfonos móviles y computadores los sujetos en su vida cotidiana.

Finalmente, la Inteligencia Artificial es el orden que emerge de manera totalitaria frente a la incapacidad humana de resolver los problemas fundamentales de nuestra existencia. Pero no por ello, significa que se justifique la subordinación y dependencia humana a esta. Por el contrario, el papel de los movimientos sociales, por ejemplo, es vital para hacer que la sobrevivencia humana comience a ser una preocupación cada vez más presente en las decisiones gubernamentales y la definición de las relaciones estatales. De ahí que las luchas sociales ya no nada más exigen sus derechos y respeto a su propio proceso de constitución política al Estado, sino también frente a la IA. Esta última ha llegado para ser la fuente de problemas de las sociedades a partir de

la búsqueda de soluciones. La cuestión es que el sujeto se pregunte los límites y las maneras en que debe este tipo de tecnologías existir en las sociedades humanas.

En este capítulo, el orden de la Inteligencia Artificial como otras de las categorías que son propuestas en este, deben ser entendidas como una forma de contribuir al análisis de los movimientos sociales desde un criterio epistemológico, metodológico y teórico distinto al que tradicionalmente se ha hecho para investigar dicho fenómeno. La razón de esto, por lo tanto, se debe a que la ciencia política y las ciencias sociales por lo general han definido el lenguaje conceptual de las movilizaciones sociales dentro de la acción colectiva o las organizaciones en forma partidista, sin considerar que atrás de ello también se expresa un proceso complejo de subjetivización complejo que se relaciona con dimensiones y escalas de la política y el poder más amplias que la relación entre gobernantes y gobernados.

Por ello, la categoría sujetos políticos se encuentra inmersa en cada una de las explicadas con anterioridad, al mismo tiempo que las ordena para aportar un horizonte explicativo en que la narrativa de los movimientos sociales sea guiada por el proceso de subjetividad de sus participantes. A esto, se debe agregar que el lenguaje teórico y conceptual son fundamentales en la generación de puntos de partida hipotéticos o tesis, porque mediante estos se da forma a los sujetos y al fenómeno en la narrativa investigativa.

Métodos y Técnicas de Investigación Politológica

Research Methods and Techniques in Political Science

“La ciencia política...
la definen aquellos que la practican”

—Stoker, Gerry. *Introducción a Teoría
y Métodos de la Ciencia Política*

Una de las inquietudes académicas más frecuentes en el estudio de los movimientos sociales es la selección y el uso tanto de métodos como técnicas que permitan la investigación de este tipo de sujetos y fenómenos. En este sentido, es importante recuperar la discusión sobre cuáles son los métodos y técnicas que contribuyen a la investigación politológica de los movimientos sociales en el contexto actual colombiano y latinoamericano de las ciencias sociales. En consideración que los métodos y técnicas que ayudan a investigar a dichos movimientos en la ciencia política, en su mayoría, provienen de los distintos campos de conocimiento de las ciencias sociales y humanidades.

Campos de conocimiento que han aportado a la ciencia política, la etnografía, los grupos focales, entre otras técnicas que permiten el estudio de las movilizaciones sociales como sujetos políticos que intervienen de manera activa en los fenómenos, procesos, hechos y relaciones en las que se disputa el poder estatal y la multiplicidad de rostros en los que se expresa lo público. Es importante señalar que todavía en los noventa, el análisis politológico no incluía en su marco de problemáticas aquellas relacionadas con las luchas sociales y acción colectiva, porque en el imaginario disciplinar de esa época se creía que la sociología (principalmente) se encargaba del estudio de estas.

Idea que surgió —como ya se mencionó al comienzo de este libro— con la tendencia comparativista de los ochenta para reorganizar los objetos

de estudios entre la ciencia política y la sociología. Reorganización que derivó en colocar a los partidos, instituciones y sistemas políticos como los actores principales de la esfera del poder, la democracia y el Estado para ser analizados por los politólogos. Mientras los movimientos sociales fueron ubicados en el marco sociológico, porque desde la ciencia política no eran identificados como actores o sujetos capaces de intervenir en las relaciones de poder y transformación real del orden político.

Sin embargo, dicha idea con el tiempo ha cambiado en la mente del politólogo al tener presentes casos en que la movilización social se manifiesta cada vez más como sujetos de proyección a futuro para construir alternativas de ejercicio de poder. Muestra de lo mencionado en América Latina son los zapatistas del Sureste mexicano, quienes son un caso de movimiento que han intentado construir en sus territorios su propia forma de practicar las relaciones de poder y un gobierno democrático desde su surgimiento como movimiento hasta su resistencia por la autonomía en la actualidad (Ávila, 2024). Incluso hay casos como el que representó el despliegue colectivo de los pueblos indígenas en Bolivia que condujo a la formulación de una Constitución y Estado Plurinacional con el ascenso de Evo Morales al gobierno en el año 2005, entre otros ejemplos latinoamericanos de las últimas décadas (Ávila, 2019a, 2020a).

Por esa razón, el presente capítulo tiene como objetivo explicar los métodos y técnicas que más se usan y discuten en las investigaciones politológicas sobre movilizaciones y subjetividades sociales. Técnicas que- como ya se mencionó- son aportes interdisciplinarios de otros campos de las ciencias sociales, pero que son también reapropiados por la ciencia política en términos metodológicos para el análisis de las relaciones de poder y aquellos fenómenos, procesos, sujetos y hechos en los que la lucha política y los conflictos se encuentran vitales en la realidad misma.

Por lo tanto, la argumentación de este apartado se desarrolla en los siguientes subtemas: 4.1. Diálogo interdisciplinario y metodológico con las ciencias sociales; 4.2. Método histórico: la historia como herramienta de comprensión política; 4.3. Política comparada; 4.4. Análisis del discurso, entre las metáforas y la hermenéutica; 4.5. Técnicas cualitativas: análisis documental (Técnicas etnográficas: entrevistas y

grupos focales) en los tiempos de virtualidad y de los medios electrónicos (fases, cuadros conceptuales, mapas y otros esquemas didácticos), y; 4.6. Técnicas cuantitativas: uso de estadísticas para la comparación de números de casos.

4.1. Diálogo Interdisciplinario y Metodológico con las Ciencias Sociales

El primer aspecto metodológico de cualquier investigación en el marco de las ciencias sociales (la ciencia política como parte significativa de estas) es definir los pasos que permiten elaborar explicaciones y posibles respuestas sobre los fenómenos estudiados. Pasos que también pueden ser identificados como fases o incluso hasta momentos que se llevan a cabo para cumplir el objetivo de la pesquisa. Dichos pasos reciben el nombre de método en el lenguaje académico de las ciencias sociales. No hay una única forma de elaborar explicaciones y formular preguntas de investigación, porque hay una diversidad de métodos (Galeano, 2018).

En este sentido, la ciencia política es ejemplo de la pluralidad mencionada, porque sus métodos van desde el histórico-descriptivo e interpretativo hasta el comparado. Métodos que por cierto han sido abrevados de las ciencias sociales y humanas. Aunque en el siglo XX ha existido un importante esfuerzo de autonomizar la ciencia política de otras disciplinas sociales y humanas que contribuyeron en épocas anteriores a que naciera dicha ciencia. Autonomía que no debe ser confundida con la noción de independencia o separación absoluta de las ciencias sociales. La autonomía de cada disciplina se encuentra en la capacidad que tienen quienes la practican para decidir sobre sus propios debates, rumbo, límites y alcances de esta.

Muestra de lo mencionado es el caso de la ciencia política, porque en esta se ha creado y producido conocimientos entre los márgenes disciplinarios y con sus respectivos diálogos interdisciplinarios a partir del estudio de fenómenos y sujetos como han sido los movimientos sociales en América Latina. Precisamente, los movimientos sociales en la región han sido sujetos que más de una vez han sido catalogados —como un tipo de fenómeno que no debiesen ser parte del objeto de la ciencia política— por presentar muchos rasgos subjetivos y, otros que

difícilmente pueden ser registrados por indicadores institucionalizados que permitan una visión objetiva de estos. Es importante señalar que en el *mainstream* científico la objetividad es la que impera en los criterios de decisión sobre lo que se debe o no analizar en el marco de la ciencia y tecnología a nivel global.

Por ello, hay que explicar que la científicidad en disciplinas como la ciencia política —también identificada como politología (Prélot, 1964; Sartori, 2015; Duque, 2020)— se encuentra en la rigurosidad, sistematización y estudio metodológico de los sujetos, procesos, relaciones y hechos que integran los fenómenos políticos y en los que se expresa el poder (Stoker, 2017). Cuestión que permite pensar que la política como el resto de las ciencias sociales adquiere su científicidad a partir de la rigurosidad con la que se apliquen los métodos. Métodos que —como ya se ha mencionado en el caso politológico— se caracterizan por su pluralidad, debido a que estos posibilitan la creación y producción de conocimientos políticos a partir de distintas rutas que permitan al investigador formular preguntas, explicaciones y respuestas sobre lo que este estudia.

En este caso, la rigurosidad no se opone a la diversidad de métodos —como sucedería con las ciencias naturales y los campos de conocimiento tecnológicos que tienen la tendencia a llegar a sus saberes por medio de un único método que es usado—, porque ha logrado superar a otros que han antecedido a este. En las ciencias naturales, por ejemplo, los resultados obtenidos con una lógica positivista es el criterio que define si una pesquisa es o no válida en términos metodológicos. En contraste con la ciencia política y las ciencias sociales, cuya rigurosidad se rastrea no necesariamente en los resultados, sino en la potencia, capacidad y efectividad que tienen para explicar la politización y movimiento de los sujetos en las sociedades actuales.

De ahí que el conocimiento sobre y de lo político (como de lo social) es contingente, así como se transforma constantemente en el tiempo y en el espacio a través de las relaciones que se expresan entre los sujetos en la sociedad y el Estado. Razón por la que la rigurosidad en términos politológicos se asocia más al proceso que asume el mismo investigador para tratar de explicar la causa, impactos y consecuencias del fenómeno estudiado que solo limitar su análisis a la evidencia o comprobación de

resultados. La pluralidad de estos procesos es lo que hace posible que el estudio de la política adquiera un sentido académico lo más próximo a una científicidad. Procesos que involucran debates sobre los métodos, técnicas y formas de teorizar a los sujetos políticos y sus relaciones con la sociedad y el Estado (Sartori, 2015; Stoker, 2017; Andrade, 2021; Pasquino, 2021).

Por ello, las discusiones actuales en el campo politológico se expresan en dos posturas metodológicas para indagar a los movimientos sociales: la primera posición es una basada en la idea que la metodología comparada (más adelante en el texto será profundizado el método comparado) puede ser aplicada con el objetivo de indagar a dichos movimientos en función de criterios de cuantificación y medición. Es importante explicar que la metodología comparada- en las últimas décadas- ha sido asumida por una gran parte del gremio politológico como la portadora de la posibilidad de definir las coordenadas de científicidad en la disciplina (Sartori, 2015; Barrientos, 2020; Giraudy, Moncada y Snyder, 2021).

En esta postura se enfatiza la idea de definir los problemas de la pesquisa como objeto de estudio, sin necesariamente hacer explícito al sujeto que se analiza en la parte metodológica de dicha pesquisa. El argumento de la política comparada consiste en que la idea de objeto de estudio busca tratar de evitar o reducir el grado de subjetividad de la investigación sobre las relaciones de poder y la política.

Pretensión que como se expondrá más adelante en este apartado, es compleja porque en la ciencia política el sujeto o los sujetos como en las distintas disciplinas o campo sociales continuamente están presentes en los fenómenos de análisis. El sujeto es el núcleo del fenómeno estudiado. En especial, si se piensa en casos como el de los movimientos sociales que son fenómenos, cuyo rasgo principal es la acción, el dinamismo y la constante transformación guiada por quienes los conforman. Este tipo de fenómenos obligan al investigador a ampliar la mirada de la científicidad al análisis de la subjetividad que corresponde a generar explicaciones sobre el movimiento mismo del sujeto estudiado. Idea que ha sido discutida continuamente en la sociología y en el pensamiento latinoamericano, así como se ha convertido en una de las lecciones que estas disciplinas han dado a la ciencia política (Fals Borda, 1987; Bourdieu 2013).

Frente a esta discusión sobre la cientificidad del estudio de la política, Fernando Barrientos (2013) hace la propuesta de caracterizar a dicha cientificidad a partir de dos tendencias: la línea dura (*hardliner*) y la línea suave (*softliner*). La primera reivindica el uso de métodos cuantitativos, econométricos y estadísticos y; la segunda privilegia el análisis histórico, descriptivo y cualitativo de las relaciones políticas y de poder. Este autor se inclina por la idea que la línea dura es la que se orienta más a la cientificidad, porque la política comparada es más proclive al uso de estadísticas y a la medición de fenómenos, así como intenta evitar quedar atrapada en la percepción del sujeto, por lo que insiste en transformar a este en objeto.

Sin embargo, Barrientos no descarta tampoco la posibilidad con relación a la idea que la línea suave más orientada a la filosofía y teoría política también desarrolle investigaciones de carácter científico, debido a que este un subcampo de la disciplina se encarga de estudiar los fundamentos epistemológicos politológicos. Por lo tanto, aporta la base de la metodología y la teorización científica. Por ello, este autor propone que la cientificidad de la disciplina se encuentra en constante interacción y discusión metodológica entre ambas líneas.

De ahí que Barrientos comprende a la cientificidad de la disciplina como un proceso interno, fragmentario y heterogéneo, cuyo rasgo es la diversidad de posturas teóricas y la búsqueda de autonomía de dicha disciplina frente a otras ciencias sociales. Según el politólogo mexicano, este aspecto es el indicador más significativo de que la ciencia política cada vez avanza más a su cientificidad.

Precisamente en esta discusión, se plantea la cuestión sobre la cientificidad de la ciencia política que se encuentra también presente en la segunda forma de comprender el estudio de los movimientos sociales. Esta última se encuentra más orientada a la interdisciplina o ubicada en la *softliner* como diría Barrientos (2013). En esta postura se propone una forma de investigar a partir de la articulación de la ciencia política con las ciencias sociales de manera más deliberada y consciente de atravesar las fronteras disciplinarias, cuya lógica es una transversal e interdisciplinaria entre las teorías, métodos y las distintas técnicas aportadas por los diversos campos que conforman a estas disciplinas y sus correspondientes campos de conocimientos (Braudel, 1992; González Casanova, 2009).

La interdisciplina es una idea que sirve de estrategia para colocar en diálogo los diversos campos de conocimiento que estudian lo social y lo humano, sin que en este proceso necesariamente las fronteras entre estos desaparezcan por completo. Más bien, hay una apertura al diálogo de manera holística, efectiva y necesaria en las ciencias sociales como respuesta a la complejidad de los fenómenos en las realidades actuales del sistema mundo capital y colonial en el que se insertan los sujetos y objetos estudiados (Wallerstein, 2000). Un sistema que, por cierto, se expande contantemente mediante la crisis y reorganización de estructuras, relaciones y procesos en los que se insertan precisamente los movimientos sociales. Aspecto que ya fue profundizado en otro capítulo en este libro.

En esta lógica hay que tener claro que la relación entre campos de conocimiento no debe significar la renuncia a la discusión hacia dentro de cada uno de ellos, ni tampoco la pérdida de su autonomía en términos fronterizos. Por el contrario, pensar de manera interdisciplinaria casos como el correspondiente a la ciencia política, significa una oportunidad de explicar fenómenos como los movimientos sociales con base en herramientas y elementos conceptuales que antes no se habían incluido en el lenguaje de las pesquisas politológicas. La flexibilidad y el criterio sobre que tanto se abren o limitan las fronteras politológicas para estudiar a los movimientos sociales y otros fenómenos dependen de las necesidades de quien realiza la investigación y no de un deber ser disciplinario.

Razón por la que la identidad politológica no se encuentra en función de un único método, sujeto, objeto o técnica, sino de la pluralidad de discusiones y experiencias investigativas que explican las múltiples manifestaciones de las relaciones de poder, al igual que en los procesos de politización de los individuos y colectividades en las diversas esferas de las sociedades y dimensiones del Estado. En este sentido, la propuesta metodológica es orientada por un enfoque politológico basado en un diálogo interdisciplinario que usa herramientas y técnicas provenientes principalmente de la sociología, la antropología, la historia y la filosofía.

Un diálogo interdisciplinario en el que la cultura, las causas y trayectorias históricas, al igual que las ideas de sus participantes y otros aspectos subjetivos son partes fundamentales en la generación de explicaciones

capaces de enunciar las razones por las que los sujetos sociales se politizan mediante la organización y despliegue de acciones colectivas. Acciones y formas de politización colectivas que pueden derivar en una respuesta de subversión y cuestionamiento del orden autoritario como ha sucedido en la historia de los países latinoamericanos.

Por un lado, es importante señalar que los fenómenos analizados como es el caso de los movimientos sociales son concebidos en términos de la discusión metodológica y politológica en un nivel filosófico, pero también en uno histórico-concreto. Niveles que refieren a la diversa manifestación de aquellos procesos, hechos y relaciones en las sociedades, cuyos protagonistas son los múltiples sujetos en movimiento, conflicto, tensión, disputa y contradicción entre los centros y periferias de la esfera política y el poder. Por lo tanto, los movimientos sociales al ser también sujetos políticos son fenómenos que se expresan de manera dinámica, contradictoria y dialéctica entre los márgenes e instituciones del Estado, al igual que en las diversas dimensiones colectivas y públicas en lo social y lo humano.

Mientras, por otra parte, el investigador que asume la tarea de estudiar a los movimientos sociales en términos politológicos debe tener claro que dichos movimientos son fenómenos que se encuentran conformados y motivados por sujetos. Cuestión que motiva a pensar que los movimientos sociales requieren ser investigados tanto afuera de su subjetividad como adentro de esta. ¿Qué significa esto? La objetividad basada en la idea de tomar distancia de los sujetos para lograr un tipo de estudio libre de percepciones y elementos de interpretación personal también requiere de una articulación con la mirada que recupera el movimiento del sujeto para tener una comprensión de las razones y motivaciones que llevan a este a luchar por su propio proceso de constitución subjetivo.

Como se ha insistido en este libro, los sujetos en movimiento son el seno mismo del fenómeno estudiado, por lo tanto, la objetividad y la subjetividad se complementan entre sí como ha enseñado Orlando Fals Borda con su análisis sobre movimientos sociales desde la Investigación Acción Participante. Metodología caracterizada por involucrar y comprometer al estudioso con el proceso del sujeto que investiga, así como con reflexionar con relación a que el conocimiento producido debe también tener una función comunitaria. Además, la propuesta de

este sociólogo colombiano que se ha convertido en un referente clásico Latinoamérica se enmarca en el análisis basado en la denuncia de las condiciones de persistencia colonial en América Latina.

Otro sociólogo que se ha planteado el problema de la objetividad y la subjetividad es Pierre Bourdieu (2013), quien ha expuesto que la objetividad debe ser comprendida a través de la inclusión de las distintas dimensiones en las que el sujeto se desarrolla en la sociedad y en la cultura. En esta lógica, la objetividad y la subjetividad para este clásico francés no necesariamente se excluyen de forma mutua, por el contrario, como ya se mencionó se complementan entre sí. Hay que señalar que este sociólogo discute en contextos en los que la experiencia investigativa se encuentra atravesada por sociedades en las que la idea de modernidad ha tenido un gran peso en el desarrollo de la academia.

Fals Borda y Bourdieu, pese a que enfocan la discusión de sujeto-objeto desde distintos contextos y experiencias investigativas llegan estos en común a coincidir en la idea que la cuestión entre objetividad y subjetividad se encuentra en el uso de un método que permita el análisis de ambos. Esta es otra lección que la politología ha aprendido de este tipo de autores que provienen del campo sociológico y el pensamiento latinoamericano. Por lo tanto, la dimensión interior de un fenómeno se encuentra definida con base en el movimiento de quienes lo integran que son los mismos sujetos. Mientras que la exterioridad hace referencia a la distancia que puede llegar a tener el investigador frente a los sujetos estudiados, cuya finalidad es generar un análisis más orientado a la objetividad.

El investigador en su práctica cotidiana estudia a los sujetos que conforman fenómenos como los movimientos sociales u otros tanto desde una mirada de exterior (objetiva) como de interioridad (subjetiva), porque ambas son parte del proceso de conocimiento que este genera. Aunque ambas son diferentes en términos de la relación entre sujeto-objeto-investigador, no funcionan epistemológicamente de manera separada, debido a que esta triada es dialéctica en la práctica académica en el campo de las ciencias sociales y humanas. Dialéctica en el sentido que el investigador se relaciona con el fenómeno de estudio para posibilitar una comprensión y explicación sobre este; pero también quienes conforman dicho fenómeno pueden ser visualizados por el ojo académico como sujetos u objetos.

Esto depende de la mirada del investigador y de aquello que busque destacar en sus explicaciones del fenómeno estudiado. Hay que señalar, atrás de un fenómeno político y social se encuentra un diverso y amplio conjunto de relaciones, procesos, conflictos y tensiones que protagonizan los sujetos. Sujetos que son causa y consecuencia de estos. Por lo tanto, los objetivos de los sujetos estudiados no son los mismos que se plantea el investigador. Por ello, los sujetos son participantes activos en la creación y producción de conocimiento, pero no necesariamente buscan construir o deconstruir explicaciones críticas, analíticas y profundas sobre dicho conocimiento en el marco académico.

Estos sujetos políticos y sociales, aunque aportan elementos para que el investigador genere conocimientos académicos, no son propiamente quienes definen el rigor científico de estos, porque dichos sujetos no tienen como finalidad la sistematización, organización, ordenamiento y estructuración de explicaciones sobre la realidad con base en métodos discutidos en los espacios académicos. Como ha enseñado el pensamiento político, específicamente entre las ideas republicanas maquiavelianas (Maquiavelo, 2016) y el análisis gramsciano (Gramsci, 2018), el sujeto tiene la capacidad de reapropiación de discursos y prácticas de los gobernantes para tratar de intervenir en las decisiones de estos; pero también hay que mencionar que este busca la manera de lograr su inserción en el camino de la lucha por el poder del Estado (Torres, 2024)²⁵.

Razón por la que el sujeto se reapropia y resignifica el discurso académico en su beneficio, cuyos objetivos contrastan con el de investigadores que, a diferencia de estos, tienen como responsabilidad y compromiso la producción estructurada, organizada, sistematizada y metodológica de conocimientos. Por ejemplo, los mismos sujetos estudiados también se performativizan y presentan de una manera específica para ser analizados y captados por quien realiza la pesquisa. Mientras los investigadores intentan estudiar lo que hay detrás de esas máscaras, disfraces o discursos para comprender las causas históricas,

²⁵ Hay que señalar, Gramsci formula su concepción de Estado a partir de su lectura sobre Maquiavelo (2020). De ahí que este pensador italiano extrae la metáfora de El príncipe y la usa para explicar la disputa por el Estado en contextos de modernidad capitalista.

sociales y políticas que hacen que los sujetos usen estrategias ideológicas e identitarias en las esferas del Estado, espacios públicos y su relación con el gobierno.

Por lo tanto, esto significa que tanto el sujeto estudiado como quien tiene el rol de investigador llegan a interpretar actitudes y discursos en su beneficio y en función de sus fines concretos. Por esa razón, el ejercicio de comprensión es mutuo entre el investigador y el sujeto. Pero sus objetivos de ambos son diferentes, porque el primero trata de explicar la realidad del fenómeno con sustento en métodos académicos, mientras el segundo busca intervenir y transformar las condiciones de dicha realidad a partir de sus discursos, prácticas y proyectos ideológico-políticos.

Por ello, sin importar el método que se use para estudiar los movimientos sociales desde la discusión politológica es necesario que el investigador considere que los sujetos tienen sus contradicciones, conflictos, antagonismos, al igual que tener claro que las ideas formuladas por dichos sujetos se encuentran vinculadas, de una u otra forma, con sus propios intereses y práctica política. Los sujetos son movimiento, práctica y pensamiento, sin que estos tres elementos se disocien entre sí. Esta idea abreva de la tradición hegeliano-marxista y gramsciana que tiene como punto de partida epistemológico el estudio de los fenómenos desde los conflictos, tensiones y luchas que se producen en las relaciones sociales, económicas y políticas que constituyen o hasta deconstruyen a los sujetos.

Dichos sujetos también tienen la capacidad de generar su propio pensamiento a partir de su movimiento y práctica. Razón por la que el investigador se llega a subjetivizar en su estudio sobre los movimientos sociales y no se limita a tener una función estática de análisis u observación del fenómeno, como si fuese un “*watcher* de los comics de Marvel”²⁶. Como planteo Henri Lefevre (2013), teórico continuador de la lógica marxista a partir del problema de la producción del espacio,

²⁶ El *watcher* o vigilante en español más conocido en la cultura pop latinoamericana es Uatu, personaje ficticio de los comics de Marvel que proviene de una raza alienígena que se encarga de registrar y observar la historia de la vida en el universo conocido. Su raza en la lógica argumentativa del comic no puede intervenir en los asuntos de quienes integran la vida, porque su objetivo de dicha raza es no alterar el destino del universo de manera artificial, sino dar cuenta de su cauce natural (Lee y Kirby, 1963). Los vigilantes son una especie de investigadores estáticos del cosmos (Marvel Database, 2024).

el sujeto (subjectividad) y la objetividad en términos epistémico-filosóficos en realidad no pueden ser separados, debido a que el proceso de conocimiento del hombre es un ejercicio de pensamiento, en el que también hay una práctica de este mismo. Por lo tanto, el pensar es un ejercicio práctico tanto del investigador como de quienes son estudiados por este.

En este sentido, el conocimiento es una relación y un ejercicio de pensamiento dialectico y plural en el que se generan distintos tipos de comprensión de la realidad humana y social. De ahí que no todos los tipos de comprensión que produce el ser humano entran en el campo y discurso de la ciencia; pero tampoco existe un único camino metodológico para generar explicaciones rigurosas y sistemáticas sobre los sujetos y fenómenos. Argumento que lleva a definir al conocimiento no como una entelequia del pensamiento, sino como una creación y producción social, política y cultural del ser humano.

Por ello se propone en este trabajo que la rigurosidad, exigencia y disciplina de estudio que hace una metodología científica en el campo politológico se encuentra en la forma en que el investigador ejerce su pensamiento y práctica dicha pesquisa. La pluralidad de métodos no es el problema, sino la falta de rigurosidad que pueda existir en el desarrollo investigativo de estos sobre el análisis de los movimientos sociales. El compromiso del investigador es importante en el análisis sobre los sujetos estudiados, porque tiene que combinar su mirada objetiva y subjetiva de manera equilibrada, sin que una domine sobre la otra.

Además, el investigador debe explicar la realidad estudiada en función también de la arquitectónica y deconstrucción de las categorías que usa para explicar el movimiento de los sujetos de dicha realidad. Arquitectónica y deconstrucción que son parte fundamental del lenguaje conceptual usado por el investigador para ajustar o resignificar los contenidos de las categorías de su pesquisa en función de lo que es analizado y aquellos hallazgos (Derrida, 2008; Borges, 2013).²⁷ El

²⁷ También el investigador tiene la capacidad de deconstruir la arquitectónica de los conceptos que usa para su estudio. Este es un ejercicio que permite pasar del concepto en un abstracto universal a la operatividad concreta de las categorías investigativas (Derrida, 2008; Borges, 2013).

investigador de esta manera tiene la posibilidad de dar forma, construir o deconstruir la arquitectónica conceptual que considere necesaria para explicar el fenómeno estudiado (Dussel, 2009, 2009b, 2022).²⁸

Finalmente es necesario que señalar que los métodos más usados en el estudio de los movimientos sociales en la ciencia política se pueden sintetizar en los siguientes: el histórico, el comparativo (característico de la ciencia política bajo el modelo estadounidense) y aquel uso de metáforas se convierte en el eje del análisis discursivo, interpretativo e ideográfico de la comprensión de los fenómenos políticos. Esta propuesta de análisis de métodos es distinta a la que propone la ciencia política italiana tradicional, porque en esta última se plantea la existencia de la pluralidad a partir de cuatro tipos: la observación participante, el experimental, el estadístico y el comparado (Pasquino, 2021).

La idea de método en el caso de autores como Pasquino se define con base en los pasos que conducen a la aplicabilidad de análisis y técnicas para investigar los fenómenos políticos (Pasquino, 2021). Postura que confunden los métodos con las técnicas, con excepción del comparado que tiene sus propios pasos para el desarrollo investigativo, el resto son herramientas de recolección de información para la creación y producción de conocimiento. En este sentido, la concepción de método que es expuesta en este libro se relaciona más con los pasos investigativos que llevan a la creación de conocimientos desde un ejercicio teórico que se inicia con reflexiones epistemológicas y filosóficas y termina con explicaciones que respondan preguntas, tesis o postulados planteados a lo largo del estudio.

Por lo tanto, los métodos que serán explicados en los próximos apartados son aquellos pensados con relación al problema de los movimientos sociales y su discusión teórico-conceptual con la ciencia política. De ahí que dicha pluralidad de métodos para investigar los movimientos sociales es pensada como aquellos pasos derivados de reflexiones

²⁸ Arquitectónica hecha por lo general con base en modelos o paradigmas previamente formulados por consensos académicos impuestos sobre otros grupos de investigadores en los debates intelectuales. Pero que con un ejercicio deconstructivo los edificios conceptuales e investigativos se significan e interpretan desde horizontes basados en nuevos puntos de partida en la teoría (Losiggio y Zaidan, 2020).

epistemológicas y filosóficas que permiten al investigador deconstruir y dar arquitectónica a las explicaciones sobre la realidad en movimiento de los sujetos. Métodos que ayudan a que quien realiza la pesquisa pueda responder a las preguntas anteriormente planteadas por este. Incluso aquellos postulados formulados por el académico requieren una argumentación estructurada, organizada y ordenada que responda a las necesidades de comprensión conceptual de su estudio.

4.2. Método Histórico: la Historia como Herramienta de Comprensión Política

Los movimientos sociales al ser sujetos constituidos o deconstruidos a través del tiempo exigen métodos que permitan explicar la relación entre estos y las causas que los llevan a su politización. Precisamente, el método histórico pensado desde la ciencia política responde a esta necesidad, debido a que en este, se analiza a los sujetos que intervienen o tratan de dirigir, controlar, reproducir y manipular los espacios de poder, la toma de decisiones y las acciones políticas en el transcurso del tiempo. Esto implica que los sujetos son dinámicos en el tiempo y el espacio (Hawkins, 1998; Tapia, 2002). Movimiento de dichos sujetos que no es lineal, sino multidireccional y fluye constantemente entre las sociedades que estos conforman y el poder que enfrentan.

Por lo tanto, los sujetos y fenómenos políticos se encuentran inmersos tanto en el tiempo como en el espacio al ser parte integral de ellos, porque las luchas por el poder político se insertan entre el pasado, presente y futuro. Además, el análisis politológico se preocupa por el uso del pasado en la lucha por el poder estatal, así como para decidir y controlar el futuro de las sociedades. De ahí que la reconstrucción del pasado por parte de los sujetos tiene objetivos políticos e ideológicos que van desde la legitimación hasta la influencia de las decisiones de los gobiernos en el presente, pero también proyectan la organización y estructuración del poder y el Estado que será en el futuro.

Razón por la que el método histórico desde la ciencia política se usa de manera diferente que en otras disciplinas que limitan su estudio a la descripción de fenómenos sociales. Muestra de ello es que este método se ha aplicado en las pesquisas de los movimientos sociales con fines

descriptivos en campos como la sociología e incluso la misma historia. En este tipo de disciplina se puede observar que el método histórico es orientado a la descripción de hechos, procesos y sujetos mediante la recuperación de la oralidad de estos. Estos mismos sujetos son los que integran los movimientos sociales a través del tiempo. A esto hay que agregar, la revisión sistemática de aquellos documentos extraídos de archivos guardados por dependencias institucionales en las que hay registros de hechos públicos como marchas, mítines u otras actividades de protesta ciudadana (Vega y Trujillo, 2020).

Cuestión que no significa que el estudio de los movimientos sociales en la ciencia política no requiera de la oralidad, ni de la revisión de archivos u otras fuentes documentales. Por el contrario, el método histórico en términos politológicos expresa que el uso de dicho método se puede articular con diversas técnicas investigativas en la medida que conduzcan a un nivel más analítico, al igual que relacionado con la generación de explicaciones innovadoras que aporten a un conocimiento crítico. Conocimiento crítico en el sentido que este sea distinto al previamente existente y normalizado muchas veces por las instituciones académicas formales.

Es importante mencionar que, en la pluralidad de métodos existentes en términos politológicos para abordar los casos de los movimientos sociales, el histórico destaca de los otros, por un lado, debido a que proviene de una tradición larga y profunda que lo ha usado desde el pensamiento griego ateniense hasta el gremio académico de la disciplina en los espacios actuales de las universidades en varias partes del mundo. Por ejemplo, el rastreo de este método en la ciencia política se puede hacer a partir del pensamiento clásico griego en la obra *La Política* de Aristóteles (2011) y en las ideas surgidas de una mirada moderna “maquiavélica”²⁹ del poder en las que ambas tradiciones han llegado a ser referentes característicos del uso de herramientas históricas en el análisis de los gobiernos, la ciudadanía y el Estado.

²⁹ El término maquiavélico en este libro no es usado de manera negativa o denostativa, sino refiere a la reivindicación de los aportes republicanos de la obra de Nicolas Maquiavelo (2020) sobre el uso del método histórico en la ciencia política actual. Autor clásico moderno de la ciencia política que expresó sus ideas entre finales del siglo XV y principios del siglo XVI.

Tradiciones que han influenciado al análisis actual que se hace de las problemáticas políticas, cuyo resultado de la recuperación histórica de hechos, procesos y sujetos ha sido orientado por lo general a las formas de gobierno, sistemas políticos, partidos, modelos democráticos e incluso distintos Estados. Razón por la que los movimientos sociales no precisamente han estado en el radar de estudio de este tipo de método usado en la ciencia política. Por lo tanto, de una u otra manera, es interesante decir que el inicio de los estudios sobre cualquier fenómeno o análisis de sujetos correspondiente a las esferas de la política y poder en la disciplina utiliza en cierta medida la revisión histórica. Revisión en la que el politólogo trata de vincular las causas de los fenómenos con sus respectivas manifestaciones actuales.

En el caso de la revisión y recuperación histórica sobre las movilizaciones sociales, el politólogo requiere reconstruir a ese tipo de sujetos con sustento en la idea que estos —por lo general— han sido subalternizados, marginalizados y excluidos de la narrativa oficial que esta prioriza hechos, procesos e instituciones que reproducen y mantienen el orden. Pero esta narrativa oficial no reivindica a aquellos oprimidos por el orden político causado por la expansión del capital.

A diferencia de la tradición marxista del siglo XX que reivindica al sujeto histórico de las luchas sociales como aquel caracterizado por ir a contrapelo y ser redentor consciente de su propio pasado en el presente y futuro. El pasado es la clave del futuro para que el oprimido se constituya como sujeto (Benjamin, 2008). Además, es importante decir que desde esta tradición se plantea que los sujetos que integran las movilizaciones sociales tratan de superar su condición y posición de subalternidad (Gramsci, 1980) frente a la lógica dominante de la política en la modernidad capitalista (Marx y Engels, 2007).

Mientras por otra parte este método es el más efectivo para que el investigador llegue a la unidad de análisis de su estudio³⁰. La razón de esto consiste en que este método permite analizar los sujetos y fenómenos

³⁰ Es importante señalar que la unidad de análisis es un ejercicio también epistemológico mediante el cual cada investigador ubica su punto de partida histórico para explicar aquello que estudia, ya sean directamente sujetos o fenómenos. Atrás de cualquier fenómeno estudiado hay un sujeto estudiado (Zemelman, 1998, 2011).

políticos mediante la recuperación de hechos, procesos y relaciones en su dinamismo y en la subjetivización de estos insertada en tiempo y espacio. Hay que explicar que la unidad de análisis es comprendida como aquella que en términos metodológico consigue delimitar los sujetos y el fenómeno que son investigados a partir de su temporalidad y espacialidad.

Temporalidad que de acuerdo con las enseñanzas de Fernando Braudel (1992), historiógrafo marxista, se pueden pensar en larga, mediana y corta duración. Aporta este historiógrafo francés a la ciencia política que la larga duración responde al tiempo de la hegemonía y reconfiguración del poder político que deriva en niveles civilizatorios de las sociedades. Mientras que la mediana duración es el tiempo de los regímenes políticos y la formación de las instituciones estatales. Por último, están las coyunturas entre políticos profesionales y quienes detentan ocupar cargos gubernamentales y de elección popular que corresponden para Braudel a la corta duración de la historia.

En el caso del método histórico, aunque se prioriza a la dimensión temporal de los sujetos, procesos y hechos en las explicaciones; esto no significa que el espacio y el territorio no sean parte de las pesquisas. Por supuesto, el espacio y territorio son dimensiones integrales de las relaciones políticas y de poder, pero en el análisis que se realiza a través del método histórico se encuentran estas en función de la dimensión temporal. La razón es que el tiempo en esta lógica investigativa conforma a todo fenómeno político y sujeto que lucha e intenta posicionarse en el Estado y el poder. Las relaciones estatales se definen constantemente en la historia. Por ello, los sujetos mediante acciones y prácticas cotidianas se politizan en el transcurrir del tiempo y el espacio.

La historia como indicadora de la causalidad de los sujetos y su politización. La politización es un fenómeno histórico, cuyo desarrollo de este es contradictorio, conflictivo, tenso y antagónico entre la multiplicidad de sujetos que participan en este proceso como lo han enseñado Karl Marx, Walter Benjamin, Fernand Braudel, Immanuel Wallerstein, entre otros referentes clásicos del pensamiento de las ciencias sociales. Sujetos que son visualizados desde el pensamiento marxista como aquellos iniciadores de su propio proceso político a partir de la lucha que tienen estos contra el orden que genera la expansión

del capital a nivel global. Luchas que puede manifestarse en formas y organizaciones pacíficas o inclusive hasta mucho más beligerantes y radicales en su accionar político y social.

De ahí que la política y el poder son fenómenos que se convierten en causa y resultado de la disputa entre los sujetos en movimiento y a través del tiempo. Por eso, los movimientos sociales son sujetos temporales que constantemente se definen entre la política y la historia. En esa tercera dimensión que Adolfo Gilly (2010) plantea que corresponde al estudio históricos de los fenómenos sociales y políticos. Esta idea aporta a las investigaciones de la ciencia política y el resto de las disciplinas pertenecientes en las ciencias sociales: la densidad del tiempo. Densidad que refiere a la interpretación de los hechos, procesos y sujetos del presente con base en la articulación de estos con el pasado y el futuro.

Con esto Gilly (2010) menciona al respecto que “la historia no puede ni pretende sustituir a la ciencia política, la sociología o la antropología en sus propias áreas de conocimiento. Por el contrario, un conocimiento más detenido de su objeto de estudio... de sus métodos de investigación” (p.223). La historia en este sentido es un territorio común en las ciencias sociales y humanidades como postula este autor, pero también se convierte en una fuente, herramienta y método como ya se ha mencionado en el caso de la ciencia política.

Por ello, la densidad del tiempo en la historia tiene la función de dar continuidad a los procesos y hechos de las sociedades y el Estado. Densidad que es resultado de la tensión entre la continuidad y los momentos de ruptura entre hechos, procesos y sujetos. Para Walter Benjamin (2008), la continuidad está dada por el tiempo homogéneo y lineal del capital que tiene una lógica distinta al que experimentan los sujetos oprimidos por este. Los oprimidos en su lucha por organizarse tienden a la pluralidad, así como a la transformación y a la subversión del *statu quo* formado en el tiempo homogéneo.

Ambas lógicas de subjetividades y temporalidades entran en contradicción, conflicto y antagonismo al grado que estas derivan en algún tipo de violencia o de una negociación pactada en los procesos de politización de la historia. La historia, por lo tanto, es importante para la ciencia política, porque se ha convertido en una de las fuentes

epistemologías de las que esta abreva para generar explicaciones que conectan las causas con los procesos y hechos que constituyen o deconstruyen a los sujetos en movimiento como se ha insistido en este apartado.

Pensar la historia desde la discusión politológica, precisamente, es comprender que el tiempo es político y la política constantemente se hilvana con el pasado, presente y futuro. Por ello, la historia es un método que puede ser usado para abrir nuevos horizontes de comprensión sobre los sujetos en movimiento como sucede con los casos latinoamericanos, cuya diversidad de manifestaciones actuales no se entienden si no se estudia su pasado.

En América Latina, los movimientos sociales como sujetos de política y poder están entrelazados con el pasado, así como las acciones de estos constantemente buscan intervenir en las decisiones futuras de los gobiernos, las instituciones, al igual en la definición del orden político y la hegemonía en las escalas de lo local-regional, nacional, transnacional y global.³¹ Dichos movimientos no se limitan a causas coyunturales o de mediana duración (Tarrow, 1997), porque cumplen un papel histórico de larga data. Papel que muchas veces es consecuencia de la acumulación de agravios por los que estos se levantan, organizan y dirigen sus acciones a contracorriente de la esfera política institucionalizada.

4.3. Política Comparada

La política comparada es otro método que se ha comenzado a usar para el estudio de los movimientos sociales en el marco de la disciplina politológica. Método que se ha caracterizado por comparar distintos estudios de casos en el marco de los modelos democráticos, partidos y sistemas políticos, actores electorales e instituciones (Sartori, 2015; Mainwaring y Pérez-Liñan, 2019; Pasquino, 2021). Pero que este no se ha cerrado a pesquisas en las que los sujetos democráticos

³¹ La otra fuente de la que abreva la ciencia política es la filosofía. Fuente que sigue todavía vigente como el fundamento teórico y conceptual en gran parte de los procesos investigativos de nuestro campo de conocimiento. Además esta se articula con la historia al aportar el carácter reflexivo y comprensivo sobre los procesos, hechos y relaciones entre los sujetos a través del tiempo.

protagonistas sean las movilizaciones sociales más que los partidos o las instituciones. En ese sentido, se tienen algunos casos de esfuerzos investigativos comparativistas basados en el análisis de la acción colectiva y su función con relación a los distintos componentes del sistema políticos (Massal, 2006; Anria, 2024; Gunturiz, Gómez-Cárdenas, Puello-Socarrás y Lucca, 2018; López Leyva, 2012).

En estos casos se ha hecho visible el uso de técnicas cuantitativas que, aunque no son una regla en la política comparada, se han convertido en herramientas de apoyo metodológico que van desde fórmulas matemáticas para descifrar las tendencias de los votos hasta las estadísticas elaboradas sobre el comportamiento político y las preferencias ciudadanas con relación a los asuntos públicos. En el caso de las movilizaciones sociales, las técnicas cuantitativas han sido difíciles de aplicar a estos. La razón es debido al componente importante subjetivo de este tipo de fenómenos, sin embargo, esto no significa que sea imposible producir análisis en los que se construyan indicadores y se identifiquen variables para su estudio.

Por lo tanto, la comparación de los movimientos sociales en términos metodológicos y en el lenguaje politológico consiste en los análisis soportados (en mayor o menor medida) con herramientas cuantitativas (en un subapartado serán profundizadas) tanto sobre las similitudes como con respecto a las diferencias de los casos que se estudian. El objetivo de esto es identificar tendencias y patrones que conducen o impiden que los movimientos sociales se integren o no al sistema político y sus partes. Partes que en esta lógica deben ser democráticas bajo los parámetros electorales. Casos que pueden ser uno o más en función del alcance explicativo que postule quien realiza la pesquisa. Pese a que no es una regla que la comparación necesariamente traduzca el comportamiento y análisis políticos en un lenguaje cuantitativo y a la inversa, si es una tendencia en este subcampo de la disciplina (Bautista, 2019; Cuellar Argote, Huertas y Sánchez, 2020).

El uso de este método en el análisis de los movimientos sociales, en este sentido, se ha centrado en tratar de indagar la acción colectiva de organizaciones sociales y protestas ciudadanas con relación a su incidencia en los partidos y sistemas electorales (Massal, 2006; Anria, 2024), políticas públicas (Gunturiz, Gómez-Cárdenas, Puello-Socarrás

y Lucca, 2018; López, 2012) o capacidad para negociar demandas específicas con el gobierno en turno. Ejemplo de esto último, son los trabajos recientes en los que se analizan al movimiento estudiantil y “organizaciones guerrilleras”³² como actores que tienen esta capacidad de negociar con quienes ocupan los cargos gubernamentales (Martínez-Velasco et al., 2023).

Estos casos en conjunto muestran, por un lado, el impacto que ha tenido el campo comparativista en temas de investigaciones de la ciencia política que antes no estaban considerados en el radar de dicho campo, porque —como ya se ha mencionado— se creía correspondían más a los objetos de estudio de la sociología y otras disciplinas humanísticas y sociales. La política comparada, desde hace décadas, se ha proyectado por el *mainstream* estadounidense o usamericano como el campo legítimo que aporta el método propio de la disciplina. Método que en esta lógica comparativista otorga identidad a esta. En América Latina, por ejemplo, una parte importante de los estudiosos de este campo han partido de la noción que la política comparada debe ser un referente obligado a seguir en las pesquisas de cualquier tema o problemática en la que se encuentren presentes relaciones entre gobernantes y ciudadanos.

Mientras que por otra parte, la aplicación del método comparado en el estudio de los movimientos sociales responde a la premisa fundamental que se ha seguido en dicho método durante años que consiste en pensar que la cientificidad sobre los casos estudiados se produce en función de la observación, descripción y análisis de patrones e indicadores definidos por datos cuantitativos, porque son estos los que permiten confirmar o rechazar las hipótesis de las pesquisas. De ahí que los movimientos sociales se definen a partir de la lógica comparativista

³² Es importante señalar que las organizaciones guerrilleras o aquellas que han optado por una vía armada no necesariamente entran en la categoría de movimientos sociales, porque en varios de sus casos los medios que usan son violentos y se desarticulan de las acciones colectivas pacíficas. Además, se debe explicar que los movimientos armados tienen una idea de transformación enmarcada en que las armas son el único camino para lograr resolver los conflictos estructurales. En contraste con los movimientos sociales o luchas colectivas que se piensan desde una lógica de politización que no tiene como objetivo las armas, sino la democratización. Por supuesto, las causas de ambos son las asimetrías, injusticias, exclusiones y desigualdades sociales (Oikión y García, 2006).

como un conjunto acciones colectivas que responden a la frustración de la ciudadanía, cuya finalidad de esta es llegar a participar en los espacios creados por el sistema político democrático.

Lógica que tiene su antecedente en tres ideas que han estado persistentes —entre el siglo XVII y todavía el XXI— en la ciencia política: la cientificidad positivista, el conductismo y el lenguaje técnico institucional del poder. Planteamientos de los que abrevó la política comparada en términos epistemológicos y metodológicos. La articulación de dichas ideas fue a partir del principio que la ciencia política requería ser enfocada a la contribución de la democracia en oposición a las dictaduras del siglo XX en las décadas de los ochenta y noventa, especialmente en América Latina y otras naciones de la periferia del sistema-mundo capitalista y colonial.³³

Con relación a la cientificidad positivista, hay que señalar que la política comparada recuperó la visión que de una u otra manera el método con una lógica positivista es el que aporta el rigor tanto a las ciencias naturales como a aquellos campos que aspiren a ello. En esta mirada de estudio, las ciencias naturales siguen leyes generales y universales o proposiciones que derivan de análisis experimentales de los fenómenos que se existen alrededor de los seres humanos. Por lo tanto, los fenómenos políticos y sociales, según esta mirada, también tienen la posibilidad de generar leyes o equivalentes que permitan explicar problemas globales como las transiciones o alternancias democráticas con base en modelos.

El empirismo en este sentido es entendido de forma contemporánea en oposición al conocimiento subjetivo y proveniente de tradiciones y las esferas de la cultura (Zamitis, 1993). No es el empirismo expresado por Francis Bacon, John Locke y David Hume, entre los siglos XVI

³³ La concepción de identificar a América Latina como zona y territorio periférico deriva de la discusión de la teorización dependentista de finales del siglo XX. El dependentismo tuvo como punto de partida teórico una interpretación marxista de la economía, la historia, la política y la sociedad desde los márgenes territoriales de la expansión del capitalismo (Sotelo, 2018). Márgenes que subordinan su riqueza y producción económica a los intereses y lógica del mercado de los centros mundiales. Centros mundiales que han llegado a conseguir su desarrollo en función de la sobreexplotación y el despojo en países como los latinoamericanos. La base teórica del dependentismo parte de la idea que la colonialidad se ha actualizado mediante estrategias económicas y políticas (Zambrano, 2020).

y XVIII, cuyo eje central de conocimiento político es resultado de la experiencia y percepción del hombre. Visión filosófica de esta época que coloca al mismo empirismo en oposición al racionalismo. Pero que en los tiempos actuales ambas se concilian, porque las evidencias son pensadas como indicadores de conocimiento y legitimación racional de la argumentación científica.

La dimensión empírica en estos tiempos es la base de los criterios científicos, en los que la evidencia cuantificable es la que muchas veces es pensada como aquella que otorga valor a la producción del conocimiento. Aquí el racionalismo es ligado con la idea de una verdad que se desarrolla mediante la expansión del mercado y la transnacionalización de las relaciones estatales. Así como la verdad se relativiza en función de las relaciones de dominación que favorecen el mercado de la biotecnología y la inteligencia artificial. La voluntad del saber y la verdad estudiada por Michel Foucault (2023), desde la filosofía y la sociología, en nuestros tiempos ha sido cedida a los programas e instrumentalización de la inteligencia artificial. Verdad que es mantenida y reproducida en las redes de poder y formas que, al mismo tiempo, legitiman a esta.

Por otra parte, el estudio de la conducta individual del hombre en la esfera de la toma de decisiones como objeto politológico ha sido potente en su influencia en las teorías sobre las élites y grupos de poder (Pareto, 1980; Mosca, 2009). En este aspecto, la ciencia política ha sido influenciada por campos del conocimiento como la psicología, debido a que precisamente la principal clave de comprensión del comportamiento político se encuentra en la relación que hay entre la psique, la acción política del ciudadano y la forma que este se conduce frente al Estado. De ahí que el método comparativista tiene notorias huellas conductistas en su lógica investigativa.

Mientras, el tercer tipo de postulado incorporó a la ciencia política el lenguaje técnico y mecanicista, para tratar de explicar el funcionamiento institucional de las relaciones políticas y de poder. Lenguaje que ha hecho suyo en gran medida la administración pública y los análisis de las políticas públicas. Pero también los comparativistas han llevado este tipo de lenguaje a un estatus cada vez más ascendente frente a otros discursos de los que también se ha nutrido la ciencia política. Muestra de ello es que el dato y los procedimientos institucionales.

Razón por la que los movimientos sociales en “marco comparativista”³⁴, son identificados como las acciones colectivas de los ciudadanos se convierten en un tipo de indicador investigativo que hace referencia a la falta de institucionalización política en las sociedades modernas (Meyenberg, 2019). Premisa que se inserta en la lógica de la tradición comparativista de comprender a los fenómenos políticos como problemas propios del sistema democrático e institucional. Para la política comparada la democracia en términos de sistema y modelo político es el horizonte de las sociedades modernas contemporáneas y actuales.

La idea comparativista sobre movimientos sociales contrasta con el concepto propuesto en este libro sobre movimientos sociales, porque en dicha propuesta se plantean estos más como un proceso de constitución del sujeto en la lucha por su propia autonomía frente al *statu quo* que más como una expresión de acción colectiva con objetivos que se limitan a la negociación con actores gubernamentales e institucionales. En la lógica comparativista, el éxito o fracaso de estos movimientos se encuentra en su capacidad de negociar con los gobiernos e intervenir en la formulación de políticas públicas, al igual que presionar para la materialización de estas en el marco de un sistema democrático (Inclán y Muñoz, 2017).

Autores provenientes de la discusión frankfurtiana de las ciencias sociales como Max Horkheimer (2010) clasificarían a este método en los marcos de la razón instrumental, debido a que responde a un tipo de pensamiento que conduce a conocer a los sujetos como objetos con base en su utilidad en el sistema. En este caso, el sistema para el método comparado es el político conformado por partidos, instituciones, leyes, normas y mecanismos de regulación democrática electoral. En este tipo de razonamiento se conoce a los movimientos sociales en función de si estos cumplen un papel ya sea para legitimar o permitir la reproducción de los sistemas políticos cuando se cierran de manera autoritaria.

En contraste con la lógica dialéctica planteada en la idea de la centralidad política de los movimientos sociales, expuesta en este libro, que no se limita a concebir a las luchas sociales bajo la ecuación

³⁴ Forma en que se denomina a los especialistas en política comparada en el gremio politológico.

acción colectiva + negociación: demanda cumplida o parcialmente atendida por el gobierno en turno, porque parte fundamental del proceso subjetivo de dichos movimientos es la proyección histórica y social en una larga duración, en especial en distintos casos expresados en América Latina. Por ejemplo, el movimiento zapatista en México (desde los noventa a la fecha), las luchas indígenas en Bolivia a través de sus ciclos (entre la Revolución nacional de 1952 hasta la disputa por el Estado Plurinacional) o la organización de revueltas regionales y locales a partir la figura de Manuel Quintín Lame en el Cauca —en la segunda mitad del siglo XX y todavía en el XXI— (Ávila, 2023).

De ahí que este tipo de discusiones han contribuido a que la política comparada en el mundo académico de las ciencias sociales, en especial en los debates marxistas, sea asociada con la reproducción de los discursos institucionales y aquellos paradigmas dominantes de la politología al tener un importante grado de razonamiento instrumental. Razonamiento que también debe ser matizado y comprendido en términos de sus aportes a la cientificidad de los análisis sobre movimientos sociales, porque la lógica y la razón en las investigaciones constantemente requieren su presencia para generar explicaciones que no se desborden en su dimensión subjetiva.

Pero que tampoco las investigaciones sobre movilizaciones sociales se subordinen por completo a métodos absolutamente empíricos y técnicas cuantitativas, sin considerar que los mismos sistemas democráticos y el Estado son atravesados por relaciones de dominación y de poder globales que hacen que la organización y proyección de las acciones colectivas trasciendan a expresiones de subversión y transformación que pueden ser o no una alternativa al orden establecido en la historia y la política de hoy. Por eso, la política comparada aporta al estudio de fenómenos como movimientos sociales un método que puede ser leído de manera crítica para hacer extensivos los análisis a procesos de constitución de sujeto más complejos y que puedan ser articulados con otros métodos y técnicas investigativas en las que se recuperen experiencias de sublevación y cuestionamiento del orden imperante.

Finalmente, este método a diferencia del histórico y otro que se expondrá en este manuscrito se centra en explicaciones sobre fenómenos políticos a partir de la observación, descripción y análisis

de patrones e indicadores que hay en estos. La construcción de las categorías de análisis se hace con una lógica empírica en la que se prioriza la dimensión institucional de la política. Pero que —como se ha dicho— no es una regla o una camisa de fuerza, porque también casos como los movimientos sociales pueden orientar al comparativismo a explorar terrenos epistemológicos más allá de la acción colectiva y que generen explicaciones sobre la proyección histórica y causas profundas con relación a las razones y lógicas de dichos movimientos.

4.4. Análisis del Discurso, entre las Metáforas y la Hermenéutica

Además de los métodos histórico y comparado, las investigaciones sobre movimientos sociales que se realizan desde la ciencia política usan el análisis del discurso. En este sentido, se pueden identificar trabajos en el marco politológico en los que se reconoce el componente empírico y dinámico del discurso en las políticas y las relaciones de poder (Concepción, 2016; Fair, 2019), pero todavía no hay artículos o manuscritos bajo esta discusión que se enfoquen en el análisis discursivo de fenómenos como los movimientos sociales a partir de la ciencia política. Por supuesto, hay una serie de autores que anteceden y de los que se puede abreviar el estudio politológico sobre el tema, entre los que destaca David Howarth (2017) y otros de distintos campos de conocimiento.

Hay que explicar, el análisis del discurso es un método que tiene como objetivo estudiar el papel y el impacto que tienen las representaciones de las prácticas e ideas de los sujetos en los procesos políticos. Howarth (2017) plantea que los discursos son sistemas de significado que son enunciados por quienes conforman la sociedad para influir en las distintas actividades de la esfera política³⁵. Hablar de discurso incluye

³⁵ En este capítulo se propone hacer una lectura interdisciplinaria politológica sobre la teoría de análisis del discurso que plantea David Howarth (2017), en la que a diferencia de este, se usa la categoría de sujeto y no la de actor, ni tampoco la idea de roles determinados, porque en el caso de los movimientos sociales hay importantes componentes de contingencia que hacen que dicho sujeto relacione su realidad con el discurso emitido por sí mismos de manera dialéctica, contradictoria, conflictiva y con intenciones de intervenir en la transformación de las condiciones sociales y humanas que lo afectan tanto a él como a los suyos o a la comunidad a la que pertenece.

todo tipo de prácticas sociales y políticas, así como de aquellas que se producen en las instituciones y organizaciones. Atrás de cada enunciación hay una serie de sujetos en proceso de politización y disputa por definir sus relaciones frente al Estado y las sociedades modernas del siglo XXI.

Pero también, los discursos son causados por los mismos sujetos en movimiento como ha sido el caso precisamente de las luchas sociales. Discursos que en los movimientos funcionan y operan como formas de enunciación dialécticas que circulan y se producen entre intelectuales, académicos e investigadores, políticos, dirigentes sociales, activistas, militantes de organizaciones y las bases de los movimientos. No son emitidos de forma lineal, ni tampoco son exclusivos de algún tipo de sujeto. El discurso no necesariamente está en un texto redactado, también puede ser pronunciado de manera oral e incluso en términos simbólicos que llegue a ser interpretado y creado por los propios sujetos en movimiento.

Muestra de ello es que, en las últimas décadas, movimientos como el zapatista en Chiapas (México), la experiencia de articulación colectiva a partir de las protestas estudiantiles en Cali (Colombia) o las luchas reivindicativas del indianismo en La Paz (Bolivia), entre otros casos se ha expresado que las formulaciones ideológicas nacidas de dichos movimientos impactan el lenguaje académico, político e intelectual a nivel nacional e internacional. De ahí que ideas como “el mandar-obedeciendo zapatista”³⁶ también se ha convertido en slogan y reapropiación de los gobiernos progresistas latinoamericanos como ha sucedido con los discursos del presidente colombiano, Gustavo Petro (Ávila, 2024).

Es importante decir que la complejidad de los discursos de los movimientos se encuentra cuando dichos discursos son reapropiados en clave académica e investigativa por corrientes o tendencias teóricas como sucede con las posturas decoloniales o hasta en el mismo pensamiento crítico latinoamericano. El investigador que usa este tipo de posturas para sus trabajos, debe tener claro que tiene el riesgo de caer en marcos

³⁶ El mandar-obedeciendo es uno de los fenómenos discursivos más estudiados en los movimientos sociales de México y América Latina.

interpretativos sin crítica alguna o, en los que no se logre identificar que los discursos indígenas y afrodescendientes de ancestralidad están sujetos a mediaciones e influencia de debates intelectuales. En este sentido, la academia, los intelectuales y los políticos también usan a los movimientos sociales para legitimar sus decisiones y posturas, ya sea frente al poder o al interior de este.

Por eso, la complejidad de los discursos exige también considerar en el análisis que son producidos por los mismos sujetos que buscan relacionar la realidad que experimentan con los deseos, proyectos y demandas sociales. De ahí que el análisis del discurso es un método que usa dos técnicas fundamentales: la hermenéutica y la metáfora. La primera basada en la interpretación de textos e ideas y la segunda que consiste en transferir características de un objeto a otro para su comprensión. Ambas técnicas se han desarrollado en las ciencias sociales de manera común, porque tienen un carácter de aplicación profundamente interdisciplinario entre la filosofía, las ciencias de la comunicación, la lingüística, la sociología, la pedagogía, la psicología, la historia (e historiografía) e incluso en el arte, entendido este último como un campo de conocimiento humano.

En el caso de la ciencia política, el análisis del discurso se ha posicionado como un método fundamental, en especial para los campos de la filosofía y teoría política, cuyas herramientas más usadas —como ya se ha dicho— son precisamente la hermenéutica y la metáfora. Estas dos técnicas se han utilizado en el estudio de textos y del pensamiento político clásico, moderno y contemporáneo. Por ejemplo, la hermenéutica es una técnica que tiene como primer paso la realización de un análisis documental (técnica explicada en el siguiente apartado) por parte del investigador. En un segundo paso, el encargado de hacer el análisis documental formula interpretaciones sobre las ideas de textos encontradas en dicho análisis. Interpretaciones que se elaboran a partir de un lenguaje conceptual y teórico que permite la comprensión de las fuentes y de las ideas contenidas en estas.

Por supuesto, el ejercicio de interpretar del investigador se encuentra sujeto a la teoría o al marco conceptual de dicho investigador. Además, es necesario mencionar que en el fondo de cualquier interpretación se encuentra una postura epistemológica o incluso una forma de

comprender el universo y la realidad. Hay que señalar que tanto quienes crean y producen una interpretación como aquellos que son receptores de los discursos derivados de esta forman sus juicios con sustento en una concepción previa sobre la realidad y las distintas experiencias que estos tienen en las esferas de la vida social, política, económica, cultural e ideológico-religiosa.

Mientras que la metáfora es aquella técnica que opera con base en figuras retóricas que asocian la realidad con imágenes y simbolismos para la comprensión de fenómenos expresados en la realidad política y social. Estas figuras retóricas funcionan como recursos lingüísticos que ayudan al sujeto a sintetizar la complejidad de la realidad mediante estas figuras que pueden ser mucho más cercanas a los imaginarios y referentes que tienen los futuros lectores o público a quien va dirigida la explicación del fenómeno. Por lo tanto, la idea es que la metáfora haga lo más sencilla y clara de observar y analizar cada uno de los componentes complejos de la realidad.

En términos metodológicos, la metáfora comparte con la técnica de la hermenéutica el análisis documental y las operaciones de interpretación, sistematización, orden y estudio de referencias. Pero también, la metáfora se distingue de la hermenéutica, porque en la primera hay un ejercicio de quien aplica la técnica para trasladar cualidades literarias y teórico-conceptuales a la generación de explicaciones sobre la experiencia y realidad cotidiana del sujeto estudiado. Por lo general, las cualidades que se identifican en las metáforas son comparaciones exageradas entre personajes literario-religiosos o de ficción y los hechos históricos, al igual que procesos políticos y sociales.

Hay que explicar de manera importante que ambas herramientas son de naturaleza conceptual, cuya aplicación común de estas consiste en el desciframiento de los contenidos que conforman los distintos textos y los enunciados en los discursos de los sujetos en las esferas principalmente de la religión, la ideología, la política y el poder. Estas herramientas en la filosofía y la teoría política —por lo general— han sido usadas para el estudio de los conceptos e ideas que aportan pensadores en la historia. Ejemplo de ello, son “el Príncipe”³⁷ de Maquiavelo(2010), “el Leviatán”³⁸

³⁷ Obra escrita por primera vez en 1532.

³⁸ La primera versión fue publicada en 1651.

y “Behemoth”³⁹ (2017) de Hobbes, entre otras metáforas y hermeneútics del poder y la política (González, 1998).

Estos conceptos e ideas que son encontrados por el investigador en una multiplicidad de textos y discursos escritos por pensadores, ideólogos e intelectuales o sobre ellos. Textos y discursos que tienen temporalidad y se insertan en un contexto específico, ya sea porque es la época en la que vivió el autor o es una analizada por dicho autor. Incluso desde la filosofía y las distintas teorías de las ciencias sociales, la hermenéutica y las metáforas han servido para analizar no nada más el pensamiento de autores, sino también la relación dialéctica entre las ideas y la realidad de las sociedades humanas.

En el caso de las luchas sociales, la hermenéutica y las metáforas en lugar de actuar como herramientas de análisis textual operan en otro sentido que trasciende la literatura y filosofía misma al convertirse en técnicas de lectura de la realidad en movimiento. De ahí que el análisis del discurso en el marco politológico sobre movimientos sociales no se limita a la sistematización de los contenidos de textos que hay referentes sobre dichos movimientos, porque se enfoca hacia lo que enuncian los dirigentes, las organizaciones, activistas y militantes que conforman cada uno de estos (González, 1998; Ghiretti, 2009; García, 2017; D’Auría, 2022).

Analizar la dimensión discursiva de las experiencias movilizatorias permite al investigador identificar la dimensión ideológica, simbólica, histórica y enunciativa de los sujetos desde sus propios discursos y prácticas (Howarth, 2017). Pero también este método aporta la posibilidad de analizar los procesos que originan los discursos, al igual que la dialéctica entre la enunciación, la acción, práctica y procesos de constitución subjetiva del mismo sujeto tanto dentro como fuera de dichos discursos. Estos discursos en términos del debate principalmente son estudiados por corrientes como la posmoderna, la posestructural y la posfundacional que se centran en la enunciación de los sujetos como objeto de estudio. Enunciación que gira alrededor de las problemáticas que abordan conceptos fundamentales como poder político, gobierno, Estado, democracia, lo político y hegemonía.

³⁹ Escrito en 1668 y publicado en 1679.

Corrientes que también tienen sus diferencias entre sí. La posmoderna parte de la idea que cualquier concepto de la vida política y social es relativa a los referentes que fundaron la modernidad. Sus análisis se centran en el lenguaje, la literatura y la filosofía. Mientras la posición posestructural cuestiona las diversas formas de producción y enunciación de la verdad en las ciencias sociales y humanas. Por último, se encuentra la visión posfundacional que tiene como objetivo desmitificar las bases teóricas tradicionales del Estado y la política para orientarlas a la discusión sobre que se pueden pensar desde horizontes de comprensión más cercanos a una realidad caótica y contingente.

Este tipo de corrientes ha llevado a que el investigador piense el discurso en el caso de los movimientos sociales en múltiples formas y expresiones sociales y política. Por ello, el discurso en este marco puede ser analizado como un dispositivo (Foucault, 2020), forma de enunciación y mecanismo (Foucault, 2003), mediación (Van Dijk, 2008; 2021), estrategia política y de poder entre el sujeto y el Estado (Howarth, 2017). Discurso que puede llegar a ser un instrumento usado por los grupos de poder o el mismo Estado con la intención de reproducir y legitimar su mandato sobre quienes ha subordinado. Cuestión que significa mantener en una posición subalterna a estos frente al poder. Hay que señalar, la dominación sobre el sujeto no es lineal, y muchas veces actúa a partir de abreviar de aquellas ideologías o cosmovisiones colectivas e individuales que este mismo crea a lo largo de su vida (Gramsci, 2018).

Razón por la que el discurso en el caso de los movimientos sociales influye en quienes integran dichos movimientos y viceversa. Esto significa que al mismo tiempo que los movimientos reciben elementos discursivos de intelectuales, políticos, académicos, analistas, comunicadores e ideólogos también sus prácticas y estrategias colectivas intervienen en la formulación de ideas y las distintas formas de enunciación de estos. En la ciencia política para estudiar a las movilizaciones sociales es importante partir de la idea que los documentos políticos, panfletos, declaraciones en medios de comunicación, pronunciamientos de líderes y autoridades gubernamentales, entre otras fuentes de enunciación son referencias documentales vivas y en constante dialéctica. Por lo tanto,

son fuentes que no son estáticas, sino en movimiento que permiten al investigador explicar la relación entre el pensamiento, los objetivos y los sujetos que integran las luchas sociales.

4.5. Técnicas Cualitativas

En la discusión metodológica en este capítulo se han abordado distintos aspectos que conforman a esta como la dimensión epistemológica y los principales métodos que se consideran pueden aportar más al desarrollo investigativo sobre los movimientos sociales en la región. Pero todavía falta explicar un componente metodológico fundamental que —sin este ninguna pesquisa— se puede realizar: las técnicas de investigación. Estas últimas deben estar sujetas a la imaginación epistemológica de quien realiza la pesquisa y usará dichas técnicas como herramientas para para que la información y datos recabados sean útiles en los procesos de conceptualización y teorización de las movilizaciones sociales (Becker, 2009).

Técnicas que no deben ser confundidas o entendidas como sinónimo de los métodos científicos en la ciencia política y las ciencias sociales, porque las primeras son herramientas (o también conocidos como instrumentos) de obtención de datos o información que sirven para la investigación; mientras que los segundos corresponden a un conjunto de pasos que permiten la realización del estudio⁴⁰.

En ambos casos, es necesario que exista una base epistemológica y teórica-conceptual que aporte el sentido de la investigación. Por ejemplo, los métodos abarcan desde las estrategias y procesos hasta la dimensión de la ejecución y materialización de la pesquisa. A diferencia de las técnicas que son la parte práctica y operativa de la investigación en la ciencia política y los diversos campos de estudio de lo social y lo humano. Hablar de técnicas investigativas, por lo tanto, es hacer referencia a una amplia gama de herramientas que ayudan

⁴⁰ Hay que señalar que esta confusión, la mayoría de las ocasiones se llega a expresar en manuales como el escrito por Roberto Hernández Sampieri (2014). Libro que es un best seller en manuales investigativos orientados a las disciplinas de las ciencias experimentales por encima de textos famosos como el de Umberto Eco (2000) que es más cercano a los campos sociales y humanísticos.

a recolectar o construir información sobre el fenómeno estudiado. Herramientas que se encuentran en función de las necesidades y objetivos de la pesquisa.

Razón por la que el investigador debe articular dichas herramientas tanto con el marco teórico-conceptual como con el método seleccionado por el investigador para conducir de manera efectiva a la construcción o deconstrucción de las categorías de análisis que llegan a ser útiles en su propia pesquisa. De ahí que las técnicas no son una parte aislada o separada de la base epistemológica y teórica-conceptual de la investigación, sino que son integrales a esta. Por lo general, la clasificación de estas técnicas que se usa en la ciencia política es la siguiente: cualitativas y cuantitativas. Ambas pueden entremezclarse una con la otra con base en los requerimientos del estudio. Categorización que también corresponde al marco interdisciplinario de las ciencias sociales y que no se cierra a otras posibilidades de pensar a las técnicas en términos metodológicos.

Por lo tanto, esta clasificación de técnicas es útil para el estudio de fenómenos como los movimientos sociales, porque son herramientas que ayuda al politólogo a recabar datos e información cuantitativa y cualitativa. Pero no nada más eso, sino también ambas técnicas son usadas por el estudioso para la construcción o deconstrucción de la información. Información que en el caso de las movilizaciones sociales muchas veces es difícil tener de manera directa y por quien realiza la pesquisa. Además, es importante considerar que en el campo de estudio de los movimientos sociales como de varios de los fenómenos en los que hay un importante componente de subjetividad, los datos constantemente se encuentran en duda, debido a que las fuentes oficiales pocas veces son objetivas y justas en sus registros.

Otra dificultad es que, frente a la ausencia de información, el politólogo llega a depender mucho de las experiencias, narraciones y testimonios de los participantes y líderes que integran a las organizaciones y movilizaciones. Con el gran riesgo de no tener una mirada investigativa crítica sobre quienes son parte de las luchas, organizaciones y protestas colectivas. El investigador puede ser absorbido por la pasión de estos y dejar que las técnicas recopilen elementos confusos y con poca veracidad histórica y en la que domine de forma absoluta la ficción

sobre los hechos y procesos políticos y sociales. De ahí que la definición y uso correcto de técnicas cualitativas y cuantitativas pueden ayudar a equilibrar la mirada objetiva y subjetiva de la pesquisa, pero también, se convierten en la herramienta que permite al estudioso verificar y contrastar sus formulaciones hipotéticas o incluso hasta la línea y coherencia argumentativa de la tesis planteada por este.

En este sentido, las técnicas cualitativas que sirven para el estudio de las movilizaciones sociales y que puede ser un conjunto de herramientas que respondan a evitar o reducir el riesgo mencionado, son el análisis documental, la entrevista y sus diversos formatos (encuesta, formulario Google, entre otras) y las etnografías (observación participante, grupos focales y experiencias de vida o testimonios). La intención no es hacer una descripción de manual de estas técnicas cualitativas, sino más bien analizar la forma en que cada una de estas puede llegar a contribuir en la recolección, reconstrucción o hasta deconstrucción de información y datos para el estudio de los fenómenos de los movimientos sociales.

La primera de estas técnicas es el análisis documental, cuya importancia reside en que es un punto de partida fundamental de cualquier investigación en las ciencias sociales. En la ciencia política, la aplicación de dicha técnica se ha hecho de manera efectiva, debido a que permite trabajar y estudiar datos, ideas e información que se encuentran en libros, plataformas electrónicas, bases de registros, discursos, documentos y otras fuentes escritas y virtuales. Por ejemplo, los movimientos sociales son un fenómeno en el que el registro de la oralidad y de los discursos ideológico-políticos son básicos para que el investigador comprenda las demandas y objetivos de estos. Pero también, el trabajo de archivo y la transcripción de cualquier experiencia que sea considerada importante por el estudioso puede llegar a entrar en la categoría documental, y por supuesto, es analizable.

El análisis documental de acuerdo a autores como María Pinto (2001), Jorge Barbosa Chacón, Juan Carlos Barbosa Herrera y Margarita Rodríguez Villabona (2013), tiene las siguientes fases de aplicación: 1. La primera de estas, es la realización de una síntesis de las fuentes documentales revisadas. Síntesis como operación metodológica que permite identificar entre las ideas, datos e información más relevante para la investigación de aquellos elementos que no son el eje principal

del estudio; 2. La segunda etapa se caracteriza por dar un orden a la selección de contenidos que se hizo. El objetivo de ordenar los contenidos es definir las categorías de análisis de la pesquisa y; 3. La tercera fase es hacer una estructuración de las partes de la investigación en función de dichas categorías.

Estructuración que tiene como finalidad la escritura de la investigación en libros, capítulos especializados, artículos indexados y otros importantes. Incluso pueden ser productos audiovisuales y aquellos que aporten como evidencia documental de la investigación que pueda servir a otras. Hay que destacar que en el caso de los movimientos sociales latinoamericanos actuales, las indagaciones documentales se centran sobre archivos históricos, textos de teoría sobre la acción colectiva, manuscritos centrados en las causas que han llevado a rebeliones, resistencias y experiencias de autonomía, al igual que de testimonios y autobiografía.

Estas últimas fuentes por lo general son redactadas desde una posición militante y activista de quienes integran o se relacionan con las movilizaciones y acciones colectivas. Por supuesto, además existen testimonios, autobiografías que nacen de la voz misma de las víctimas. Víctimas tanto que han sido abusadas por el ejercicio autoritario del poder político y violento del aparato del Estado como también hay aquellas afectadas de manera indirecta o indirecta por los procesos movilizatorios y conflictos sociales. Hay que señalar, los movimientos sociales no son lineales y tienen sus propias contradicciones al interior de estos como al mismo tiempo sus proyecciones utópicas.

Otra técnica cualitativa es la entrevista bajo sus diversos formatos (encuesta, formulario Google, entre otras). Esta técnica consiste en establecer un diálogo como medio de obtención de la información, datos e ideas, ya sea que este sea a cargo del investigador por vía directa o indirecta. Una vía directa de practicar esta técnica es la entrevista. La entrevista en el marco de la ciencia política y las ciencias sociales es un conjunto de preguntas elaboradas por quien investiga para extraer información que este mismo no ha encontrado en los archivos, libros y otras referencias sobre el tema. Pero que conforme ha avanzado en su pesquisa identificó que hay líderes, militantes, activistas o personas que tienen testimonios claves para confirmar o discriminar datos referentes a hecho, procesos y rasgos de las movilizaciones sociales.

El ejercicio de entrevistar, en este sentido, tiene como rasgo la formulación de 2 a 3 preguntas que sirven de detonantes de información y que pueden abrir la posibilidad de arrojar distintos datos a la investigación. No se basa en la cantidad, sino en la cualidad que tiene cada pregunta para dirigir las interrogantes hacia el cumplimiento del objetivo central de la pesquisa, al igual que para aportar corroboración de información. Es importante señalar que las técnicas como los métodos y teorías sirven para hacer un contraste entre lo que en realidad se investiga y la forma en que uno conceptualiza dicha investigación. Precisamente, esta es una de las enseñanzas “popperianas”⁴¹ sobre la necesidad de que las hipótesis puedan ser contrastadas o que tengan la cualidad de ser falseables por el investigador, como ya se ha discutido en la primera parte de este capítulo.

También hay que mencionar que otras variables de la entrevista son cuestionarios, mapas comunitarios y encuestas generales que son pensadas para recuperar información en un nivel mucho más colectivo que individual. En este caso las preguntas se elaboran como un tipo de sondeo abierto a la comunidad, grupo o población específica para que aporte de manera redactada, con dibujos y hasta con respuestas de preguntas cerradas o abiertas sobre temas concretos que ayudan al investigador a comprender el contexto social, político, económico, ideológico y cultural de su estudio. En esta lógica, los mapas comunitarios aportan ubicación geográfica al investigador con relación a los sujetos estudiados por este, así como las encuestas y cuestionarios se convierten en una oportunidad para que quienes participan en las movilizaciones y organizaciones colectivas puedan ser escuchados.

La importancia de escuchar a los participantes de una movilización social se encuentra no nada más en la comprensión del fenómeno en general de sus componentes internos organizativos y de proyección y acción colectiva, sino que también hacen visible a los sujetos estudiados y sus procesos de politización que es lo que interesa al investigador en el campo interdisciplinario de la ciencia política. En esta lógica de técnicas cualitativas y de recuperación de la información comunitaria están las etnografías que surgieron en los estudios

⁴¹ Revisar el texto de Popper, Karl. (2009). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.

antropológicos, pero que han sido reapropiados por la ciencia política y otros campos de lo social y lo humano en la actualidad.

Pensar en etnografías es visualizar que los sujetos en sí mismo son fuente de conocimiento sobre su propio fenómeno. Aquí el conocimiento referente a las movilizaciones sociales no es exclusivo de quien realiza la investigación, sino también quienes participan en dichas movilizaciones se convierten en el motor principal de información que puede llevar a una mayor y más completa comprensión sobre los sujetos estudiados. De ahí que la etnografía es una técnica que se basa en observación participante, grupos focales y experiencias de vida o testimonios que aporta descripciones y rasgos del sujeto analizado desde su interior.

Muestra de ello es que la observación participante consiste en que el investigador se adentra en una organización o movilización y comienza a registrar en una libreta o aparato electrónico cualquier aspecto que considera relevante. No hay una regla que indique que no se debe describir o registrar, pero si se recomienda que quien aplica este tipo de técnicas debe tener claro que la información debe apoyar la argumentación de lo que plantea y estar en el marco de su proyecto investigativo.

Otra forma etnográfica es el grupo focal que se caracteriza por convocar a un selectivo número de activistas, militantes o estudiosos del tema para discutir la pertinencia o relevancia de este último. En el campo de los movimientos sociales, la etnografía de grupos focales funciona a partir de seleccionar un pequeño número de activistas y reflexionar con respecto a las demandas y objetivos de la movilización, pero también se invita a estos a espacios más académicos como congresos, talleres o conferencias para contrastar lo que ellos enuncian con lo que se expone en términos académicos en los espacios universitarios. La idea de los grupos focales es que el investigador escuche y registre la diversidad de opiniones sobre lo que este ha decidido estudiar. Este tipo de técnicas sirven para facilitar la categorización y definición del sujeto estudiado, al igual que su diseño permite lograr una mayor efectividad para la caracterización del fenómeno analizado.

Caracterización que se hace a partir de los diversos sujetos de enunciación que arrojan datos, cuya interpretación y narrativa que tienen con relación a los hechos, procesos y sobre cómo se visualizan

así mismos es variante. Pero pese a la variación, el investigador debe identificar los aspectos comunes discursivos y de contenido entre quienes integran los grupos focales. Cada vez más dichos grupos son usados como técnica para recabar la información de experiencias movilizatorias. En esta técnica se articulan otras como la recuperación de testimonios y otras narrativas que ayudan a ampliar la comprensión del fenómeno analizado. En esta lógica, los ejercicios investigativos como las historias de vida en las que el sujeto habla y describe su experiencia en las movilizaciones sociales, sin ningún tipo de filtro, se convierten en fuentes valiosa para entender el papel de los sujetos en los procesos y disputas políticas desde lo colectivo.

Finalmente hay que reflexionar que las técnicas cualitativas en su conjunto posibilitan un acercamiento a los rasgos que hacen que el sujeto luche por su constitución y no se limite a indicadores y variables numéricas. Aunque como se analizará en el próximo inciso de este manuscrito, las técnicas cuantitativas si son articuladas de manera coherente con el proyecto investigativo y las base teórico-metodológicas pueden servir de respaldo de afirmaciones referentes al desarrollo argumentativo de los casos o caso estudiado. Incluso en la realización de pesquisas de naturaleza mucho más teórica, los datos analizados con instrumentos cuantitativos pueden llegar a aportar un apoyo significativo en la argumentación que se sostenga en el trabajo como se explica en el siguiente apartado.

4.6. Técnicas Cuantitativas

Como ya se mencionó, hay una tendencia en las ciencias sociales para estudiar los distintos casos de movilización colectiva en América Latina a partir del uso de técnicas cualitativas. Técnicas que son elegidas principalmente por el interesado en los movimientos sociales, debido a que este tipo de herramientas son efectivas en la recuperación de información y los componentes que integran la dimensión subjetiva del fenómeno estudiado. Hay que señalar de manera importante que los rasgos del sujeto estudiado muchas veces se llegan a perder o a invisibilizar en los análisis cuantitativos, porque son sustituidos por cifras que pueden servir de indicadores, pero no de elementos con profundidad explicativa.

Sin embargo, esto no significa que las técnicas cuantitativas no sean necesarias para el análisis de las movilizaciones sociales y otros fenómenos en el marco politológico, porque dichas técnicas tienen una función de calibrar y sintetizar los sujetos estudiados. Por un lado, la idea de calibrar en términos investigativos desde la ciencia política se hace en el sentido de Sartori (2015), quien plantea que para corroborar la veracidad y el grado de relación de las categorías de análisis con la realidad del fenómeno estudiado es necesario el uso de un lenguaje matemático que facilite al politólogo estar seguro que aquello que observa no se limita al mundo de las ideas, sino que también se hace presente en el movimiento y acción de los sujetos de carne y hueso.

Veracidad en este caso no como sinónimo de verdad, sino entendida como aquella cualidad que desarrolla el investigador para validar que su sujeto de estudio tiene una correspondencia a la realidad social y política. El objetivo de este aspecto consiste en que se identifiquen indicadores numéricos que sirvan de apoyo al estudioso para lograr que la abstracción teórica y conceptual que este construye no sea una entelequia o fantasía discursiva ausente de conexión con sujeto de la historia, la política y la sociedad. Los indicadores numéricos en el lenguaje cuantitativo son todos aquellos que permiten al investigador señalar por medio de cifras y estadísticas la existencia del fenómeno estudiado.

Mientras por otra parte, la síntesis es una función de las técnicas cuantitativas que hace más operativo el manejo y comprensión de grandes cantidades de información descriptiva para su análisis. Por supuesto, el investigador en este sentido debe distinguir entre aquella información que no puede ser sintetizada en un lenguaje cuantitativo y la que si se puede traducir en cifras. Por ejemplo, 500 entrevistas realizadas a participantes en una marcha pueden ser sintetizadas y manejadas por medio de un instrumento cuantitativo de recolección como la encuesta con opciones de respuesta cortas y puntuales, al igual que pensadas numéricamente para facilitar el registro de los resultados obtenidos. Pero 5 historias de vida o entrevistas a especialistas y dirigentes que tiene un mayor rasgo cualitativo sirven más al investigador como dato descriptivo y en el que se hagan más visibles los hechos o los procesos de los sujetos.

Por lo tanto, la cuestión no es satanizar o tener prejuicios con el lenguaje cuantitativo, sino más bien comprender su importancia en la investigación. Como lo que han hecho estudiosos con el método comparado en el que los números operan para respaldar los contrastes y similitudes entre los objetos y sujetos estudiados. Hay que señalar que en la lógica de la política comparada —por lo general— se usa más la idea de objeto de estudio que sujeto para el análisis del fenómeno. En este sentido, la política comparada usa técnicas como la estadística que es la agrupación y organización numérica de datos para evidenciar un hecho específico, la aplicación de fórmulas para el análisis de cifras de votación y encuestas como instrumento de recolección de datos empíricos (Traugott y Lavrakas, 1997).

Hay que señalar, las encuestas y las estadísticas por lo general responden a formulas o cálculos que se hacen sobre la proyección política en términos electorales. En esta lógica se puede observar que las fórmulas matemáticas son ecuaciones que usan variables dependientes e independientes que tratan de descifrar y adelantarse a los comportamientos de los sujetos en la disputa electoral, al igual que son un esfuerzo por representar los riesgos de dichas contiendas. La aplicación de estas ecuaciones es articulada con estadísticas y encuestas que ayudan a que se afinen este tipo de instrumentos cuantitativos.

De ahí que especialistas en técnicas cuantitativas como W.L. Miller (2017) aporten la idea acertada que los datos deben servir como indicadores de respaldo de la observación de politólogo. Observación que derive en una clasificación de datos para que el mismo investigador sepa discriminar aquellos que le sirven de esos otros que no son tan significativos para la argumentación de sus hipótesis o tesis. De ahí que el manejo y la síntesis de datos depende de que el investigador tenga claridad entre los esos datos que Miller (2017) clasifica como primarios, secundarios, agregados e individuales. Criterio que ayuda a que el politólogo seleccione con mayor facilidad y manejo operacional los datos e información de respaldo argumentativo a su pesquisa.

Esta clasificación de Miller (2017) se explica de la siguiente manera: primarios, secundarios, agregados e individuales. Los primarios son los datos que genera el investigador por sí mismo cuando no hay otros referentes estadísticos. Es riesgoso este dato, porque muchas veces no

escapa de la formulación del investigador que domina en la elaboración de los instrumentos de la pesquisa. Pero este tipo de datos tiene la virtud que permite adaptar la recolección de estos más a la necesidad del estudioso. Mientras que los secundarios son aquellos arrojados por entidades, instituciones, organizaciones u otras instancias que tienen instrumentos y formulas cuantitativas probadas de otras pesquisas, así como un equipo que no se reduce a un investigador, sino a una serie de personal que realiza funciones desde lo operativo y logística hasta las de índole académica y propiamente del estudio.

Por lo tanto, los resultados aquí tienen la tendencia a ser menos inexactos y abarcan un rango amplio de muestreo. El aspecto positivo de estos datos secundarios se encuentra en que estos amplían la visión del investigador sobre los indicadores que puede usar y percibir en su pesquisa. Dichos datos tienen en punto débil que pueden llegar a ser generales, pese a su profundidad, y no consiguen responder totalmente a las necesidades particulares del investigador.

Por otra parte, están los datos agregados e individuales. Los primeros responden a cifras que refieren al espacio y tiempo de una situación o problemática. El espacio en esta lógica implica establecer una relación entre los datos y la geografía de los indicadores. Muestra de ello es cuando el investigador requiere ubicar el número de asistentes de una protesta en un lugar específico para comparar este caso específico con otros. La idea de estos es que en la investigación se logre calibrar el análisis de los sujetos estudiados con respecto a la realidad en la que estos se encuentran insertados. Además, es importante mencionar que los datos agregados refieren a una dimensión temporal o rangos de periodos que facilitan al estudioso la observación del fenómeno y a definir incluso la unidad de análisis.

Mientras que por otro lado, los datos individuales son de un tipo único que aparentemente están aislados de otros grupos de cifras. La razón de ello es porque responden a una persona o a un problema o aspecto determinado que todavía no se ha logrado relacionar o agregar dentro de diversos grupos de datos. En el marco de los estudios de los movimientos sociales, los datos individuales tienen sentido en función de su relación con otros tipos como los agregados o los secundarios. Por sí mismo, los datos personales no cumplen una función de contraste de

la realidad que requiere calibrar y observar quien investiga. Por ello, es necesario comprender que las técnicas cuantitativas se caracterizan por el manejo y selección de datos que permiten al especialista o interesado en la problemática tomar distancia sana de los sujetos estudiados para no dejarse absorber por completo de la subjetividad.

Así como también, el politólogo no debe subordinarse al lenguaje matemático, cuyo impacto sobre las ciencias sociales ha sido subordinar los contenidos analíticos de las categorías a la lógica del imperio de los números o cifras. Estos últimos han llegado a sintetizar tanto la realidad que no dejan visualizar los procesos y hechos a partir del movimiento de los sujetos. Razón por la que la subjetividad no es sinónimo de falta de objetividad como se ha explicado con anterioridad. Ni tampoco la objetividad se limita a un lenguaje cuantitativo.

Conclusiones y Reflexiones: hacia Nuevas Explicaciones Politológicas

Conclusions and Reflections:

Toward New Explanatory Frameworks in Political Science

“Entonces la historia es un discurso del poder,
quienquiera que lo haga,
en el cual creen quienes ejercen ese poder y,
en medida en que la seudocomunidad es estable y
no ha sido rota por una crisis histórica...”

—Gilly, Adolfo. *La historia como crítica o como discurso del poder* (2005)

En conclusión, los movimientos sociales latinoamericanos son sujetos que luchan por su propia politización frente a la expansión del capitalismo y el orden emergente de la Inteligencia Artificial. Esta idea cuestiona las tesis de la acción colectiva, al igual que aquellas enmarcadas en el reconocimiento de la diferencia bajo la lógica del liberalismo contemporáneo que generalmente se han convertido en el punto de referencia de la ciencia política. Por cierto, la ciencia política tradicional enfocada en su laberinto de búsqueda de identidad propia ha dejado de lado, la idea que las fuentes de la historia, la psicología, la sociología, la antropología, la filosofía y otros campos de conocimiento social y humano que la han nutrido a lo largo de la historia, son parte fundamental de su epistemología, metodologías y los marcos teórico-conceptuales.

Precisamente, la riqueza de la politología está en la diversidad de los debates teórico-conceptuales y epistemológicos interdisciplinarios, no en abordar las variadas temáticas y problemáticas con base en único método. Ni mucho menos, en la idea que hay una identidad disciplinaria unificada mediante un paradigma científico que evoluciona conforme hay innovaciones en las pesquisas académicas. Los movimientos sociales, en este sentido, son fenómenos y sujetos que muestran que las

explicaciones centradas exclusivamente en la objetividad, tienen límites explicativos al no considerar a los procesos de concientización y las ideologías e identidades como estrategias de politización de los sujetos.

Hay que señalar que la objetividad y empirismo de la ciencia política —como evidenció el análisis sartoriano— responde a esa necesidad aspiracional del estudio de las relaciones de mando obediencia, para aspirar a ser ciencia y fundar su conocimiento en paradigmas como sucede en los campos de las investigaciones de las disciplinas naturales y “duras”. Pero, la ciencia política no se rige así, porque el conocimiento que estudia es dialéctico, dinámico y constantemente tiene elementos que son subjetivos o tienden a ser fenómenos de percepción colectiva. No en el sentido de la psicología que se enfoca en el comportamiento individual, porque la ciencia política usa herramientas de esta disciplina para explicar la forma en que los movimientos sociales son sujetos al adquirir conciencia de su potencia y capacidad. De tal manera que la politología, se encarga de analizar las formas mediante las cuales los individuos se relacionan con el Estado y el poder.

Hay que señalar que la ciencia política es ciencia no por tener paradigmas o tener tendencias empiristas en sus corrientes investigativas a su interior, sino debido a que tiene métodos plurales que permiten crear y producir conocimiento y explicaciones sobre este. Los paradigmas, entendidos como modelos lineales de avance de conocimiento, ni siquiera funcionan como ha insistido la política comparada, porque la lógica epistemológica de esta disciplina nace de la crítica de las teorías y postulados sobre los fenómenos y sujetos que se estudian. Por ello, la cuantificación de las protestas y el grado de negociación de los movimientos sociales como indicadores científicos no necesariamente derivan en explicaciones politológicas completas sobre los fenómenos y sujetos.

En este libro, se cuestiona la lógica de estas tesis empiristas y comparativistas usadas en gran medida por la politología tradicional en realidad, porque en sus narrativas académicas dejan fuera a la historia y política que son fundamentales para comprender la trayectoria y las causas de los movimientos sociales. Es importante considerar que la historia y la política, son esferas en donde construyen y deconstruyen a los movimientos sociales, sino más bien, hacen referencia a los

momentos en donde dichas movilizaciones logran establecer de manera directa un vínculo con la esfera gubernamental (Fals Borda, 1987, 1989). Los momentos de las movilizaciones son elementos que se desarrollan en el proceso de subjetividad de estos. Estos momentos que experimentan las movilizaciones van desde la organización y concientización de las causas sociales hasta la proyección política y el despliegue de la performatividad, la acción colectiva y el reconocimiento de estas frente al Estado.

Dichas tesis, en este sentido, excluyen en sus explicaciones la idea que los movimientos sociales también provienen de una profunda lucha en contra de las relaciones de dominación. Relaciones que hasta la fecha persisten en las diversas sociedades de los países en la región, cuyos rasgos principales de estas, son la combinación de la colonialidad, el racismo, el sexismo y el clasismo, entre otras que han generado la desigualdad, la injusticia, la marginación, el olvido, la exclusión y la subalternidad hasta hoy. En contraste con el postulado que se argumenta en esta obra en donde los movimientos sociales se caracterizan por estar constantemente inmersos en un proceso de subjetivización en términos históricos y políticos.

Proceso que es complejo, por ser agonista (diferencias respetadas por el otro en un marco institucional democrático), antagonista (oposición en tensión que lleva a la relación amigo/enemigo), contradictorio (en términos históricos), conflictivo (naturaleza humana entre lo privado y lo común/público/colectivo) e incluso hasta en donde la violencia se convierte en parte inherente de dicho proceso. Por ello, este proceso abarca desde los momentos de identidad y estrategias ideológicas que plantean los sujetos al organizarse hasta las formas de expresión colectiva y las acciones que dirigen para ser escuchados, reconocidos e incluidos en las decisiones y negociaciones gubernamentales. De ahí que quienes integran los movimientos sociales latinoamericanos, se encuentran inmersos en un proceso en donde se constituyen y deconstruyen como sujetos de su propia historia y política.

La discusión central de los movimientos sociales al día de hoy, debe ser orientada a la potencia que tienen dichos movimientos para luchar por ser quienes escriban su propia historia y, definan sus formas de politización desde esos lugares en donde se siembran posibles proyectos

que pueden ser alternativas frente a la progresiva deshumanización en el orden de la Inteligencia Artificial que ya es una realidad en América Latina. Razón que lleva a pensar a las movilizaciones, como sujetos que se politizan, no a partir de la eficiencia de los repertorios sobre las decisiones gubernamentales o la capacidad de sus dirigentes para negociar y ser cooptados por los partidos y sistemas que hacen funcionar institucionalmente los Estados.

En el caso de América Latina, los movimientos sociales son sujetos que luchan por su proceso de constitución política e histórica que les ha sido negado por el tiempo homogéneo como plantea la mirada teórica marxista-benjaminesca. Estos movimientos no son espontáneos, aunque tienen acciones colectivas que llegan a expresarse de esa manera, porque provienen de esa tradición de los oprimidos que es resultado del cúmulo de agravios en la historia y de múltiples situaciones que ya no son tolerables por una parte importante de la sociedad. A diferencia de la tradición marxista-benjaminesca, los oprimidos en estos tiempos se encuentran manifestados en una pluralidad de sujetos, en donde estos combinan las distintas estrategias de clase, etnia-raza, género y otras que usan contra la persistencia colonial y la expansión del capitalismo.

Razón que llevó a pensar en este libro, la idea que los movimientos sociales son sujetos que tanto al ser estudiados permiten la producción de conocimiento como también en sí mismos son creadores de formas para comprender las esferas de la política y el poder. De ahí que los movimientos sociales se convierten en sujetos de conocimiento político de manera activa y no pasiva como los ha definido a estos la politología en las últimas décadas. La clave del conocimiento político y social se encuentra en el estudio del movimiento de los sujetos, cuyas contradicciones, antagonismos y conflictos están presentes en estos.

No son ángeles, ni demonios, son sujetos de la historia y la política que intentan organizarse y luchar por su liberación, sin la garantía que en ese proceso lo logren, porque pueden existir tropiezos, obstáculos y hasta transformaciones que los lleven a proyectos opuestos a las utopías e ideas que originalmente los habían motivado a dicha liberación. La idea de pensar en forma propositiva a los movimientos sociales, es

superar los prejuicios académicos que todavía persisten sobre que es una problemática que atañe únicamente a la sociología o, que la forma para estudiar a estos desde la ciencia política debe ser a partir del método comparado y los parámetros investigativos estadounidenses.

Otro de los derroteros que el estudio de las luchas sociales debe enfrentar en la ciencia política, son las clasificaciones impuestas por la interpretación liberal del siglo XX que neutralizaron la carga emancipadora de las luchas sociales en sus explicaciones, al dejar de comprender las causas estructurales que conducen a su surgimiento. En la actualidad, estos no ayudan a explicar mucho lo que son los movimientos, debido a que la historia latinoamericana ha mostrado que dichos movimientos con o sin partidos se politizan. Incluso las movilizaciones llegan a ser sujetos capaces de expresar fuerzas que ponen, legitiman y quitan gobiernos, tal como ha sucedido en los casos de Bolivia, México, Colombia, entre otros países de la región.

Los movimientos no son esas organizaciones o conjuntos de sujetos sociales que cuestionan el poder para la revolución del *statu quo*, en donde la esfera de la política es visualizada de manera ajena este tipo de proceso. Pese a que, sin la interacción de los sujetos con dicha esfera, estos difícilmente pueden intervenir en los cambios de las relaciones tanto de mando-obediencia como entre gobernantes y gobernados. Muchas veces, la izquierda posmoderna, en este sentido, ha entendido que la despolitización de los sujetos de las movilizaciones hace que estos tengan la posibilidad de no ser cooptados o corrompidos por el poder y el Estado. Sin embargo, lo que ha olvidado o desconoce este tipo de izquierda en sus análisis es que los movimientos para cambiar la realidad tienen que convertirse en sujetos políticos y enfrentar sus contradicciones y antagonismos, porque estos experimentan una tensión entre los fines colectivos y los intereses individuales.

Esto es una dualidad contradictoria que se caracteriza, por un lado, en la lucha colectiva por la materialización de las utopías relacionadas con los principios y valores de la igualdad, la justicia, la equidad, la inclusión, el derecho a la memoria y otros elementos ideológicos que tienen como objetivo llevar a la sociedad a condiciones menos deshumanizantes.

Pero también por otra parte, los movimientos son conformados por sujetos que no del todo asumen una conciencia colectiva y usan a dichos movimientos para conseguir sus intereses personales. En ocasiones, la conciencia individual domina sobre la colectiva.

Por lo tanto, el comportamiento de los movimientos ha trascendido el derrotero ético-moral de las izquierdas tradicional y la posmoderna que habían colocado a estos como apolíticos y prácticamente formas de organización cívica puras, sin sus propias contradicciones internas y antagonismos. En esta investigación, se trata de mostrar que este tipo de miradas lleva a maniqueísmos en donde se piensan a los movimientos sociales en el plano del deber ser o la manera en que el intelectual cree que deberían ser estos. Pero no aporta al investigador, elementos que permitan relacionar el horizonte utópico e ideológico de las movilizaciones con el contexto y la historia que han experimentado o viven.

Además, hay que considerar casos de países latinoamericanos como Colombia y México, por ejemplo, los movimientos sociales se han mostrado como sujetos centrados en los debates y organizados a partir del horizonte de las acciones por la paz. La paz, en este caso, como una condición necesaria para que puedan existir las protestas sociales. En un país en donde la violencia y la falta de garantías contra los líderes y activistas sociales se ha convertido en un rasgo de las movilizaciones. De ahí que la violencia se convierte en parte fundamental del contexto movilizatorio latinoamericano actual.

Esta realidad latinoamericana que se vive hoy, la teoría política moderna en específico la hobbesiana, ya había enunciado la tesis de la guerra de todos contra todos. Tesis que consiste en plantear que frente a la falta de una unidad estatal, se produce un conflicto intensos entre los distintos grupos de seres humanos que ponen sus intereses personales sobre los comunes. Por eso, el Estado en disputa en condiciones de extrema violencia conduce a los sujetos a deconstruirse también bajo identidades y estrategias de supervivencia a la guerra y los conflictos.

Aquí, precisamente, se politizan quienes han sido desplazados por la violencia y buscan denunciar los agravios que han recibido por la penetración de sujetos armados. Estos últimos, sin una conciencia

realmente de clase, género o de identidad étnica-racial. Aunque si conciencia de ser sujetos capaces de transformar sus realidades territoriales, locales y regionales con base en la construcción de identidades y estrategias alrededor del desplazamiento forzado, la defensa de la comunidad y la paz.

Por ello, la propuesta de este libro llega a la conclusión que los movimientos sociales se politizan a partir de una pluralidad de experiencias que los llevan a estos a adquirir conciencia de los problemas sociales y la necesidad de transformarlos. No de una forma automática, ni tampoco lineal se asumen como sujetos, porque es mediante la experiencia colectiva de estos y la influencia de elementos intelectuales e ideológicos e históricos que conjuntamente llevan a que los sujetos se constituyen o deconstruyen en la historia.

En ese sentido, la experiencia misma del sujeto es la que politiza a este en la historia. Por eso, no es una ideología o identidad determinada o un lugar específico lo que hace político al sujeto, sino la forma en que este se vincula con estas esferas que se expresan en las sociedades modernas. Sociedades en donde las relaciones de mando-obediencia y las de gobernante y gobernado se entrecruzan en tiempos, ritmos y velocidades a tal punto que pluralizan la democracia. No lo hacen en un sentido de reglas o sistemas procedimentales e institucionales, sino más, a través de la historia que es una esfera de la vida social que tiene la capacidad y potencia de articular el pasado con el presente y, desde luego, la proyección del futuro. Esta última en constante disputa entre el pasado y el presente. El pasado se define como un futuro aprendido y no como un hecho inerte en tiempo pretérito.

Dicha relación de los movimientos sociales con el poder, la dominación y la política es crítica, pero también estos buscan formas alternativas para reapropiarse y resignificar de estas esferas desde sus condiciones subalternas y mediante una serie de estrategias ideológico-políticas e identitarias de lucha. Por esto, los movimientos tienen la posibilidad de escribir la historia, a partir de su propia experiencia y bajo el lugar del cuestionamiento del poder y la dominación. Pensar a esto permite al investigador ser también un crítico del orden que domina, manipula y somete a los sujetos.

Finalmente, la propuesta de esta obra —como ya se mencionó— no fue derivar en un manual universitario, ni mucho menos en una guía sobre qué son los movimientos sociales, sino en un trabajo de discusión investigativa orientado a la reflexión teórica y al análisis interdisciplinario, entre la ciencia política, las ciencias sociales y las humanidades. Este último aspecto es el horizonte hacia donde va la politología hoy tanto en el estudio sobre las luchas sociales como también de otras problemáticas investigativas. De ahí que hablar de dichas luchas, es discutir las distintas formas en que los sujetos de conocimiento se encuentran en movimiento y constante proceso de liberación o esfuerzos de emancipación en las realidades latinoamericanas.

Referencias

References

- Almeida, P. (2020). *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*. CLACSO.
- Anderson, B. (2007). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, P. (2018). *La palabra H. Peripecias de la hegemonía*. Akal.
- Anderson, K. B. (2024). Nacionalismo y etnicidad. En Musto, Marcello (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.287-312). Akal.
- Andrade Sánchez, E. (2021). *Introducción a la ciencia política*. Tirant Lo Blanch.
- Anguiano, A. (2017). *José Revueltas, un rebelde melancólico. Democracia bárbara, revueltas sociales y emancipación*. Editorial Pensamiento Crítico.
- Anria, S. (2024). Movimientos sociales y partidos políticos: apuntes para continuar una agenda de investigación. *Desafíos*, 36(1), 1-24.
- Aristóteles. (2011). *Política*. Espasa.
- Arendt, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial.
- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Paidós.
- Arendt, H. (2012). *¿Qué es la política?* Paidós.
- Arrighi, G., Wallerstein, I. & Hopkins, T. H. (1999). *Movimientos antisistémicos*. Akal.
- Archila Neira, M., García Velandia, M. C., Parra Rojas, L. & Restrepo Rodríguez, AM. (2019). *Cuando la copa rebosa. Luchas sociales en Colombia (1975-2015)*. CINEP.

- Ávila Rojas, O. (2019a). El indianismo y la discusión vigente sobre la constitución política del indio en Bolivia. *Antípoda. Revista De Antropología Y Arqueología*, 37, 139-159. <https://doi.org/10.7440/antipoda37.2019.07>
- Ávila Rojas, O. (2019b). El debate sobre la centralidad política del oprimido. La vigencia de Marx y Engels en América Latina. *Sabia Revista Científica*, 5(1), 50-72. <https://doi.org/10.47366/sabia.v5n1a4>
- Ávila Rojas, O. (2019c). El sujeto zapatista y su proyecto político. Un análisis desde documentos fundamentales. *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas*, 19 (37), 83-93. <https://doi.org/10.22518/usergioa/jour/ccsh/2019.2/a02>
- Ávila Rojas, O. (2020a). *Indianismo vs Vivir Bien: la disputa vigente del indio en Bolivia*. Universidad del Cauca.
- Ávila Rojas, O. (2020b). *El indígena desde el zapatismo: un caso de centralidad política del indio*. Quinto Sol.
- Ávila Rojas, O. (2021a). *Anticolonialismo: Un estudio sobre las ideas de pensadores autodenominados negros e indios*. Ediciones Autonom@s.
- Ávila-Rojas, O. (2021b). ¿Anti o decolonialismo en América Latina? Un debate actual. *Sociedad y Economía*, 44:1-18. <https://doi.org/10.25100/sye.v0i44.106697>.
- Ávila-Rojas, O. (2021c). Poder y sanitocracia en América Latina. Reconfiguración política en la pandemia del 2020. *El Ágora USB*, 21 (2), 610-628.
- Ávila Rojas, O. (2021d). Pensar la ciencia política de forma alternativa: el caso de la mexicana Paulina Fernández Christlieb. *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 51(134), 100-124. <https://doi.org/10.18566/rfdcp.v51n134.a05>
- Ávila Rojas, O. (2023a). *De Marx a las luchas actuales en América Latina*. Editorial Universidad Santiago de Cali: Diké.
- Ávila Rojas, O. (2023b). *Subjetividades políticas indígenas: Tres experiencias regionales latinoamericanas*. Editorial Universidad Santiago de Cali: Diké.

- Ávila Rojas, O. (2023c). *El Estado en el Cauca: Una aproximación investigativa actual*. Editorial Universidad Santiago de Cali
- Ávila Rojas, O. (2024). "Mandar obedeciendo" o el ejercicio democrático del poder. una reflexión sobre el aporte zapatista a la ciencia política. *Análisis Político*, 37(108), 130–146. <https://doi.org/10.15446/anpol.v37n108.116969>
- Ávila Rojas, Odín, Matamoros Ponce, Fernando & Melgarejo Pérez, Manuel Alfonso. (2024). Discusiones interdisciplinarias sobre persistencia colonial, descolonización, experiencia y pasajes socioantropológicos y políticos latinoamericanos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*. 57: 3-19. <https://doi.org/10.7440/antipoda57.2024.01>
- Aziz Nassif, A. (2009). La ciencia política: empirismo, fortaleza vacía, hibridación y fragmentos. En González Casanova, P. (coord.). *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos*, (pp.67-92). Universidad Nacional Autónoma de México: Siglo XXI.
- Bagú, S. (1977). *Marx-Engels: Diez conceptos fundamentales de proyección histórica*. Editorial Nuestro Tiempo.
- Bagú, S. (2008). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. Siglo XXI.
- Barbosa Chacón, J. W., Barbosa Herrera, J. C., & Rodríguez Villabona, M. (2013). Revisión y análisis documental para estado del arte: una propuesta metodológica desde el contexto de la sistematización de experiencias educativas. *Investigación bibliotecológica*, 27(61), 83-105.
- Barrientos del Monte, F. (2013). El debate en torno a la cientificidad de la ciencia política. *Revista de Estudios Políticos*, (6), 26-43.
- Barrientos del Monte, F. (2020). La Ciencia Política a través de sus manuales: tendencias teóricas y perspectivas metodológicas. *México y América Latina en perspectiva comparada Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*, 20(39).
- Bautista Lucca, J. (2019). Los conceptos en la política latinoamericana comparada. *Espiral*, 26(74), 9-48. <https://doi.org/10.32870/espiral.v26i74.7055>

- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Bengoa, J. (2016). *La emergencia indígena en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (2007). *Sobre el concepto de historia: tesis y otros fragmentos*. Buenos Aires: Piedras de Papel.
- Benjamin, W. (2009). Sobre los judíos en la cultura alemana. En Tiedemann, Rodolf & Schweppenhäuser (eds). *Walter Benjamin. Obras. Libro II/Vol.2*, (pp.425-436). Abada editores.
- Bobbio, N. & Matteucci, N. (1985). *Diccionario de política*. Siglo XXI.
- Bobbio, N. (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Taurus.
- Bobbio, N. (2009). *Estado, gobierno y sociedad: por una teoría general de la política*. Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. (2022). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Fondo de Cultura Económica.
- Bonfil Batalla, G. (1999). *Pensar nuestra cultura*. Editorial Patria.
- Bonfil Batalla, G. (2005). Historias que todavía no son historia. En Pereyra, C., Villoro, L. & Gilly, A. (eds). *Historia ¿Para qué?*, (pp. 227-250). Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2013). *El Oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2024). *Las trampas de la investigación. cómo detectar los límites, prejuicios y puntos ciegos en las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Borges de Meneses, R. D. (2013). La deconstrucción en Jacques Derrida: Qué es y qué no es como estrategia. *Universitas Philosophica*, 30(60), 177-204.
- Brown, Heather A. (2024). Igualdad de género. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.267-286). Akal.

- Braudel, F. (1992). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial.
- Bloch, E. (2006). *El principio esperanza*. Volumen 1. Trotta.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. Volumen 2. Trotta.
- Cadenas, H. (2016). La función del funcionalismo: una exploración conceptual. *Sociologías*, 18 (41), 196-214
- Callinicos, Al. (2024). Lucha de clases. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx*. Nuevas interpretaciones y conceptos clave, (pp.133-154). Akal.
- Carranza Franco, Francy. (2020). *Arme y desarme en Colombia, Creación de ciudadanía, construcción de Estado y procesos de DDR*. CINEP.
- Capdeferro Villagrasa, Ó., & Ponce Solé, J. (2022). Nudging e inteligencia artificial contra la corrupción en el sector público: posibilidades y riesgos. *Revista Digital de Derecho Administrativo*, (28), 225-258. <https://doi.org/10.18601/21452946.n28.08>
- Castorina, F. & Wieczorek, T. (2020). Historia de las ideas. En Nosetto, L. & Wieczorek, T. (eds.). *Métodos de teoría política: Un manual*, (pp. 15-38). Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era Internet*. Alianza Editorial.
- Castillo Gómez, L. C. (2007). *Etnicidad y nación. El desafío de la diversidad en Colombia*. Universidad del Valle.
- Castillo Gómez, L. C. (2016). *Organizaciones afrocolombianas. Una aproximación sociológica*. Universidad del Valle
- Castro Gómez, S. (2005). *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2015). *Revoluciones sin sujeto: Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. Akal.

- Caiafa, C. F. & Lew, S. E. (2020). ¿Qué es la Inteligencia Artificial? IAR. Boletín Radio@stronómico, 69 (6), 1-7.
- Coeckelbergh, M. (2024). *La filosofía política de la inteligencia artificial. Una introducción*. Cátedra.
- Cohen, J. & Arato, A.(2005). *Sociedad civil y teoría política*. Fondo de Cultura Económica.
- Concepción Montiel, L. E. (2016). El análisis del discurso y su relevancia en la teoría y en la práctica de la política. *Revista Internacional De Pensamiento Político*, 5, 15-32. <https://doi.org/10.46661/revintpensampolit.1804>
- Constant, B. (2023). *Principios de política aplicables a todos los gobiernos representativos*. Página Indómita.
- Córdoba Jaimes, E. (2017). El Estudio del Estado en las Ciencias Políticas. Criterios. *Cuadernos de Ciencias Jurídicas y Política Internacional*. 10 (2), pp. 23-44.
- Cuellar Argote, J. A., Huertas, S. A. & Sánchez, C. A. (2020). La Ciencia Política en Colombia. Reflexiones sobre su quehacer investigativo. *Civilizar*, 20(39), 69-84. <https://doi.org/10.22518/jour.ccsch/2020.2a04>
- Choque Canqui, R. (2014). El indigenismo y los movimientos indígenas en Bolivia. *Unidad de Investigaciones Históricas: PAKA XA*.
- Das, V. (1997). La subalternidad como perspectiva. En Rivera Cusicanqui, S. & Barragán, R.(comps.). *Debates Post Coloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, (pp.279-292). Aruwiwiri.
- D'Auría, A. (2022). *Metáfora y política: condicionamientos retóricos del pensamiento político argentino*. La Ley.
- Delle Femmine, L. (20 de enero de 2025). La fortuna de los más ricos del mundo creció a un ritmo de dos millones de dólares al día. *El País*. <https://acortar.link/O3EIC3>
- Derrida, J. (2008). *De la gramatología*. Siglo XXI.

- Duque Monsalve, L. F., Patiño Gaviria, C. D., Muñoz Gaviria, D.A., Villa Holguín, E.E.& Cardona Estrada, J.J. (2016). La subjetividad política en el contexto latinoamericano. Una revisión y una propuesta. *CES Psicología*, 9(2), 128-151.
- Dussel, Enrique. (2009a). *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*. Trotta
- Dussel, Enrique. (2009b), *Política de la liberación. Volumen II: Arquitectónica*. Trotta.
- Dussel, E. (2022). *Política de la Liberación. Volumen III. Crítica* Creadora. Trotta.
- Eco, U. (2000). *¿Cómo hacer una tesis?* Gedisa.
- Echeverría, B. (1998). *Valor de uso y utopía*. Siglo XXI.
- Fals Borda, O. (1987). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Carlos Valencia Editores.
- Fals Borda, O. (1989). Movimientos sociales y poder político. *Revista de Análisis Político*. 8, 49-58.
- Fanon, F. (1961). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica.
- Fanon, F. (1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Abraxas.
- Farrington, B. (1979). *Ciencia y política en el mundo antiguo*. Editorial Ayuso-Editorial Pluma.
- Fair, H. (2019). Análisis político del discurso e investigación empírica: herramientas teóricas y estrategias metodológicas para estudiar identidades y procesos políticos desde América Latina. *Ciencia Política*, 14(27), 47-90. <https://doi.org/10.15446/cp.v14n27.73323>
- Federici, S. (2010). *Caliban y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de sueños.
- Fontaine, G. (2015). *El análisis de políticas públicas. Conceptos, teorías y métodos*. FLACSO-Anthropos.

- Foster, J. B. (2024). Ecología. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.241-266). Akal.
- Foucault, M. (2003). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2020). *El orden del discurso*. Austral.
- Foucault, M. (2023). *Historia de la Sexualidad. Vol. 1. La Voluntad del Saber*. Siglo XXI.
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda. Traficante de sueños*.
- Galeano, M. E. (2018). *Estrategias de Investigación social cualitativa. El giro en la mirada*. Universidad Antioquia.
- Gall, O., Iturriaga-Acevedo, E., Morales, D. & Rodríguez, J. (2022). *El racismo: recorridos conceptuales e históricos*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gallardo, H. (2007). *Democratización y democracia en América Latina*. Ediciones Desde Abajo.
- García-Linera, Á. (2009). *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al ayllu universal*. CLACSO: Muela del Diablo:Comuna.
- García López, D. J. (2017). Fragmentos de la metáfora orgánica en el pensamiento político moderno. *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 72(272 Extra), 735–760. <https://doi.org/10.14422/pen.v72.i272.y2016.014>
- Ghiretti, H. (2009). La metáfora en el pensamiento político: una exploración. *Opúsculo filosófico*, 2(5), 15-41. <https://bdigital.uncu.edu.ar/8231>
- Gilly, A. (2005). La historia como crítica o como discurso del poder. En Pereyra, C., Villoro, L. & Gilly, A. (eds). *Historia ¿Para qué?*, (pp. 195-225). Siglo XXI.
- Gilly, A. (2006). *Historia a contrapelo. Una constelación*. Era.

- Gilly, A. (2010). Ciencias sociales e historia. Notas interdisciplinarias. *Andamios*, 7(13), 217-232.
- Giraudy, A., Moncada, E., & Snyder, R. (2021). El análisis subnacional: aportes teóricos y metodológicos a la política comparada. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 41(1), 1-34. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2021005000107>
- Glaser, D. (2017). La teoría normativa. En Marsh, D. & Stoke, G. *Teoría y métodos de la ciencia política*, (pp. 33-52). Alianza editores
- González Casanova, P. (2009). Restructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma. En González Casanova, P. (coord.). *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos*, (pp.3-25). Universidad Nacional Autónoma de México: Siglo XXI.
- Grasa, R. (2018). La construcción de la paz como agenda de investigación-acción multipropósito: construcción de paz estratégica y transformación de conflictos. *Revista De Cultura De Paz*, 2, 9-23.
- Gruzinski, S. (2021). *La máquina del tiempo. Cuando Europa comenzó a escribir la historia del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Goffman, E. (1974). *Frame analysis: An essay on the organization of experience*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- González García, J. Ma. (1998). *Metáforas del poder*. Alianza editores.
- Gramsci, A. (1980). Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. En A. Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel: el resurgimiento*, Tomo VI (págs. p.p. 249-285.). Juan Pablo Editores.
- Gramsci, A. (2018). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*. Comares.
- Guadarrama, P. (2019). *Pensamiento Político Latinoamericano: cultura, paz y poder*. Penguin Random House.
- Guha, R. (1997a). Prefacio a los estudios de la subalternidad. Escritos sobre la historia y sociedad sudasiática. En Rivera Cusicanqui, S. & Barragán, R. (comps.). *Debates Post Coloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, (pp.23-24). Aruwiwiri.

- Guha, R. (1997b). La prosa de contra-insurgencia. En Rivera Cusicanqui, Silvia & Barragán, Rossana .(comps.). *Debates Post Coloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, (pp.33-72). Aruwiwiri.
- Guha, R. (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica.
- Gunturiz, A., Gómez Cárdenas, C., Puello-Socarrás, J. F. y Lucca, J. B. (2018). El método comparado y el estudio de las políticas sociales en América Latina y el Caribe. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 8(2), e044. <https://doi.org/10.24215/18537863e044>
- Halperin Donghi, T. (2019). *Historia Contemporánea de América Latina*. Alianza.
- Hardt, M. & Negri, A. (2005). *Imperio*. Paidós.
- Harvey, D. (2007), *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Hawking, S. (1998). *A brief history of time: Updated and expanded tenth anniversary edition*. Bantam Books.
- Hegel, G.W.F. (2000). *Filosofía del derecho*. UNAM.
- Hegel, G.W.F. (2007). *Fenomenología del espíritu*. México; Fondo de Cultura Económica.
- Hegel, G.W.F. (2015). *Lecciones sobre la filosofía de la historia Universal*. Alianza editorial.
- Helg, A. (2018). *¡Nunca más esclavos! Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas*. Fondo de Cultura Económica
- Herazo-Bustos, M. I.& Cassiani-Miranda, C. A. (2015). Humanismo y poshumanismo: dos visiones del futuro humano. *Salud Uninorte*31(2), 394-402.
- Hernández, Sampeiri, R. (2014). *Metodología de la investigación*. McGrawHill editores.

- Hobbes, T. (2013). *El Behemoth o el largo parlamento*. Tecnos.
- Hobbes, T. (2015). *De Cive*. Tecnos.
- Hobbes, T. (2017). *Leviatán. O la Materia, Forma y Poder de una República Eclesiástica y Civil*. Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (2018). *¡Viva la revolución!* Crítica.
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder: El significado de la revolución hoy*. Editorial El Viejo Topo.
- Holloway, J. (2003). *Zapata en Wall Street. Aportes a la teoría del cambio social*. Textos Rebeldes.
- Holloway, J., Matamoros, F. & Tischler, S. (2007). *Negatividad y revolución: Theodor W. Adorno y la política*. Benemerita Universidad Autónoma de Puebla: Herramienta ediciones.
- Holloway, J., Matamoros, F. & Tischler, S. (2009). *Pensar a contrapelo: movimientos sociales y reflexión crítica*. Benemerita Universidad Autónoma de Puebla: Herramienta ediciones.
- Horkheimer, M. (2006). *Estado autoritario*. Ítaca editores.
- Horkheimer, M. (2010). *Crítica de la razón instrumental*. Trotta.
- Howarth, D. (2017). La teoría del discurso. En Marsh, D. & Stoke, G. *Teoría y métodos de la ciencia política*, (pp. 125-144). Alianza editores.
- Hundis, P. (2024). Organización Política. En Musto, Marcello (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.155-176). Akal.
- Inclán Oseguera, M. de la L., & Muñoz Gil, I. (2017). A la sombra de Sidney Tarrow: Conceptos básicos para el estudio de los movimientos de protesta. *Política y gobierno*, 24(1), 189-212.
- James, C.L.R. (2001). *Los Jacobinos negros. Toussaint L'Overture y La Revolución de Haití*. Fondo de Cultura Económica.

- Jessop, B. (2024). El Estado. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.361-384). Akal.
- Johnston, H. (2022). *¿Qué es un movimiento social?* Alianza Editorial.
- Krätke, Michael R. (2024). Capitalismo. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.13-42). Akal.
- Konetzke, R. (2010). *América Latina. II La época colonial*. Siglo XXI.
- Kymlicka, W(1996). *Ciudadanía multicultural*. Paidós.
- Kuhn, T. (1986). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica
- Lao-Montes, A. (2009). Cartografías del campo político afrodescendiente en América Latina. *Universitas Humanística*. (68), 207-245.
- Lee, S., & Kirby, J. (1963). *Fantastic Four* ,13. Marvel Comics.
- Lefebvre, H. (2013). *Lógica formal, lógica dialéctica*. Siglo XXI.
- Locke, J. (2015). *Segundo Tratado sobre el gobierno civil*. Alianza editorial.
- López Leyva, M. A. (2012). Los movimientos sociales y su influencia en el ciclo de las políticas públicas. *Región y sociedad*, 24(55), 159-197.
- Losiggio, D. & Zaidan, L. (2020). Deconstrucción. En Nosetto, L. & Wieczorek, T. (eds.). *Métodos de teoría política: Un manual* (pp. 123-144). Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA.
- Löwy, M. (2010). *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Ocean Sur.
- Löwy, M. (2024). Revolución. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.177-194). Akal.
- Marsh, D. (2017). La convergencia entre las teorías del Estado. En Marsh, D. & Stoke, G. *Teoría y métodos de la ciencia política*, (pp. 273-292). Alianza editores.

- Mainwaring, S. & Pérez-Liñan, A. (2019). *Democracias y dictaduras en América Latina. Surgimiento, supervivencia y caída*. Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, N. (2016). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Akal.
- Maquiavelo, N. (2020). *El Príncipe*. Akal.
- Mariátegui, J. C. (2002), *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Era.
- Martínez-Velasco, J. F., Riquelme Alcantar, G. M. L., & Reséndiz-Ponce, A. A. (2023). Los movimientos sociales en perspectiva. Análisis comparado de las movilizaciones armadas y estudiantiles y su incidencia en la reconfiguración del Estado mexicano contemporáneo. *Revista De Investigaciones Universidad Del Quindío*, 35(1), 359–372. <https://doi.org/10.33975/riuq.vol35n1.1241>
- Marvel Database. (2024). Uatu. En *Marvel Encyclopedia*. Recuperado de <https://acortar.link/cRHgBO>
- Marx, K. (1974 a). Prólogo. En Marx, Carlos. *Crítica a la contribución de la economía política*, (pp.9-17). Ediciones de Cultura Popular.
- Marx, K. (1974 b). Introducción a la crítica de la economía política. En Marx, K. *Crítica a la contribución de la economía política*, (pp.233-273). Ediciones de Cultura Popular.
- Marx, K. (1979). *El Capital*. Tomo I/Vol.1. Libro primero. El proceso de producción del capital. Siglo XXI.
- Marx, K. (2002). *Crítica a la Filosofía del Estado de Hegel*. Editorial Biblioteca Nueva.
- Marx, K. (2003). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Alianza editorial.
- Marx, K. (2006). *Manuscritos Económico Filosóficos de 1844*. Colihue.
- Marx, K. (2011). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador (1857-1858)*. Tomo1. Siglo XXI.

- Marx, K. y Engels, F. (1970). *Acerca del colonialismo*. Progreso. (Cartas y fragmentos de artículos de Marx).
- Marx, K. y Engels, F. (2007) *El Manifiesto Comunista de Karl Marx y Friedrich Engels*. Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, N. (2010). *El Príncipe*. Alianza Editorial.
- Maquiavelo, N. (2016). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Editorial Akal.
- Macpherson, C. (1997). *La democracia liberal y su época*. Alianza.
- Massal, J. (2006). “El Papel de los movimientos sociales en la consolidación democrática: Reflexiones alrededor del caso ecuatoriano en perspectiva comparada”. *Colombia Internacional* 1 (63): 108-27. <https://doi.org/10.7440/colombiaint63.2006.05>.
- Melucci, A. (2002). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México: El Colegio de México.
- Meschkat, K. (2023). *El marxismo en Colombia: sobre la relación entre la teoría de la revolución y el movimiento social*. Universidad del Valle.
- Meiksins W. E. (2016). *Democracy against capitalism: renewing historical materialism*. Verso Edited.
- Meiksins, W. E. (2024). *Democracia*. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.79-102). Akal.
- Meyenberg, Y. (2019). Los clásicos de la política comparada. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(139). <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1990.139.70499>
- Mezzadra, S. & Samaddar, R. (2024). *Colonialismo*. En Musto, Marcello (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.337-360). Akal.
- Mires, F. (2001). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina* Mires. Siglo XXI Editores.

- Mosca, G. (2009). *La clase política*. Fondo de Cultura Económica.
- Moishe, P. (2024). Capital y temporalidad. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.217-240). Akal.
- Musto, M. (2020). *Karl Marx, 1881-1883. El último viaje del moro*. México: Siglo XXI.
- Musto, M. (2024). Comunismo. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp. 43-78). Akal.
- Navarrete, María Cristina. (2007). “Las memorias de San Basilio de Palenque”, Informe de investigación inédita, Cali.
- Navarrete, María Cristina. (2008). *San Basilio de Palenque: Memoria y tradición*, Cali, Programa Editorial Universidad del Valle.
- Navarrete, María Cristina. (2010a). *La diáspora judeoconversa en Colombia siglos XVI y XVII. Incertidumbres de su arribo, establecimiento y persecución*. Programa Editorial Universidad del Valle.
- Navarrete, María Cristina. (2010b). *Cimarrones y palenques en el siglo XVII*. Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle.
- Nosetto, L. & Wiecezorek, T. (2020). Instrucciones de uso. En L. Nosetto & T. Wiecezorek (Eds.). *Métodos de teoría política: Un manual* (pp. 9-14). Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA.
- Olivos, H. (2020). *Prometeo, el fuego insumiso*. Prisanoticias colecciones.
- Oikión Solano, V., & García Ugarte, M. E. (2006). *Movimientos armados en México, siglo XX* (Vol. 1). El Colegio de Michoacán: CIESAS.
- Parra Ayala, A. F. (2022). *La clase que no es una clase. Acción política y emancipación*. Universidad Nacional de Colombia
- Pareto, V. (1980). *Forma y equilibrio sociales*. Alianza Editorial.
- Pasquino, G. (2021). *Nuevo curso de ciencia política*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Pavón Cuellar, D. (2024). *Psicoanálisis y colonialidad: hacia una inflexión anticolonial de la herencia freudiana*. Editorial Fontamara.
- Pereyra, D. (2000). *Del Moncada a Chiapas. Historia de lucha armada en América Latina*. Editorial Canguro.
- Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Prélot, M. (1964). *La ciencia política*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Pinto, M. (2001). *El resumen documental. Paradigmas, modelos y métodos*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Popper, K. (2009). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.
- Quijano, A. (2006). El “movimiento indígena” y las cuestiones pendientes en América Latina. *Argumentos*, 19 (50), 51-77.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En D. Assis-Clímaco (comp.), *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 777-832). CLACSO.
- Quintanilla, L. (2003). *Benjamin Constant: la fragilidad política*. Sexto piso.
- Ramos-Zaga, F. A. (2023). El potencial del nudge como herramienta para la elaboración de políticas públicas. *Desde el Sur*, 15(2), 1-23. <https://doi.org/10.21142/e0031>
- Ramírez, C.A. & Ávila Rojas, O. (2021). Marxismo como teoría política contemporánea. *Colombia Internacional*, (108), 3-12.
- Rawls, J. (2012). *Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica.
- Reinaga, F. (2015). *La revolución india*. FAFR.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. McGraw Hill.

- Rivas, L.A. (2009). Evolución de la teoría de la organización. *Revista Universidad & Empresa* de la Universidad del Rosario, 17,11-32.
- Rodríguez Lapuente, M. (1968). *Historia de Iberoamérica*. Biblioteca Hispania.
- Rodríguez Cano, C. A. (2024). La tecnopolítica como tradición teórica y metodológica iberoamericana para el estudio de las protestas sociodigitales. *Global Media Journal México*, 21(40), 19–35.
- Ross, K. (2016). *Lujo comunal. El imaginario político de la comuna de París*. Akal.
- Roth Deubel, A. N. (2014) *Políticas públicas. Formulación, implementación y evaluación*. Ediciones Aurora.
- Rousseau, J. J. (2017). *El contrato social*. Akal.
- Sabine, G. H. (2006). *Historia de la teoría política*. Fondo de Cultura Económica.
- Sader, E. & Jenkins, I. (2006). *Latinoamericana*. *Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*. Akal.
- Sánchez, L. A. (1944). *Breve historia de América*. Ediciones Coli.
- Sand, S. (2023). *Breve historia mundial de la izquierda*. Akal.
- Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; Siglo XXI.
- Santos, B. (2021). *El futuro comienza ahora. De la pandemia a la utopía*. Akal.
- Sartori, G. (2003). *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*. Fondo de Cultura Económica
- Sartori, G. (2015). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. Fondo de Cultura Económica.
- Seongjin J. (2024). Globalización. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.385-408). Akal.

- Schmitt, C. (2005). *El nomos de la Tierra*. Struhart.
- Soler, R. (2009). *Idea y cuestión nacional latinoamericanas de la independencia a la emergencia del imperialismo*. Siglo XXI.
- Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Era.
- Sohn-Rethel, A. (2001). *Trabajo intelectual y trabajo manual. Crítica de la epistemología*. El Viejo Topo.
- Sotelo Valencia, A. (2018). La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD) en la actualidad. *Revista Direito e Práxis*, 9 (3), 1677-1693. <https://doi.org/10.1590/2179-8966/2018/36562>
- Spivak, G. CH. (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?* Museu D´ Art Contemporani de Barcelona.
- Stoker, G. (2017). Introducción. En Marsh, D. & Stoke, G. *Teoría y métodos de la ciencia política*, (pp. 13-29). Alianza editores.
- Tapia, L. (2002). *La velocidad del pluralismo: Ensayo sobre tiempo y democracia*. Muela del Diablo Editores.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.
- Taylor, Ch. (2010). *Multiculturalismo y la política de reconocimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Telles, E. (2019). “El proyecto de etnicidad y raza en América Latina (PERLA). Los datos cuantitativos y lo que está en juego. En Telles, E. & Martínez Casa, R. *Pigmentocracia. Color, etnicidad y raza en América Latina*, (pp.13-55). Fondo de Cultura Económica.
- Torres Carrillo, A. (2009). *Acción colectiva y subjetividad: Un balance desde los estudios sociales*. Folios, (30), 51-74.
- Torres, S. (2024). *Populismo e izquierda maquiaveliana*. En Mattei, E. & Losada, L. (eds.), *Maquiavelo, el pueblo y el populismo: Historia, teoría política y debates interpretativos* (pp. 275-296). Universidad de Buenos Aires.

- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica.
- Thompson, E.P. (2002). *The Essential E. P. Thompson*. The New Press.
- Thomson, S. (2007). *Cuando sólo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*. Muela del Diablo: THOA.
- Touraine, A. (2000). *Crítica a la modernidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Traugott, M. & Lavrakas, P. J. (1997). *Encuestas: guía para lectores*. Siglo XXI.
- Van Dijk, T. A. (2008). *Discourse and power*. Palgrave Macmillan
- Van Dijk, T. A. (2021). Epistemic context analysis. *Revista signos: estudios de lingüística*, 54(107), 758-770.
- Van der Linden, M. (2024). Proletariado. En Musto, M. (ed.). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.103-132). Akal.
- Vega Hernández, A. & Trujillo Holguín, J. A. (2020). El Método Histórico Crítico en el estudio de movimientos sociales: La ideología cubana en el panorama social mexicano. *Espacio Abierto*, 29(3), 164-183. Recuperado de: <http://surl.li/zhhiwv>
- Vela, C. (2018). *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*. Traficantes de sueños.
- Vélez Rivera, Ramiro A. (2014). Movimientos sociales y políticas públicas en el contexto de asambleas municipales constituyentes. *Administración & Desarrollo*, 43(59), 65-78. <https://doi.org/10.22431/25005227.105>
- Vygotsky, Lev S. (2015). *Pensamiento y lenguaje*. Booket Paidós.
- Wallerstein, I. (coord.). (2000). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistema- mundo. Una introducción*. Siglo XXI.

- Wallerstein, I. (2008). *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*. Editorial Contrahistorias.
- Wallerstein, Immanuel. (2024). *Marxismos*. En Musti, Marcello (comp). *El renacer de Marx. Nuevas interpretaciones y conceptos clave*, (pp.507-508). Akal.
- Zambrano, D. (2020). La influencia de la teoría de la dependencia en los discursos de desarrollo de América Latina. *Papel Político*, 25, 1-13.
- Zamitiz, H. (1993). La ciencia política: entre el racionalismo y el empirismo. *Estudios Políticos de la Universidad Nacional Autónoma Metropolitana*, 4 (1), 1-15.
- Zavaleta, R. (1988). *Clases sociales y conocimiento. Los amigos del libro*.
- Zavaleta, R. (2008). *Lo nacional-popular en Bolivia*. Plural.
- Zazúlich, V. (1980), “Carta de 16 de febrero de 1881 a Carlos Marx”, en: Marx, Carlos,
- Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comunidad rusa. Siglo XXI*.
- Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. Anthropos; UNAM-CRIM.
- Zemelman, H. (2011). “Implicaciones epistémicas del pensar histórico desde la perspectiva del sujeto”, *Desacatos*, (37), 33-48.
- Zurbriggen, C. (2011). *Gobernanza: una mirada desde América Latina*. *Perfiles latinoamericanos*, 19(38), 39-64.
- Zuleta, E. (2015). *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Ariel.
- Zuleta, E. (2016). *Educación y democracia*. Ariel.
- Zuleta, E. (2018). *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Ariel.
- Zibechi, R. (2008). *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. Bajo tierra las ediciones.

Acerca del Autor

About the Authors

Odín Ávila Rojas

© <https://orcid.org/0000-0002-6360-283X>

✉ odin.avila00@usc.edu.co

Mexicano, radicado en Colombia. Actualmente es profesor e investigador de tiempo completo del Programa de Ciencia Política y el Doctorado de Derecho de la Universidad Santiago de Cali. Además, es gestor editorial de la Facultad de Derecho por la misma USC desde el 2022 hasta hoy. Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Relaciones de Poder y Cultura Política (UAM-Xochimilco). Maestría en Estudios Latinoamericanos (UNAM) y licenciado en Ciencia Política y Administración Pública (UNAM). Fue profesor de tiempo completo en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad del Cauca (2018-2022). Integrante del Grupo de Investigación de GICPODERI (Grupo de investigación en Ciencia Política, Derecho y Relaciones Internacionales, clasificación por Miniciencias, A1) de la USC.

Conferencista internacional y coordinador de números especiales de revistas indexadas en América Latina. Fue profesor e investigador de tiempo completo en el Programa de Ciencia Política de la Facultad de Derecho de la Universidad del Cauca (Cauca, Colombia), entre el 2018 y 2022. Sus principales líneas de investigación, creaciones y productos académicos, a lo largo de estos años han sido, las siguientes: Movimientos sociales y disputas por el Estado, Filosofía y Teoría Política, Pensamiento Latinoamericano, Etnicidad y procesos de subjetividad, Democracia y formas ciudadanas de politización, Debates sobre la Inteligencia Artificial desde las ciencias sociales, entre otras. En ese sentido, el profesor tiene entre libros especializados y de divulgación, artículos indexados y capítulos de libros más de 60 trabajos publicados en editoriales y universidades nacionales e internacionales.

Su libro más reciente publicado, es *El indígena desde el zapatismo: Un caso de centralidad política del indio* (Edición Revisada y prologada por Raúl Zibechi). Mientras que hay que mencionar que se encuentran en proceso de publicación los siguientes libros de la autoría del profesor: *¿Dónde está el sujeto en Marx? De Epicuro al debate latinoamericano*; *La forma política de la inteligencia artificial: Una indagación desde una perspectiva latinoamericana*, y por último; la obra homenaje al historiador Enrique Ávila Carrillo, titulada: *Semblanzas sociales y políticas de la Historia de México* (Siglos XIX, XX y XXI).

Pares Evaluadores

Peer Evaluators

Wilfred Fabian Rivera Martinez

Centro de Desarrollo Tecnológico Creativo. Popayán, Colombia

Investigador Asociado (I)

© <https://orcid.org/0000-0003-2888-7929>

Adriana Orejuela Upegui

Institución Universitaria Escuela Nacional del Deporte. Cali, Colombia

Investigador Junior (IJ)

© <https://orcid.org/0000-0002-2544-3567>

Angie Milena Cárdenas Silva

Fundación Hospital Infantil Los Ángeles. Pasto, Colombia

Investigador Junior (IJ)

© <https://orcid.org/0000-0002-6190-8341>

Rodrigo Andrés Sarria Villa

Universidad del Cauca. Popayán, Colombia

Investigador Junior (IJ)

© <https://orcid.org/0000-0003-1295-7865>

Anibal Vicente Arteaga Noriega

Corporación Universitaria Remington. Medellín, Colombia

Investigador Senior (IS)

© <https://orcid.org/0000-0002-6612-1169>

Pedro Antonio Calero Saa

Institución Universitaria Escuela Nacional del Deporte. Cali, Colombia

Investigador Asociado (I)

© <https://orcid.org/0000-0002-9978-7944>

Distribución y Comercialización

Distribution and Marketing

Universidad Santiago de Cali
Publicaciones / Editorial USC
Bloque 7 - Piso 5
Calle 5 No. 62 - 00
Tel: (57+) (2+) 518 3000
Ext. 323 - 324 - 414
✉ editor@usc.edu.co
✉ publica@usc.edu.co
Cali, Valle del Cauca
Colombia

Diseño y Diagramación

Design and Layout by

Juan Diego Tovar Cardenas
✉ librosusc@usc.edu.co
Tel. (602) 518 3000 - Ext. 9130
Cel. 301 439 7925

La conceptualización de algunos elementos gráficos de la carátula de esta publicación contó con el apoyo de herramientas de inteligencia artificial generativa. Las ilustraciones y el diseño final fueron desarrollados, editados y validados por el diseñador responsable, quien asume plenamente la responsabilidad sobre el resultado final.

Este libro fue diagramado utilizando fuentes tipográficas Literata en el contenido del texto y Open Sans para los títulos.

Impreso en el mes de agosto.
Se imprimieron 50 ejemplares en los
Talleres de la Editorial Díké.
Bogotá-Colombia
Tel: (57+) 301 242 7399
✉ dikesasgerencia@gmail.com
www.editorialdike.co
2026

Fue publicado por la Facultad de Derecho
de la Universidad Santiago de Cali.